

LEGADO

La revista del Archivo General de la Nación
de la República Argentina

Publicación digital N° 3 - agosto de 2016

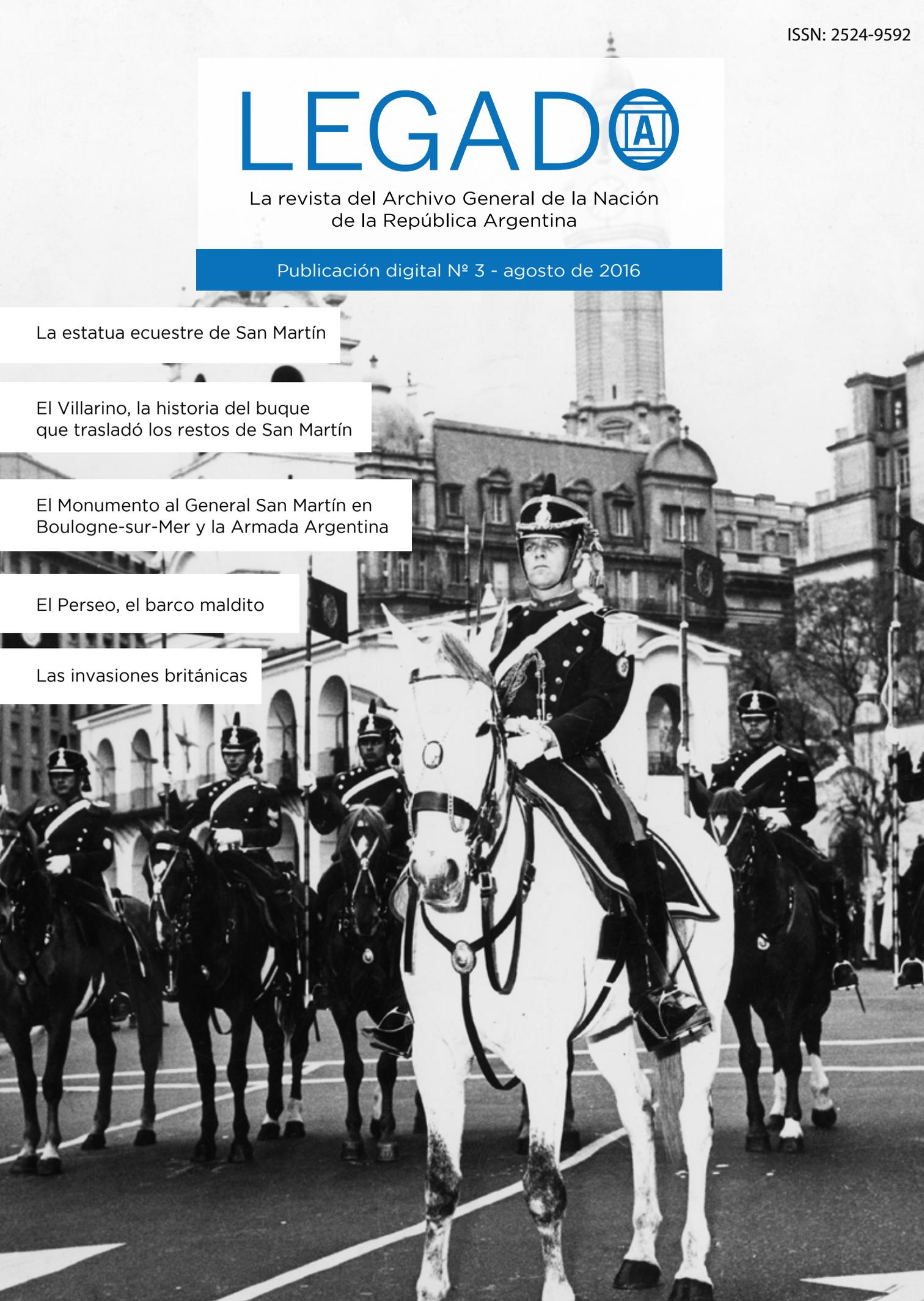
La estatua ecuestre de San Martín

El Villarino, la historia del buque
que trasladó los restos de San Martín

El Monumento al General San Martín en
Boulogne-sur-Mer y la Armada Argentina

El Perseo, el barco maldito

Las invasiones británicas





Un granadero y su caballo.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 147679.

	> SOBRE EL ARCHIVO Descripción y actualidad del Departamento de Documentos Fotográficos	07
	> MÁRMOL Y BRONCE (Por Nicolás Gutierrez) La estatua ecuestre de San Martín -Obra de Daumas-	13
	> ANIVERSARIOS A 210 años: Las invasiones británicas (Por Claudio Chaves) A 50 años: La noche de los bastones largos (Por Miguel Vidal)	23 42
	> ALUSIVO Los documentos de agosto (Por María Teresa Fuster) El Villarino, la historia del buque que trasladó los restos de San Martín (Por Adriana Micale) El Monumento al General San Martín en Boulogne-sur-Mer y la Armada Argentina (Por Jorge Bergallo)	44 61 73
	> EPIDEMIAS El Perseo, el barco maldito La epidemia de cólera de 1886 (Por María Teresa Fuster)	81
	> CONFERENCIAS Roberto Elissalde en Club del Progreso: “De la Revolución a la Independencia: El coraje de ser libres”	98

Nuestros números anteriores

1era. edición: mayo 2016



2da. edición: junio y julio 2016



Para leerlas online:

www.issuu.com/legadolarevista

Para descargarlas:

www.mininterior.gov.ar/agn/publicaciones.php

www.agnargentina.gob.ar/revista.html

Fotografía de tapa:

Efectivos del Regimiento de Granaderos a Caballo forman en Plaza de Mayo en el homenaje al 118° aniversario de la muerte del Gral. José de San Martín, 17 de agosto de 1968. AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 301667.



Ministerio del Interior,
Obras Públicas y Vivienda
Presidencia de la Nación

PRESIDENTE DE LA NACIÓN
Mauricio Macri

MINISTRO DEL INTERIOR,
OBRAS PÚBLICAS Y VIVIENDA
Rogelio Frigerio

SECRETARIO DEL INTERIOR
Sebastián García De Luca

DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL
DE LA NACIÓN
Emilio Leonardo Perina

LEGADO

La revista del Archivo General de la Nación
de la República Argentina

EDITOR
Emilio Leonardo Perina

REDACTORES PRINCIPALES
María Teresa Fuster
Claudio Chaves
María Jaeschke

DISEÑO
María Jaeschke

Número 3: agosto de 2016
ISSN: 2524-9592

COLABORADORES DE ESTA EDICIÓN

Emilia Assali y equipo
Jorge Bergallo
Nicolás Gutierrez
Fundación Histarmar
Adriana Micale
Miguel Vidal

Leandro N. Alem 246 C1003AAP - CABA

Teléfono: (54 11) 4339-0800 int. 70902

Fax: (54 11) 4334-0065

E-mails: revistadigitalagn@mininterior.gov.ar
revistadigitalagn@gmail.com

EDITORIAL

En este número conmemoramos al Gral. José de San Martín. En primer lugar, damos a conocer los documentos que el Archivo conserva en torno al Libertador. En segundo lugar, Adriana Micale nos cuenta la historia del Villarino, el buque que trasladó hasta Buenos Aires los restos de San Martín. En tercer lugar, Jorge Bergallo nos entretiene con el relato de la inauguración del monumento al General San Martín en Boulogne-sur-Mer y la Armada Argentina. Y como siempre, en la sección Mármol y Bronce, Nicolás Gutierrez nos sorprende con su precisión en cuanto a los datos de las réplicas de la estatua ecuestre de San Martín -Obra de Dumas- en nuestro país y en el mundo. Además, desde nuestra Institución se describe al

Departamento de Documentos Fotográficos y su actualidad, para que los investigadores estén al tanto lo que estamos haciendo en el AGN.

Asimismo sobre la base del Fondo del Dr. Pedro Pardo, contenido en el Archivo, Teresa Fuster elaboró un artículo sobre la epidemia de cólera de 1886.

También nos abocamos a los 210 años de la invasión británica y a los 50 años de la noche de los bastones largos.



Emilio L. Perina



Granadero ejecutando el toque de silencio en un homenaje a la memoria del Libertador en Plaza de Mayo, 17 de agosto de 1948.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 172397.



Niños jugando en el asilo de mendigos en el barrio de Recoleta, ca. 1900.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 261491.

El Departamento de Documentos Fotográficos

*El patrimonio de imágenes
más antiguo de nuestro país*

La característica principal del Departamento de Documentos Fotográficos es poseer el registro de imágenes más importantes de la historia de Argentina. Algunos de sus objetivos primordiales son reunir, proteger, organizar y poner a disposición del público en general los registros documentales fotográficos que hacen a nuestro devenir histórico atendiendo siempre al decreto 258/03 y a la Ley 15.930. Esta última en su artículo 2 establece que entre las funciones del Archivo General de la Nación se encuentra: “Mantener y organizar la documentación pública y el acervo gráfico y sónico, pertenecientes al Estado Nacional, y que integren el patrimonio del Archivo, o la documentación privada que le fuera entregada para su custodia, distribuyéndola en las secciones que se estimen más adecuadas para su mejor ordenamiento técnico”.

Dentro de los fondos documentales que posee el Departamento podemos mencionar los correspondientes a los archivos de las redacciones de los diarios y revistas como *Caras y Caretas*, *Crítica*, *Noticias Gráficas*, *Tiempo Argentino*, *La Razón* y *Alerta*. También posee material de la Subsecretaría de Información

Pública perteneciente al primer y segundo mandato del Presidente Juan Domingo Perón, YPF, Obras Sanitarias de la Nación, Aerolíneas Argentinas, entre muchos otros que son custodiados por este Archivo Histórico. Destacándose entre todos ellos el Fondo Witcomb.

El patrimonio documental que preserva el Departamento abarca el período 1853-1983 y asciende en la actualidad a 3200 metros lineales aproximadamente. Está compuesto por las fotografías en soporte papel, negativos en distintos tipos de soportes, recortes, dibujos, álbumes e instrumentos de descripción.



Familia en una quinta, 1882.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 317927.



Fotografías de uno de los tantos sobres que abundan en las cajas del Departamento de Documentos Fotográficos.

El Departamento de Documentos Fotográficos en la actualidad se encuentra abocado al trabajo de identificación, clasificación y descripción de los fondos documentales Witcomb y *Noticias Gráficas*. En el proceso de descripción se utiliza la norma internacional ISAD (G), sigla en inglés que equivale en español a “Norma Internacional General de Descripción Archivística” destinada para describir documentos de archivo, para lo cual además del contenido propio del fondo se están elaborando en forma minuciosa las historias institucionales y archivísticas que lo sustentan. Es por esto, y dado que la descripción guarda estrecha relación con la organización, que el Departamento está dividido en dos importantes grupos de trabajo,

uno para cada fondo y con la asistencia técnica del Departamento de Archivo Intermedio, que se encuentra dedicado a esta cuidadosa tarea en pos de preservar gran parte de nuestra historia en imágenes así como también la referida a las instituciones que las produjeron, para alcanzar por este camino los objetivos propuestos. Asimismo, y para completar esta iniciativa, se está implementando la descripción basada en otra de las normas internacionales denominada ISDIAH, “Norma Internacional para Describir Instituciones que Custodian Fondos de Archivo”, destinada a facilitar la descripción de este Departamento, revalorizando de esta forma su labor y función primordial, la de conservar los documentos de archivo para su difusión al público en general.



Página de un álbum de contactos del Fondo Witcomb.

El Fondo Witcomb, atesorado en el Archivo General de la Nación, comprende la obra del primer y más importante estudio de producción de fotografías en Argentina. Su fundador, Alexander S. Witcomb, nacido en Londres en 1835, fue el creador en 1878 de una empresa novedosa para su época. Compró el fondo de comercio y archivo de José Christiano de Freitas Henriques Junior, conocido como Christiano Junior, también el de otros colegas, inauguró un estudio y lo convirtió en una agencia de imágenes con representantes en todo el país para fotografiar lo que allí sucedía.

Por sus galerías pasaron distintas personalidades como intelectuales, visitantes ilustres, artistas, etc. Sobre todo se destaca por haber sido el encargado de realizar el retrato oficial del Presidente de la Nación desde Sarmiento hasta Frondizi.

El Fondo Witcomb reúne fotografías tomadas por Christiano Junior y por Witcomb, pero también recoge imágenes de los fotógrafos aficionados de fines del siglo XIX y principios del XX. El grueso de las fotografías que conforman este Fondo consiste en imágenes de Buenos Aires, los retratos de alta calidad, las vistas urbanas y rurales, la cobertura fotográfica de eventos destacados de la sociedad porteña, a lo que se suma la documentación iconográfica patria desde la Revolución de Mayo

de 1810 hasta los protagonistas de la historia nacional del 1900. El Estudio Witcomb fue casi centenario, desarrolló sus actividades desde 1878 hasta 1970 siempre en la calle Florida.

En 1960 el estado nacional adquiere este importante Fondo compuesto por negativos en placas de vidrio, acetato y nitrato. Sus medidas son de 30x40 cm, 24x30 cm, 13x18 cm y tamaño tarjeta de visita que le otorgan un extraordinario valor histórico a este Fondo, el cual incluye álbumes, registros diarios e índices.

Noticias Gráficas es el otro fondo sobre el cual se está trabajando actualmente en su identificación, clasificación y descripción. Corresponde a distintos tipos de documentos: fotográficos, recortes, dibujos y negativos de unos de los diarios protagonistas del siglo pasado, cuya actividad se desarrolló entre 1931 y 1963; y con un lema en tapa que decía: “Una voz argentina, clara y valiente”. Tenía tres salidas vespertinas y por sus páginas pasaron importantes plumas de la escena nacional como Osvaldo Bayer, Rogelio García Lupo, Raúl Scalabrini Ortiz, entre otros. En 1972 ingresó al Archivo General de la Nación y desde entonces se puede tener acceso a parte de este acervo documental con una amplia temática dividida en personal e iconográfica, política, sociedad, internacionales, cultura y espectáculos, policiales, deportes y turf.



Arriba: Peluquería de moda “Casa Ruiz y Roca” ubicada en Sarmiento y Florida, 1886.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Fondo Witcomb. Inventario 584.

Abajo: Cuarteto musical de Montes de Oca, febrero de 1912. De izquierda a derecha: T.S. Carrascal, A. Boasso, C. Biagini y A. Biagini.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Fondo Caras y Caretas. Inventario 59312.



Sala de consulta del Departamento de Documentos Fotográficos en la actualidad.

Desde el año 2012 el Departamento lleva a cabo un proceso de modernización que comprende el acondicionamiento físico de los materiales, la identificación externa de las unidades de conservación, la descripción de los documentos y la digitalización de algunos de los fondos, ya sean que se encuentren en formato papel como en negativos en sus diferentes soportes, con el fin de asegurar su preservación.

La sala de consulta cuenta con ocho puestos informáticos por medio de los cuales se pueden visualizar las imágenes. Los investigadores son auxiliados por personal capacitado que los guía en la búsqueda a través de un fichero temático y onomástico. También se responden consultas a distancia vía mail. Las reproducciones del acervo fotográfico se realizan en formato digital mediante archivos JPG de alta calidad.

La obtención de material está arancelada y se entrega en un cd, pendrive o disco rígido externo brindado por el solicitante.

Es así que historiadores, escritores, productores, estudiantes e investigadores inte-

resados en visualizar imágenes de gran valor histórico, se acercan a este espacio para acceder a registros fotográficos de los más antiguos de nuestra nación: escenas de costumbres y paisajes; retratos de personalidades destacadas como presidentes, políticos, militares o artistas; sucesos de relevancia local e internacional; espectáculos; acontecimientos deportivos que conforman el patrimonio fotográfico del Archivo General de la Nación, custodio de este tesoro de incalculable valor. Los invitamos a conocerlo. ~~~~

Información de contacto

Departamento de Documentos Fotográficos

Coordinadora Emilia Assali y equipo

Av. Leandro N. Alem 246, 2° piso. Tel.: 4334-0081

Mail: fotografia@mininterior.gob.ar

Sala de Consulta: lunes a viernes de 10 a 17.



La estatua ecuestre de San Martín

—Obra de Daumas—

por Nicolás Gutierrez*

El General Don José de San Martín es, de nuestros próceres, quien mayor cantidad de homenajes en el bronce ha recibido a lo largo de nuestra historia. En esta ocasión analizaremos las réplicas del monumento de Daumas, no solo a lo largo y ancho del país si no también en todo el mundo.

El 17 de agosto de 1850, pasadas las 15 horas, Don José de San Martín daba el último aliento de su vida en la lejana ciudad francesa de Boulogne-sur-Mer, tras 26 años de exilio voluntario en tierras europeas. Dejaba el mundo de los mortales en compañía de su querida hija Mercedes, su yerno Mariano Balcarce, sus dos nietas: Josefa Dominga y Mercedes Tomasa, su médico el doctor Jordán y el señor Javier Rosales, representante de Chile en Francia. Acorde a su última voluntad, el cortejo fúnebre fue humilde y silencioso y sus restos reposaron brevemente en la Basílica de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, para luego ser trasladados a la bóveda familiar de los Balcarce en la ciudad de Brunoy, en Francia. Su deseo testamentario, a su vez, fue que su corazón descansara en Buenos Aires, anhelo que fue cumplido recién en el año 1880 durante la presidencia de Nicolás Avellaneda.

Mientras tanto, el reconocimiento y los homenajes al libertador americano comenzarían a

ser planeados en esta parte sur del globo terráqueo. El primer intento de rendirle tributo fue al año siguiente de su muerte, cuando el general Justo José de Urquiza decretó el 16 de julio de 1851 la erección de una columna conmemorativa en la plaza central de la ciudad de Paraná, capital de la provincia de Entre Ríos. El proyecto fue dictado tan solo dos meses después del pronunciamiento de Concepción del Uruguay contra Juan Manuel de Rosas que precipitó en la batalla de Caseros, motivo por el cual el proyecto de homenaje a San Martín quedó trunco.

La segunda propuesta de monumento en honor al Libertador data del año 1856, pero esta vez provendría del otro lado de la cordillera de los Andes. Benjamín Vicuña Mackenna escribió en diciembre de aquel año en las páginas de *El Ferrocarril* la siguiente declaración: “Hemos visto hace pocos días, surgir el noble pensamiento de consagrar estatuas de O’Higgins, a Carrera y al ilustre estadista Portales. Nunca se inició entre nosotros una

* Es contador público y vive en Bahía Blanca. Es escritor e investigador. Es autor de *Mármol y Bronce: escultura de la Ciudad de Buenos Aires* (Olmo Ediciones, 2015).

empresa más simpática y generosa; todos los chilenos nos hemos asociado a ella de corazón. Pero ese bello pensamiento ha quedado incompleto y como truncado. Le falta su más alta personificación, falta a la figura de bronce de su base de granito y su cúspide de laurel, falta al monumento el nombre de San Martín”. Las palabras del eminente historiador y hombre público tuvieron su eco en las autoridades chilenas, quienes tornaron en ley su voluntad: nombraron a su vez una comisión pro monumento que contaba entre sus miembros, nada más ni nada menos, al General Juan Gregorio de Las Heras. El doctor Rosales, en representación de la comisión, fue el encargado de firmar el 21 de noviembre de 1857 el contrato con el escultor francés Louis-Joseph Daumas. Nacido en la ciudad de Tolón en el año 1801, había estudiado en la Escuela de Bellas Artes de París, siendo discípulo del reconocido David d’Angers. El boceto en yeso fue terminado en 1859, en 1860 ya se encontraba fundido en bronce y en 1861 arribó a Chile. Sin embargo, recién fue inaugurado el 5 de abril de 1863, en el aniversario de la batalla de Maipú.

Las autoridades de la ciudad de Buenos Aires enteradas de la empresa chilena, en 1860, dispusieron la inauguración de un monumento al Padre de la Patria. Para el emplazamiento de la estatua se eligió con atino la Plaza de Marte (actual Plaza San Martín) contigua a los cuarteles de Retiro, lugar en donde se gestó el Regimiento de Granaderos. Rápidamente se constituyó una comisión compuesta por los siguientes miembros: presidente, Joaquín Cazón; vicepresidente, Constante Santa María; tesorero, Santiago Rufino Albarracín; secretario, Leonardo Pereyra, y vocales, Hilarion Medrano y Manuel Alejandro Aguirre. Los trabajos de embellecimiento del paseo público fueron encomendados al Inge-

niero Nicolás Canale. A su vez, fue contratado Daumas para fundir nuevamente la estatua del General, en este caso, introduciendo dos modificaciones al boceto chileno: en aquel, San Martín exhibe con su mano derecha la bandera libertadora, lo que en palabras de Mackenna: “Lleva una oriflama coronada con la efigie de la libertad que el héroe contempla con un éxtasis profundo”. Era símbolo de redención, de ofrenda al pueblo chileno por la emancipación obtenida gracias a sus servicios. En el caso de la versión argentina, la mano derecha se alza en lo alto y con su índice señala el camino de la libertad.

La otra diferencia radica en la cola del animal: mientras que en el ejemplar chileno la cola se encuentra hacia abajo, apoyándose sobre el pedestal con la finalidad de asegurar su estabilidad ante los movimientos sísmicos que sacuden regularmente a Santiago. En la versión porteña la cola se encuentra suelta hacia el viento.

La estatua arribó desarmada a la Argentina en el mes de abril de 1862 y el 13 de julio de aquel año fue inaugurada, como corolario de un multitudinario acto público. Aquel día, la plaza se vistió de banderas azules y blancas y contó con la presencia de las tropas de línea y de los veteranos de la guerra de la independencia entre los que se hallaban el General Enrique Martínez (padrino de la ceremonia), Tomás Guido, Ángel Pacheco y Lucio Mansilla (comandante de la guardia de veteranos). El acto fue encabezado por el General Bartolomé Mitre, gobernador de la provincia de Buenos Aires y representante del Gobierno Nacional quien, acorde a su condición de gran orador, brindó un brioso discurso. Dijo en parte de su alocución: “Y Buenos Aires por último, presidida por su municipalidad, asociada al pueblo y al gobierno en representación de su patria agradecida, ha erigido también una estatua ecuestre, cincelada

en el bronce, para perpetuar dignamente el recuerdo de sus altos hechos, y presentarlo a la admiración de los presentes y de los venideros, montando un caballo del metal de sus cañones, que no se fatigarán jamás de llevarlo sobre sus hombros, como no se fatigará jamás el genio de la gloria de levantar en alto su corona cívica y militar de luces y de laureles”.

El escultor francés Daumas ejecutó su escultura siguiendo los cánones de la estética académica. San Martín es representado tal como era su semblante a la edad en la cual llevó a cabo la campaña libertadora de Chile. De rostro sereno, pero decidido luce patillas largas y su sombrero falucho. Viste una guerrera con faldón prendido al medio. Luce en sus hombros las charreteras de general y una banda cruza su pecho. Por último, lleva botas granaderas con espuelas. Con respecto al caballo, existen diferencias con respecto al corcel criollo que usó el general en aquella gloriosa contienda, básicamente porque el artista no pudo contar frente a él con un ejemplar de aquella raza. Estas se manifiestan en especial en la cola del equino, algo inexacto en la anatomía de los caballos criollos. Más allá del rigor histórico, la figura ecuestre revela la audacia del general, alzando sus patas delanteras en el aire y junto a su cola suelta al viento le brinda un bello dinamismo a la composición. La estatua fue colocada en sus orígenes sobre un pedestal de mampostería revestido en mármol y se hallaba cercada por una reja de hierro rematada en sus extremos con farolas. Originalmente la figura observaba hacia oriente, por lo cual San Martín señalaba con su dedo índice las calles Maipú y Chacabuco, victorias decisivas en el plan emancipador. Ya en 1910 se cambiaría su dirección hacia occidente, indicando la Cordillera de los Andes y a su vez se modificó su pedestal, se lo amplió y de los

revistió con granito rojo lustrado. Además de complementarlo con grupos escultóricos y relieves en honor a los ejércitos de la Independencia. Esta intervención artística correría por cuenta del escultor alemán Gustav Eberlein.

Sin embargo, vamos a detenernos en la estatua de Daumas. Con el advenimiento del nuevo siglo, las provincias argentinas comenzaron a planificar los adeudados homenajes al Padre de la Patria. La primera de ellas fue Santa Fe, que propuso en el año 1901 la inauguración de una estatua en su ciudad capital. En julio de aquel año se constituyó la comisión de homenaje presidida por Carlos Aldao y que contaba como presidentes honorarios a Bartolomé Mitre y José Bernardo Iturraspe, este último gobernador de Santa Fe. Para los trabajos artísticos, se solicitó a la Municipalidad de Buenos Aires una copia de la estatua ecuestre de San Martín de Retiro, siendo convalidado aquel pedido. Empero, para lograr la réplica no se acudió al molde original de la escultura, sino que se procedió a ejecutar un sobremoldeado empleado sobre la propia estatua. Este trabajo fue llevado a cabo por el ingeniero José F. García durante los meses de noviembre y diciembre de 1901. Las voces contrarias a tal decisión comenzaron a poblar diarios y revistas, protestando sobre el hecho de realizar una copia y de no acudir a un llamado a concurso de artistas para el logro de una obra de arte única y original: el libertador, decían, se merecía esculturas novedosas en cada ciudad capital de la Argentina, no meras reproducciones, lo que llevaba a su vez a desvalorizar el fuste artístico de cada pieza. Los herederos de Daumas —fallecido en el año 1887— reclamaron que les fueran reconocidos los derechos de autor por cada reproducción que fuera a ser ejecutada, ruego que naturalmente fue desatendido.



Finalmente la estatua santafecina fue fundida en el Arsenal de Guerra e inaugurada el 30 de octubre de 1902 en un acto que contó con la presencia del presidente Julio Argentino Roca y en la que fue exhibido el sable corbo de San Martín, la bandera patria del Ejército de los Andes y se escuchó por primera vez la música de la Marcha de San Lorenzo. La estatua en este caso fue emplazada sobre un basamento rocoso y contaba con dos relieves en mármol obra de Torcuato Tasso.

La segunda ciudad argentina en solicitar una copia de la obra de Daumas fue la ciudad de Mendoza. La idea surgió luego del te-deum que fray Pacífico Otero rezara el 9 de julio de 1902 en aquella ciudad cuyana. Por ser cuna del ejército de los Andes, el ruego de Otero —que *a posteriori* dejó los hábitos, se recibió de abogado, contrajo matrimonio y fundó el Instituto Sanmartiniano— caló hondo

en el orgullo mendocino, por lo que las autoridades provinciales decretaron el 20 de agosto de aquel año la erección del monumento al General San Martín. Acto seguido se formó la comisión de rigor, encabezada por Melitón Arroyo. La comisión solicitó a su par santafecina la autorización para hacer uso del molde de García y nuevamente fue fundida en bronce en el Arsenal de Guerra. Para el basamento se utilizó una roca granítica de los Andes, la que fue seleccionada y extraída por el ingeniero Jacinto Anzorena. Por su parte, otro ingeniero, el señor Abelardo Tabanera fue el encargado de diseñar el pedestal.

El acto inaugural del ejemplar mendocino fue celebrado el 5 de junio de 1904. En aquella ocasión Melitón Arroyo dijo: “El monumento al gran americano está en su sitio, aquí, en la falda de los Andes. Aquí dio vida a la grandiosa idea de Independencia de América”.



Página anterior: Elaborando el caballo del primer monumento a San Martín para Santa Fe, junio de 1902.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 147131.

Arriba: Monumento a San Martín en Mendoza, mayo de 1910.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 79602.

Estas dos no serían las únicas copias ejecutadas sobre el molde de García, el cual posteriormente fue adquirido por el Ministerio de Guerra. En total, al día de la fecha, se realizaron 57 copias en el país y 13 ejemplares fueron obsequiados a países extranjeros. De las 23 provincias argentinas (exceptuando Capital Federal, claro) 22 de ellas cuentan con a lo sumo una copia del San Martín de Daumas. La lista completa es la siguiente:

- **Provincia de Córdoba:** Córdoba capital (año de inauguración 1916), Alta Gracia (1968), Río Cuarto (1931), Bell Ville (1938), Río Tercero (1956), Monte Maíz (1952), San Francisco (1962) y Villa María (1967).

- **Provincia de Tucumán:** San Miguel de Tucumán (1910).

- **Provincia de Entre Ríos:** Paraná (1910), Concepción del Uruguay (1910), Concordia (1910), Gualeguay (1910), Gualeguaychú (1910), Victoria (1910) y Colón (1929).

- **Provincia de Santa Fe:** Santa Fe (1902), Rafaela (1950), Venado Tuerto (1951) y Casilda (1953).

- **Provincia de La Pampa:** Santa Rosa (1942) y General Pico (1958).

- **Provincia de Buenos Aires:** Bahía Blanca (1910), Chascomús (1912), Bragado (1938), Azul (1939), Junín (1940), Avellaneda (1978), Tres Arroyos (1952), Punta Alta (1952), Rojas (1953), Chacabuco (1954), Olavarría (1958), Berazategui (1966), Mar del Plata (1972), San Nicolás de los Arroyos (1979) y Don Torcuato (1998).

- **Provincia de Santiago del Estero:** Santiago del Estero (1911).

- **Provincia de Catamarca:** San Fernando del Valle de Catamarca (1915).

- **Provincia de La Rioja:** La Rioja (1915).

- **Provincia de San Luis:** San Luis (1916) y Villa Mercedes (1945).

- **Provincia de Chaco:** Resistencia (1945) y Presidencia Roque Sáenz Peña (1950).

- **Provincia de Jujuy:** San Salvador de Jujuy (1915).

- **Provincia de Mendoza:** Mendoza (1904), San Rafael (1928) y San Martín (1940).

- **Provincia de Salta:** Salta (1905).

- **Provincia de Corrientes:** Corrientes (1905).

- **Provincia de Formosa:** Formosa (1913).

- **Provincia de Santa Cruz:** Río Gallegos (1954).

- **Provincia de Río Negro:** Viedma (1971).

- **Provincia de Chubut:** Comodoro Rivadavia (1941).

- **Provincia de San Juan:** San Juan (1916).

- **Provincia de Misiones:** Posadas (1935).

- **Provincia del Neuquén:** Neuquén (1954).

En el exterior, la estatua ecuestre de San Martín de Daumas se encuentra emplazada en los siguientes países —exceptuando la de Santiago de Chile—:

- **Estados Unidos:** Washington DC. (1925) y Nueva York (1951).

- **Colombia:** Bogotá (1941).

- **Francia:** París (1960).

- **España:** Madrid (1961) y Cádiz (1975).

- **Perú:** Pisco (1954).

- **Bolivia:** La Paz (1962).

- **Brasil:** Río de Janeiro (1972).

- **México:** México DF (1973).

- **Bélgica:** Bruselas (1975).

- **República Dominicana:** Santo Domingo (1978).

- **Paraguay:** Asunción (1988).



Monumento a San Martín en la Plaza del mismo nombre en la ciudad de Azul, provincia de Buenos Aires. Llama la atención su particular pedestal, de estilo art decó, obra del famoso arquitecto Francisco Salamone.
 AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 77139.



Izquierda: Maqueta del monumento a San Martín en Chascomús, 1912.
 AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 229.
 Derecha: Estatua ecuestre de San Martín en el Parque Montsouris en París.
 AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 229.

En todos los monumentos, San Martín es orientado con vistas a occidente, hacia la cordillera de los andes, a excepción de la de Santa Fe y la de Río Tercero. En la primera de ellas, dícese porque Aldao, reconocido librepensador, prefirió que el General apuntara hacia el levante, cumpliendo así con la simbología masónica.

Por su parte, en el caso de Río Tercero, San Martín apunta hacia el sudeste. Esta decisión provino de la advertencia del sacerdote Ernesto Compañy Cánaves, quien indicó que en caso de cumplir con la norma general (que el Libertador señalara el macizo andino), el corcel le enseñaría su briosa cola a la iglesia catedral, algo de por sí muy irrespetuoso por parte del equino. La diferencia lo marcan los pedestales: algunos tienen un basamento rocoso (como vimos en el de Mendoza), otras revestidas en granito (en Junín) o mármol (en Río Cuarto) o simplemente de mampostería (en Bahía Blanca). Particular es el pedestal del monumento de Azul, de estilo art decó, obra del famoso arquitecto Francisco Salamone. Algunas se hallan complementadas por estatuas secundarias: alegorías de la Victoria (como en Olavarría), granaderos (en Paraná), soldados (en Berazategui) o cóndores (el ejemplar de Corrientes), o decoradas con altorrelieves en bronce describiendo las victorias militares de San Martín, como por ejemplo la batalla de San Lorenzo o la de Maipú (como la estatua de Córdoba), o la batalla de Bailén (en el caso de la versión madrileña).

Sin dudas el General Don José de San Martín es, de nuestros próceres, quien mayor cantidad de homenajes en el bronce ha recibido a lo largo de nuestra historia independiente. A los monumentos de Daumas, que motivan el presente artículo, se le suman los innumerables bustos emplazados en plazas, parques e instituciones a lo largo y ancho del país, entre ellos los de Juan Patrizzi,



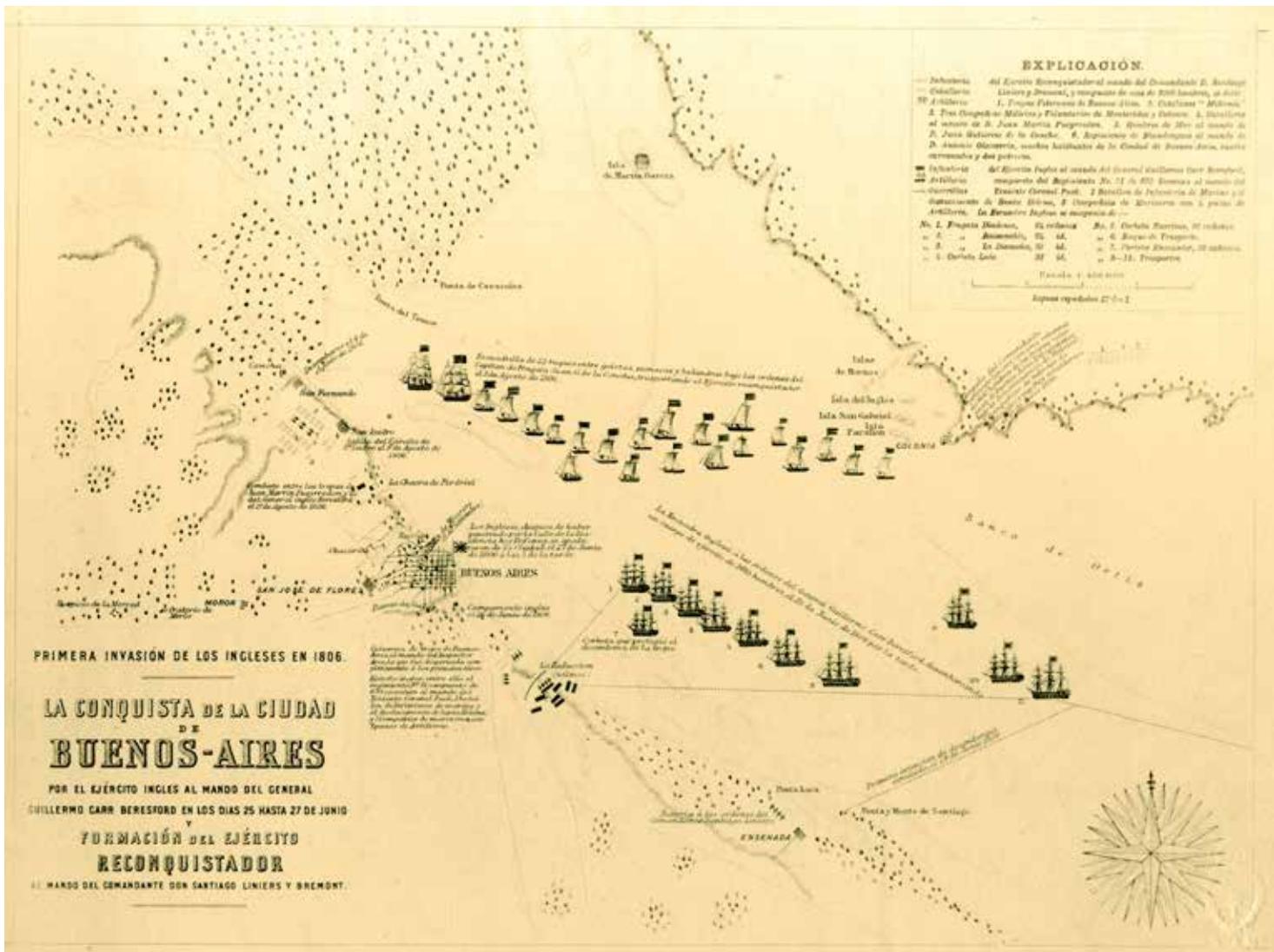
Monumento a San Martín en la ciudad de Santa Fe. Este y el monumento de Río Tercero son los únicos donde San Martín es orientado con vistas a oriente.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 77139.

Luis Perlotti, Juan Carlos Ferraro o Erminio Blotta. O los grupos escultóricos de mayor envergadura, como los de José Cardona en San Martín, Provincia de Buenos Aires; Antonio Sassone en Quilmes; Santiago Chierico en San Justo; Tomas de Castro en Moreno; Juan José Marín en Mercedes, y Raúl Delavy en Apóstoles. O los que ofrendan el cariño popular al San Martín anciano, como el monumento de Luis Perlotti en Mar del Plata o el magnífico Abuelo Inmortal de José Ibarra García, emplazado frente al edificio del Instituto Sanmartiniano en el barrio de Palermo. También las copias de La Plata y Rosario de la obra de Henri Allouard cuyo original se emplaza, desde 1909, en Boulogne-sur-Mer, Francia. O bien el grupo escultórico de Lima, obra del escultor valenciano Mariano Benlliure.

En fin, el olvido o la indiferencia que su país natal le dispensó en vida, de aquella nación que vio consolidar su independencia gracias a su genio y arrojo, saldó en el bronce inmortal tamaña deuda con el Padre de la Patria, el General Don José de San Martín. Y claro, lo hizo con creces. ~~~~



Estatua al Gral. José de San Martín con su actual emplazamiento en el barrio porteño de Retiro.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Álbum aficionados. Inventario 215619.



Las Invasiones Británicas

por Claudio Chaves



Iconografía de los uniformes militares. Invasiones Inglesas, 1807.
AGN. Documentos Escritos. Fondo Andrés Lamas. Sala VII. Legajo 54.

A comienzos del siglo XIX Europa se hallaba en guerra. La Revolución Francesa había alterado la situación política del continente poniendo en estado de crispación a las monarquías europeas. La decapitación de Luis XVI y de María Antonieta, fue el detonante de un conflicto inevitable. Se hizo imposible mantener la calma frente a la subversión social que se irradiaba desde Francia.

La tensión aumentó con la llegada de Napoleón al poder en 1799. Es que este General, de enorme talento y formidable voluntad, había decidido llevar la revolución hasta los últimos confines de Europa. No era deseable ya el enemigo en suelo patrio. Bastante habían sufrido los campos, los cultivos, los ganados y el pueblo cuando Francia fue el teatro de las guerras. Napoleón se transformó, entonces, en el gran conquistador. Uno a uno cayeron los gobiernos europeos bajo su empuje.

Inglaterra temerosa del expansionismo francés estableció alianzas con las viejas monarquías de Europa.

En ese contexto España fue una aliada de Francia. En verdad hacía cien años que lo era. Inglaterra pese al esfuerzo realizado no logró quebrar esa relación; lentamente se fue comprometiendo en esa guerra siendo el alma de las coaliciones contra Francia. Napoleón conocedor de esta influencia planificó, entonces, la invasión a la isla y concentró la totalidad de su fuerza militar sobre las costas francesas que daban sobre el Canal de la Mancha. Doseientos mil soldados del mejor ejército europeo. El cruce debía hacerse en barcas planas protegidas por una flota naval.

¿Tenía Francia flota, almirantes y marinos experimentados capaces de hacer frente a la fuerza naval británica? No. Para eso estaba

España y su centenaria tradición naval. Esta alianza comenzaba a tener sentido para Francia. Llevaban un siglo de amistad y ahora probarían su efectividad. Se produjo, entonces, la batalla de Trafalgar. La flota franco-española fue aniquilada en el mar, en octubre de 1805. Significó el triunfo naval más importante de Inglaterra en toda su historia. Quedó dueña de los mares y dejó a España sin conexión con sus posesiones americanas.

Napoleón, enfurecido, decretó el bloqueo continental. Impuso a Europa la prohibición de comerciar con la isla siendo esta determinación un durísimo revés para la economía británica. Y amplió su dominio con el triunfo de Austerlitz en diciembre de 1805. No había tiempo que perder, Inglaterra llevó la guerra fuera de Europa. Ahora la guerra sería mundial.

La primera invasión británica al Río de la Plata fue la consecuencia de esa mundialización, aunque no fue una decisión de la Corona, sino la voluntad de algunos jefes militares que estaban al tanto de la geopolítica internacional y de los intereses de su patria. Y desde Ciudad del Cabo se lanzaron sobre Buenos Aires. No estaba claro para ellos que harían con América: ¿alentar la independencia o someternos como nueva colonia?

Sabían que la estrategia era cambiante, según quien gobernara Inglaterra. Si eran los *torys* la voluntad se inclinaba por la independencia, en cambio, si eran los *whigs* el dominio sería colonial. Esta ambigüedad complicará los planes británicos. Por otro lado un grupo de espías a sueldo de la corona británica habían echado raíces en la ciudad y establecida amistad con un estrecho círculo de criollos. Ellos también aconsejaron la venida de Inglaterra. Es que soñaban ser libres de España contando con el apoyo británico.

Los ingleses fueron vistos por vez primera el 17 de mayo de 1806 en las playas de Santa Teresa al norte del Uruguay. Un mes después merodeaban las costas de Buenos Aires buscando un lugar apto para desembarcar.

Desembarcaron en Quilmes muy cerca de las tierras de Santa Coloma, un estanciero adinerado y vecino de la ciudad.

Dos esclavos de este hacendado fueron los que dieron información precisa del desembarco.

¿Quién era Don Gaspar de Santa Coloma?

Un rico estanciero y comerciante vinculado a la vida social de Buenos Aires. Disponía tanto de una enorme fortuna como de una vasta extensión de tierras bañadas por el amplio estuario, al sur de la ciudad. Precisamente en la zona de los Quilmes. Contaba con esclavos, en su mayoría negros y mulatos. Dos de ellos, el pardo Juan Clemente y el negro Juan le revelaron lo que aquel mediodía del 25 de junio de 1806 habían observado en su habitual merodeo por las costas.

Andariegos y fisgones acostumbraban a bajar al río cada vez que las labores del día agotaban el cuerpo y ese mediodía no fue una excepción ¿Y cuál fue la sorpresa?

Allí, frente a ellos, un compacto grupo de barcos extranjeros se aprestaban a fondear en las costas del patrón. No había pasado una hora y ya estaban desembarcando, armas, vituallas, cañones. “¿Son los ingleses!”, exclamaron casi al unísono. Es que habían escuchado a su amo conversar sobre estos hombres, y sus ansias de apoderarse de estas tierras.

Tranquilos, los británicos, se tomaron toda la tarde para descender a tierra. Por lo visto nada los apuraba. Temerosos de ser descubiertos y ocultos tras un montecillo de talas y paraísos no perdieron detalles de aquel asombroso desembarco. Corrieron veloces para las casas. Santa Coloma no salía del asombro.

Esa misma tarde anotició al virrey Sobremon-
te: ¡Los británicos ya pisan nuestra tierra!

La ciudad estaba en alerta puesto que el
día anterior habían sido vistos por Ensenada,
ciudad cercana a la actual La Plata. ¡Pero aho-
ra habían desembarcado!

Rápidamente los dos esclavos fueron lle-
vados ante las autoridades militares. Debían
contar exactamente lo observado.

“¡Desembarcaron en Quilmes y hay mu-
chos buques fondeados en sus costas!”, excla-
maban en alta voz.

“Contamos ocho chalupas y por los sol-
dados que carga cada una han bajado entre
1600 y 1800 hombres. Aunque hay también
algunas mujeres y niños. Tienen una pequeña
banda de músicos que no para de tocar alen-
tando a su gente. ¡Enfervorizándolos! Usan
una polleritas que le dan un aspecto raro, no
parecen soldados. Y su armamento es pode-
roso, arrastran dificultosamente en aquellos
bañados ¡ocho cañones!”.¹

Rápidamente el virrey Sobremon-
te, que por estas horas desconfiaba de los vecinos de
Buenos Aires, planificó marcharse a Córdoba,
pero antes ordenó que un grupo de hombres,
comandados por el brigadier Arce, un militar
entrado en años, llegaran a la zona que los es-
clavos habían identificado. Desde las barran-
cas y en altura observaron nuestros hombres
el bullicio de la tropa británica desperezarse
y ponerse en movimiento luego de haber pa-
sado la noche en la playa. Era el 26 de junio
de 1806. Nopudieron impedir el ascenso de la
barranca. Los británicos treparon no sin difi-
cultad pues había un pantano que los obligaba
a hundirse hasta las vedijas.

No obstante la ventaja que daba la altura,
las balas patriotas no mataban. Eran calibres
pequeños. De escaso poder de fuego. Pero no
solo eso. Otro problema hubo, el calibre de las

balas no era coincidente con el de la fusilería.
¡Un desastre! Las fuerzas españolas fueron rá-
pidamente dispersadas.

Al llegar las malas noticias a la ciudad,
los habitantes no lo dudaron: se encerraron en
sus casas. La pequeña urbe esperó silenciosa y
espectral la llegada del invasor. El miedo y la
incertidumbre cayeron a plomo sobre Buenos
Aires.

El avance británico

Dueños del terreno que pisaban, los 1.641
soldados británicos avanzaron desde Quilmes
sin ningún inconveniente. Al llegar al riachue-
lo observaron como el fuego destruía el vie-
jo puente de Gálvez que unía las dos orillas.
Pronto algunos soldados se echaron al agua,
capturaron botes y barcasas y el cruce se rea-
lizó de todos modos, a pesar de los criollos.
Hubo algunas escaramuzas, pero todo fue en
vano. Las fuerzas patriotas concentradas en
Barracas se dispersaron.

El cabo Guanes, valiente y patriota como
la mayoría de los soldados criollos, pertene-
ciente a la compañía de artillería, había reci-
bido la orden del virrey de traer desde retiro
hasta barracas dos cañones. La travesía por
campos y pantanos fue ardua y demoledora:
un par de bueyes arrastraba la cureña que se
hundía irremediamente en el barro. Guanes
de todos modos no se amilanó. Al llegar a ba-
rracas encontró al virrey malhumorado anoti-
ciándose de la causa: la derrota de las fuerzas
patriotas.

Al no poder contener a los ingleses, que
primero cruzaron la infantería y luego la arti-
llería mediante una especie de puente realiza-
do con barcasas, la tropa española se desban-
dó rumbo a la ciudad ante el temor de even-
tuales atropellos provocados por el invasor.

Entonces el cabo Guanes se apersonó al virrey informándolo sobre el éxito de su misión, pero el virrey ya no estaba para comprender el valor de las grandes conductas y le ordena frente a la reciente derrota volverlos a llevar, pues “ya no hacen falta”. Entonces “¡Me dio rabia también!”, se dijo, y en presencia de Sobremonte y su Estado Mayor levanta la voz: “Pues, Señor, si ya no se necesitan cuando está el enemigo al frente, será porque estamos perdidos o porque su Excelencia nos habrá vendido a todos”.

Al oír estas palabras el virrey cayó el suelo. Corrieron hacia él tres oficiales, lo alzaron. Una vez incorporado gritó: “¡Tírenle, mátenlo!”. A lo que el cabo Guanes contestó: “Que lo hagan; prefiero morir en este sitio a que me maten los enemigos sin hacer resistencia”. Entonces se le aproximó un oficial y poniéndole la espada sobre el sombrero, pero sin darle el golpe, le dijo: “Cállese, paisanito, que esto ya no tiene remedio”. Volvió a alzar la voz el virrey, ordenando: “Amárrenlo”. Tomado por un grupo de soldados fue azotado a la vieja usanza española.²

Sobremonte no estuvo a la altura de las circunstancias, al menos así lo creyó el pueblo de Buenos Aires. Tomó los caudales del erario público, de la caja del comercio con Filipinas, y los suyos propios y se dirigió a Córdoba.

El general Beresford avanzó victorioso desde Barracas por la antigua calle Larga, hoy Montes de Oca, en dirección a la Plaza de Mayo. Era el mediodía del 27 de junio de 1806 y hacía veinticuatro horas que habían desembarcado. La mañana se presentó encapotada y gris. La humedad calaba hasta los huesos. Los invasores acostumbrados a las inclemencias del tiempo y los inconvenientes de la guerra se movieron en espaciada formación de columna para presentar una vista más imponente de su menguado ejército. Buenos Aires se rindió sin haber podido luchar.



Guillermo Carr Beresford (1768-1854)
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 251214.

El marqués de Sobremonte, virrey y autoridad responsable, no supo o no quiso pelear. Se marchó a Córdoba por el viejo camino real dejando atrás una ciudad que según sus palabras no era de fiar. Desde allí escribió una proclama nombrando como nueva capital del virreinato la ciudad de Córdoba y llamando a la desobediencia civil. Lo sorprendente de la nota es que además de estar firmada por Sobremonte también lo hace Nicolás Rodríguez Peña que lo acompañaba.³ ¿Cómo secretario? Extraña familia los Rodríguez Peña. Aniceto espía británico y Nicolás con Sobremonte.

A las tres de la tarde la columna británica llegó a la calle Defensa justo en la curva donde

se hallaba la quinta de los Lezama, un solaz de paseo obligado, los días de fiesta. Se detuvo algunos instantes en la esquina de Carlos Calvo y allí informó a los confidentes criollos (los espías que los británicos mantenían en la ciudad) que no firmaría capitulación alguna hasta que no estuvieran en su poder los tesoros del reino. Entonces el miedo cundió por la aldea. ¡Sin capitulación estamos a merced de los herejes!

La pésima noticia corrió de casa en casa. La ciudad se ensombreció. La columna continuó su avance. A su frente iban los gaiteros del Regimiento 71 de cazadores escoceses que con su música bizarra creaban un clima guerrero que se filtraba a través de las ventanas. Una copiosa lluvia comenzó a caer. Las calles estrechas de la ciudad barrota y los soldados avanzando de bote a bote volvían más espectral aquella marcha. Las puertas, trancadas, y silencio. Solo silencio.

No hubo resistencia individual. Nada ocurrió. Por el contrario de algunas ventanas asomaron las miradas de mujeres que curiosas observaban al hereje y a aquella etnia tan diferente. Si se quiere tan delicada.

Después la pesada puerta de hierro del Fuerte se abrió cayendo sobre la fosa que lo rodeaba. Beresford ingresó radiante. Desde el río una salva de cañonazos de la flota británica tronó brutalmente. ¡Jamás se había escuchado semejante batifondo! El espectáculo no pudo ser más demoledor. La bandera inglesa en lo alto del fuerte, las tropas acantonadas en lo que hoy se conoce como la Manzana de las Luces, y partidas de soldados británicos andando las calles más alejadas anunciando su dominio y poder. La población atemorizada y sobrecogida se refugió en lo profundo de sus casas. Buenos Aires se había perdido. Mariquita Sánchez de Thompson, una mujer con una larga trayectoria histórica y miembro de la éli-

te porteña, así vio a los británicos: “Te voy a contar lo que fue la entrada por la Plaza; el regimiento 71 de Escocia, mandado por el general Pack; las más lindas tropas que se podían ver, el uniforme más poético, botines de cintas punzó cruzadas, una parte de la pierna desnuda, una pollerita corta, una gorra de una tercia de alto, todas formadas de plumas negras y una cinta escocesa que formaba el cintillo, un chal escocés como banda sobre una casaquita corta punzó. Este lindo uniforme, sobre la más bella juventud, sobre caras de nieve, la limpieza de las tropas admirable. ¡Qué contraste tan grande!”.⁴

No todo está perdido

Beresford se hizo llamar pomposamente: “Excelentísimo señor Mayor General Comandante en jefe y Gobernador”. Buscó caer simpático entre los vecinos de la ciudad, pero semejante altanería generó un natural rechazo especialmente en la gente de pueblo que lo llamaba hereje, enemigo de la religión, hijo de Satanás y engendro del infierno. Que además lo creía perverso y corrompido siendo su ojo bizco la seña indubitable de la bestia.⁵

Las clases altas opinaban de otra manera.

“Beresford era un hombre de alta capacidad y fina educación; trató al Obispo con el mayor respeto y le aseguró que sería respetado el culto y todos empezaron aún a creer que eran católicos”.⁶

La primera medida que tomó fue capturar ciento ochenta barcos surtos en las costas, de comerciantes de la ciudad y advertir que si no le entregaban los caudales del reino perderían sus embarcaciones. Para recuperarlas deberían acercar una determinada suma de dinero a las fuerzas invasoras que compensaría los dineros reales huidos. Apresurados, los comerciantes

interesaron al Cabildo y este envió representantes a entrevistar al virrey con una carta que se halla en el Archivo General de la Nación firmada por: Gregorio Yaniz, Manuel Ocampo, Francisco Belgrano, Joseph Santos Inchaurregui, Anselmo Sáenz y Francisco Herrero, en la cual le comunican que por las capitulaciones firmadas debían entregarse los caudales: “Pues ellos tienen las fuerzas y si no se ejecutase lo que ordenan podría ocurrir una lamentable catástrofe. En estas circunstancias no puede menos el Cabildo que suplicar a V.E. a favor de esta miserable ciudad oprimida, que se sirva dar las órdenes y disposiciones necesarias para que sin pérdida de tiempo sean restituidos esos caudales como medio al parecer único de liberar a esta ciudad de las vejaciones y padecimientos a la que está expuesta”.⁷

Llevaban esa carta Juan Santa Coloma y Antonio Velay, hallando al virrey en las cercanías de Luján. Lo persuadieron de la entrega y Sobremonte así lo hizo. ¿Entregó todo a los invasores? No, mandó esconder bajo tierra una parte del tesoro. Los ingleses sospecharon la maniobra y siguiendo las huellas dejadas por las carretas cargadas de oro y plata comenzaron a cavar en el lugar preciso, hallando el resto.⁸

Con los tesoros en su poder, Beresford los envió a Inglaterra con un informe pormenorizado de la situación. Luego la tropa fue resarcida como era costumbre en aquellos tiempos. Beresford recibió doce mil libras esterlinas, lo que era una enorme fortuna, y los soldados de asalto, treinta libras. En posesión de los caudales devolvió a sus legítimos dueños, chalupas, barcos y barcazas. Las clases acomodadas retornaron a la calma. Ese día hubo fiesta en Buenos Aires. Uno de los más poderosos comerciantes el señor don Martín de Sarratea organizó un banquete en honor a los recién llegados. ¡Esa noche tiró la casa por la ventana!

Su hogar era centro de la vida social y cultural de los ricos porteños. Se caracterizaba por ser un excelente anfitrión. Sus tertulias selectas y famosas engalanaban a quienes concurrían. El 1 de julio en su amable velada se vio a la oficialidad británica departir con lo más acrisolado de la sociedad porteña. Doña Melchora Sarratea, hija del dueño de casa, mujer bella y lanzada no fue indiferente a los galanteos del general Beresford, no obstante su mirada torcida.

Liniers, el futuro héroe de la Reconquista, estuvo esa noche en la velada. Es que Sarratea, que era su suegro o mejor dicho exsuegro(a esta altura Liniers había enviudado) le dio una mano a su yerno acercándolo al invasor. Don Santiago, por su parte, reconoció que quién intermedió con los británicos para que él ingresara a la ciudad sin ningún tipo de inconvenientes fue Tomás O’Gorman, espía británico, que residía en Buenos Aires quien por otro lado era marido de la Perichona, futura amante de Liniers.⁹

Ignacio Núñez cadete del Escuadrón de Húsares y autor de una crónica de la época describió cual era el estado de ánimo de Liniers luego de la derrota en Quilmes y la toma de la ciudad por parte de Beresford. Lo cual explica la duplicidad de don Santiago, que más adelante veremos, atada a la esperanza depositada en los ingleses de adquirir un futuro personal más acorde a la jerarquía con la que creía contar: “Hay motivos para suponer que Liniers sintió una secreta complacencia al recibir esta noticia: se le descubrió un campo inmenso para el restablecimiento de su fortuna y el desagravio de sus ofensas”.¹⁰

Insistiendo el mismo autor: “Liniers no era de fiar, tampoco para el Marqués de Sobremonte, por eso al aparecer los ingleses en el estuario del Plata, el virrey lo separó de la Escuadrilla Naval del Río y lo mandó a defender Ensenada, un objetivo de menor cuantía”.¹¹

Liniers formó parte de un círculo de hombres que en Buenos Aires soñaban con la independencia de España y esperaban para lograrlo el apoyo británico. La llegada de las tropas “libertarias” llenaron de júbilo al grupo entre los cuales había evidentes espías británicos como James Burke, Guillermo White, Tomás O’Gorman y su fogosa esposa conocida despectivamente en la ciudad como “La Perichona”, y algunos criollos como Castelli, Saturnino Rodríguez Peña, Aniceto Padilla y el mismísimo Juan Martín de Pueyrredón. Todos ellos estaban aquella noche en lo de Sarratea.

Respecto de Burke, quizás el jefe de los espías, nos dice Robertson:

“Es indudable que visitaba y estaba bien visto por las mejores familias de Buenos Aires y era amigo de Tomás O’Gorman, su esposa Ana Perichon, a quien se dice festejaba, Casa-mayor. Parece indudable que conocía a Santiago Liniers y a Guillermo White. Sus confidentes criollos fueron Castelli y los Rodríguez Peña.”¹²

Volviendo al pequeño grupo de hombres que se hallaban esperanzados en el apoyo británico para llegar al poder, hay innumerables testimonios que corroboran su conducta. El mismo Capitán Gillespie, un sujeto inteligente, fino observador de la situación social de la ciudad, tanto como de sus costumbres y que en sus análisis no pudo desprenderse de cierto tono de superioridad cultural malogrando una obra por demás interesante, publicó algunos años después, en 1818 y ya en su patria, un interesante libro sobre lo que le tocó vivir en el Río de la Plata poniendo al descubierto la conducta de algunos criollos. Fue el responsable, por orden del general Beresford, de invitar a los criollos a firmar un libro con el objeto de dejar claramente establecido la aceptación del nuevo gobierno. El libro, de un enorme valor político, obraba en su poder y no lo dejaba ni

a sol ni a sombra. Lamentablemente se perdió o se destruyó o quizás hubo dinero de por medio. Lo cierto es que no ha llegado hasta nosotros. Allí el autor decía:

“Teníamos en la ciudad algunos amigos ocultos, pues casi todas las tardes, después de oscurecer, uno o más ciudadanos criollos acudían a mi casa para hacer el ofrecimiento voluntario de su obediencia al gobierno británico y agregar su nombre a un libro, en que se había redactado una obligación. El número llegó finalmente a cincuenta y ocho y la mayor parte coincidían en decir que muchos otros estaban dispuestos a seguir su ejemplo; pero se contenían por desconfianza del futuro y no por ningún escrúpulo político o falta de apego a nosotros”.¹³

La primera reacción

Había en la ciudad otros hombres principales y de pueblo que miraron a esa velada como algo indigno. Don Martín de Álzaga y su joven abogado Mariano Moreno, el ingeniero Felipe Sentenach, Gerardo Esteve y Llach entre otros, alejados de aquel círculo dudoso. Ellos iniciaron los primeros movimientos de resistencia. Algo descabellado sí, pero profundamente patriótico como luego veremos.

Don Martín de Álzaga fue uno de los hombres más ricos del Buenos Aires virreinal. Su enorme fortuna construida a golpes de esfuerzo, trabajo y suerte, le permitió una vida holgada. Su infancia difícil y sufrida lo obligó a abandonar el hogar paterno, en Vizcaya, y marchar a Buenos Aires para trabajar como dependiente en la importante casa mayorista de don Gaspar de Santa Coloma. Tenía doce años. A los veintidós fundó su propio comercio. Desde ese momento su progreso económico fue imparable. A los veinticinco años se casó con

Magdalena de la Carrera Inda estableciéndose en el barrio de Santo Domingo, al sur de la Plaza de Mayo. Como poderoso comerciante operaba en distintos puertos europeos. Y mantenía representantes en la línea del camino al Alto Perú. Tuvo flota propia. Rechazó desde el primer momento al invasor. Desde el vamos se enfrentó a ellos y no dudó un instante de poner su riqueza al servicio de la reconquista de Buenos Aires. Pagó de su bolsillo la organización del cuerpo de artillería de los voluntarios patriotas llamados La Unión y los respectivos salarios de los quinientos soldados reunidos en Perdriel y lamentablemente dispersados por las fuerzas de ocupación. Pero antes había pergeñado un fabuloso plan. Junto a otros patriotas proyectaron volar por los aires el Fuerte y La Ranchería donde permanecían las fuerzas británicas. Para ello alquiló dos casas frente a los objetivos establecidos, desde donde se cavaría un túnel hasta alcanzar el centro mismo del enemigo, por debajo de la tierra. En el lugar indicado se colocaría una mina. Por las mañanas el Ingeniero Sentenach, confabulado con la operación, se cruzaba, bajo cualquier excusa, a la Ranchería y medía distancias, ángulos, precisaba el lugar donde se hallaban los dormitorios de los soldados. (Era un matemático, algunos años después fue director de la Escuela de Náutica y Matemáticas). Volvía con la información precisa. La obra avanzaba rápidamente. Pero, claro, no era fácil mantener un secreto en aquel Buenos Aires infestado de espías y amigos del británico. Y llegaron comentarios a oídos de Beresford que algo grave se estaba organizando. Entonces, dio órdenes precisas de un mayor control y cuidado.

Una noche un guardia escocés fue molestado por un ruido subterráneo. Algo venía de las entrañas de la tierra. Informó de inmediato a su sargento quien avisado procedió a inves-



Martín de Álzaga (1755-1812).
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 347520.

tigar. Pusieron, entonces, varios mosquetes con sus cañones para arriba, bien asegurados en el suelo, sobre los que se colocaron algunos alfileres de modo que se desarreglaran al menor movimiento. Por la mañana se hallaron en el suelo.¹⁴ Desbaratado el complot como también la reunión de patriotas en Perdriel, parecía volver todo a fojas cero. Sin embargo y no obstante el fracaso, los criollos, demostraron no estar dispuestos a tolerar la invasión.

Don Martín Rodríguez, un poderoso estanciero del sur de la provincia de Buenos Aires y heredero de una cuantiosa fortuna, que potenció a merced de su capacidad y talento, se puso a disposición del país cuando llegó la hora de la patria. Tomó las armas y marchó en su defensa planeando por su cuenta un golpe a los ingleses.

A días de haber sido ocupada la ciudad, Beresford, seguro de la situación, acostumbraba salir a cabalgar por las afueras. Gustaba hacerlo por la zona cercana al paso de Burgos, actualmente Puente La Noria. Imaginaba que nada ni nadie se atrevería a molestarlo. ¡Tan seguro estaba de su triunfo! Y justamente lo hacía por donde Rodríguez tenía sus tierras, de manera que planificó con diez mozos bien resueltos capturarlo junto a sus acompañantes. Algunos amigos, al enterarse, le rogaron no lo hiciera puesto que los ingleses se ensañarían con la población. Finalmente accedió al ruego. Álzaga al igual que Martín Rodríguez fue otro de los que no estaban dispuestos a tolerar la invasión, sin embargo, Don Martín quedó fuera de juego pues con el asunto de las bombas y de Perdriel, dos importantes derrotas, había agotado sus posibilidades. Quedaba Liniers. Pero entre este y Álzaga las desavenencias eran profundas. Sus diferencias venían de lejos. Ciertamente Liniers ya estaba del lado de los patriotas, pero eso no era ninguna garantía para el grupo alzaguista. Se desconfiaban mutuamente.

Un cambio de frente

¿Cuándo comprendió Liniers que se hallaba en el bando equivocado? ¿En qué momento decidió pegar el salto? Son preguntas que quedarán sin respuestas ya que Liniers se cuidó de ocultar su pensamiento esos primeros cinco días y luego nadie le pidió explicaciones.

Su envión (para el lado de los patriotas) se produjo cuando comprendió que los ingleses venían para quedarse y no para alentar la independencia.

“Parece que Castelli y Pueyrredón pidieron a Beresford y Popham que aclararan la situación para saber si debían ayudarlos o hacer lo único que les quedaría, es decir, unirse a los españoles para combatirlos”.¹⁵

En una carta de Manuel Aniceto Padilla a sir Arthur Wellesley, luego duque de Wellington y vencedor de Napoleón en la batalla de Waterloo, se aclaran aspectos de este cambio de frente de algunos hombres de Buenos Aires:

“Inmediatamente después que el triunfo de las armas de Su Majestad Británica apartó de la dominación española la capital de las Provincias del Río de la Plata, sus habitantes creyeron que el objetivo de la Nación británica era el de proteger la independencia de este país. Empero, como después de ello la conducta de los jefes británicos no correspondió a las esperanzas que el pueblo había depositado en los mismos, éste tomó la resolución de expulsarlos por medio de la Reconquista, lo que se llevó a cabo poco tiempo después”.¹⁶

Fueron pocos los que se recostaron en Gran Bretaña y creyeron en ella, la inmensa mayoría entre clase alta y sectores populares repudió los hechos y desde el primer momento se pusieron en guardia buscando un jefe a quién seguir.

El pueblo, en pulperías y fondines, reaccionó acuchillando a los soldados extranjeros que circulaban por la ciudad:

“En las esquinas de casi todas las calles de esa capital había pulperías y almacenes que venden licores, velas y otros artículos. Son a menudo tan concurridos por la hez de la sociedad, que hay dos puertas en cada uno, tanto para el acomodo de la gentuza como para abrigarse del sol del mediodía y la tarde. Nuestros centinelas se colocaban cerca de ellos para mantener el orden. Un día el Teniente Sampson, del cuerpo de Santa Helena, mientras pasaba por una de esas pulperías, vio a alguno de esos sujetos precipitarse para arrancar el mosquete del centinela, lo que consiguieron, y el fue peligrosamente apuñaleado en el acto de ayudar al soldado”.¹⁷

Luego de marchar a Montevideo don Santiago retornaba con una fuerza de dos mil hombres, confiada a él por el gobernador de aquella plaza, Pascual Ruiz Huidobro. Era la última esperanza que quedaba puesto que las tropas de Álzaga habían sido dispersadas en Perdriel.

Cruzó el río una noche endemoniada. Una brutal sudestada castigó al estuario anticipando días de intensa lluvia. La operación, a punto de zozobrar, fue exitosa gracias a la pericia de los marineros. La fuerza se dirigió, luego de cuatro días de espera, a la ciudad cruzando pantanos y caminos anegados. El esfuerzo físico de aquellos criollos fue sobrehumano. El estado atroz de los caminos hacía imposible el traslado de los cañones. La ayuda de jóvenes que por centenares se acercaban a dar una mano permitió la proeza. Cuentan que entre aquellos niños se lo vio a Juan Manuel de Rosas. Finalmente llegaron al Retiro.

Don Martín Rodríguez, futuro gobernador de Buenos Aires, participó en aquella jornada heroica a las órdenes de Liniers. En sus memorias narra que lo sucedido al llegar a Retiro: “Matamos, acuchillamos y tomamos prisioneros a una porción de los ingleses que por allí estaban, luego avanzamos en dos columnas una por la calle Florida y otra por Reconquista al trote, arrollando a todos los que se nos oponían desalojándolos de los puestos que ocupaban hasta encerrarlos en la fortaleza”.¹⁸

En ese recorrido hacia la Plaza se sumaron los dispersos de Perdriel, hombres y mujeres de pueblo.

Aguardando en la Recova Vieja y en la del Cabildo las tropas inglesas pronto se percataron que serían sobrepasadas por la ola popular que se les venía encima. Además comenzaron los disparos desde las terrazas vecinas.



Martín Rodríguez (1771-1845)
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 304921.

Rápidamente se encerraron en el Fuerte y aguantaron la embestida o como manifestó Beresford: “Nos quedaremos tanto tiempo como dicte la prudencia”.

Reconquista y rendición

Finalmente acorralados en el Fuerte y temiendo a la furia del pueblo que se acercaba peligrosamente, el general inglés mandó izar bandera de parlamento. Liniers al observar la divisa blanca pretendió aproximarse pero el pueblo redobló su furia. Por medio de escaleras alcanzaban lo alto de las murallas gritando: ¡A cuchillo!

Ahora sí, Beresford, no dudó un instante. Arrió la banderola blanca y elevó la bandera española. La muchedumbre atronó en vítores y también mueras al hereje. Liniers se acercó a la puerta que se desplomó ruidosamente, apareciendo el general Beresford con sus principales

¿Y Álzaga? Relegado por la derrota de sus tropas en Perdriel observó con recelo el crecimiento político de Liniers. Y para colmo de males el concubinato explícito que para la moral de Álzaga era un escándalo.

Se trató de una aventura amorosa, audaz y atrevida, que alimentó las fantasías del Buenos Aires de entonces. La historia atrapa por varios motivos. Guarda un conmovedor encanto novelesco concierne tufillo a trampa y ambigüedad. Componentes insubstituíbles de toda historia de amor explosiva.

Al mismo tiempo esta historia expone de forma rotunda la sinuosidad de Liniers y lo confuso, por decirlo de algún modo, de su accionar político.

Finalmente desde esa crónica conmovedora puede entenderse la trama política que enfrentó severamente a Liniers con Álzaga para luego continuar el conflicto entre Moreno y Liniers; Saavedra y Moreno y naturalmente, Moreno y Rivadavia. Adentrémonos entonces en la vida de estos enamorados.

María Ana Perichon Vandeuil había nacido en la Isla de Borbón en 1775 casándose con Tomás O’Gorman en 1792. En 1797, sus padres, tres hermanos y su marido llegaron al Río de la Plata. El matrimonio no fue feliz. Tomás no era un hombre proveedor, responsable y dedicado a su familia. Más bien un tiro al aire. En alguno de sus vanos intentos de cambiar marchó a Londres transportando mercaderías, a su retorno vino acompañado de un espía, James Burke, enviado por Pitt, Primer Ministro Británico. Se sospechaba que Burke al poco de arribar a Buenos Aires se transformó en amante de Anita.

Como hemos dicho el grupo se amplió incorporándose Guillermo White y algunos criollos como Saturnino Rodríguez Peña, Aniceto Padilla, Juan José Castelli y naturalmente Li-

niers, esperanzados en la pronta venida de los ingleses. En sus cálculos estaba la independencia y alcanzar lugares expectables en el nuevo gobierno: “Se dice que por 1804 planeó con Santiago Liniers un proyecto de independencia del Río de la Plata, contando con la ayuda del gobierno inglés y por el que Liniers y White quedarían a la cabeza del virreinato”.²⁰

El ascenso social por medio de la política, tuvo y tiene historia en nuestra patria como lo revela la conducta de estos conspiradores.

Beresford premió a O’Gorman con un buen puesto: cobrador de la empresa de Tabacos y Filipinas. Durante las invasiones trabajó políticamente a favor de los ingleses para ampliar el círculo de amigos de Gran Bretaña, pero como ya lo hemos visto los posibles candidatos tomaron rápidamente distancia cuando comprendieron que los británicos buscaban quedarse con todo. Su casa se transformó, cuando Beresford fue dueño de Buenos Aires, en el centro de reunión complaciente entre criollos y la alta oficialidad británica. En ella Anita se encendía y brindaba lo mejor de su simpatía y encantos innatos. Era una mujer coqueta y provocadora. Muy atractiva. Liniers le decía “La petaquita”. Sus formas deslumbraban por lo voluptuosas e insinuantes. Se sabía hermosa y utilizaba su figura a favor de sus intereses y también de sus ideales que, no obstante cierta frivolidad mundana, los tenía y bregaba por ellos. Esta mujer ganó el corazón y la carne de don Santiago.

De Ana O’Gorman decía Núñez:

“Contaba como treinta primaveras, era alta de cuerpo, de un personal elegantemente constituido, y aunque sin mérito particular, de un color y de una gracia que interesaba, como si la naturaleza la hubiera favorecido con una fisonomía hermosa: sus maneras y su trato se explicaban con el término francés espiritual.

Se dijo entonces que el General Liniers había concebido una pasión violenta por esta dama mucho tiempo antes que lo pusiese en escena la invasión de los ingleses, pero que habían podido reprimirla sus relaciones de amistad con el marido”.²¹

Según este autor Anita era una mujer alta y elegante, aunque Liniers cariñosamente la llamaba “petaquita”. De ser su fisonomía como nos lo narra Núñez, entonces, “petaquita” no hablaba de su cuerpo sino del néctar que encerraba.

Producida la Reconquista, Tomás O’Gorman se vio compelido a abandonar la ciudad. Núñez asegura:

“La preferencia de Liniers de avanzar por esa calle, (donde vivía la Perichona, actual Reconquista) la había dictado el deseo de excitar la sensibilidad de madama O’Gorman, mostrándosele en un espectáculo imponente. El ejército fue testigo de la escena: al pasar por las ventanas de madama, cuando se cruzaban los silbidos de las balas de los enemigos, con los gritos aterradores de la columna, ¡Avancen! ¡Avancen! El General se detuvo un corto instante, la miró, la saludó haciéndole señal de brindarle con la victoria”.²²

De esta forma, Anita, se alejaba velozmente de su marido y se acercaba al nuevo poder, su amado Liniers.

Expulsados los ingleses y habiendo abandonado el virrey Sobremonte la ciudad, se convocó a un Cabildo abierto que delegó el mando militar en Liniers y el político en la Audiencia. El Cabildo le informa a Sobremonte acerca del nombramiento de Liniers: “La voluntad del pueblo, la confusión de voces, el desorden acompañados de vivas a Liniers que ni el señor Obispo logró acallar. Los ánimos se han acalorado con el triunfo y la alegría y estas circunstancias les hacen creerse autorizados a lo que ocurre”.²³

Finalmente le dice que es muy necesaria su presencia para producir un giro de la situación. Sobremonte desaparecía lentamente de la escena.

A partir de ese instante se suceden una serie de acontecimientos confusos que involucraron a Anita. El primer hecho confuso, que solo tuvo trascendencia a nivel de la élite política y no alcanzó al pueblo bajo porque la popularidad de Liniers era tal que resultaba imposible de creerlo, tuvo que ver con la capitulación británica. Antes de meternos de lleno en el asunto es pertinente recordar que ocurrida la Reconquista y desacreditada la figura del virrey Sobremonte, que ya no se encontraba en Buenos Aires, estalló un conflicto político entre Liniers y su partido, por un lado, Álzaga y el suyo conformado por el Cabildo y la Audiencia, por el otro. Disputaban el poder y el control político del virreinato. Ambos sectores ambicionaban el mismo sillón. Los hechos le habían otorgado a Liniers un lugar expectable y estaba decidido a jugarlo plenamente.

Las ambiciones de Liniers de alcanzar el poder con el apoyo británico habían devenido en que llegó a él luchando contra los ingleses. En esta ambigüedad nació la sospecha que el partido alzaguista tuvo de don Santiago. No fue un hombre confiable y el embrollo de la capitulación vino a corroborarlo.

“Astuto e intrigante, Liniers trató, entonces, de encaramarse en el poder virreinal saboteando toda veleidad de independencia”.²⁴

Luego de la rendición de Beresford, don Santiago logró para el inglés una interesante locación en Buenos Aires. Lo alojó en la vivienda de Casamayor un encumbrado hombre de negocios porteño y contertulio del grupo conspirador de Burke y Withe. Las tertulias ocurrían diariamente y fue allí donde el gran público se enteró de la nueva pareja, Liniers

y la Perichona, al fin y al cabo estaban entre amigos, no había por qué esconderse y fue en ese ámbito, siguiendo la línea interpretativa de Vicente Fidel López, donde se construyó la trama. En síntesis, en esa casa se organizó la entrega de una capitulación trucha para que el inglés no sufriera en su patria el castigo que se le aplicaba a los rendidos en condiciones indignas. Poniendo en juego, claro está, la reputación del embrionario estado porteño. Nadie dudaba que el inglés se había rendido a discreción, eso fue público y notorio, medio Buenos Aires estuvo presente cuando Beresford ordenó bajar la pesada puerta del Fuerte y rendirse en ese puente ante Liniers e Hilarión de la Quintana. ¿Cómo y por qué cambiar esas condiciones quince días después?

López lo explica de este modo: “Beresford no tardó mucho en conocer bien las persona que lo rodeaban (a Liniers); y se captó ante todo el favor de las señoras, de una principalmente, que era omnipotente en el corazón del triunfador”.²⁵

Aunque López no la nombre, la fémina omnipotente en el corazón de Liniers era la Perichona. Ha sido ella, con sus artimañas y sus modos delicados y sensuales la que convenció a Liniers, según el criterio del autor, a dar ese arriesgado paso. La tramoya no alcanzó a realizarse porque para hacerla se necesitaba la complicidad del Cabildo y la Audiencia y ese era territorio de Álzaga. A esa altura, furibundo enemigo de don Santiago. De modo que hubo rendición incondicional, Beresford, Pack, Crauford, Guillespie, entre otros, fueron detenidos en calidad de rehenes y enviados a Luján y soldados de tropa en un número que superaba los cien fueron enviados al interior del país. Liniers sumó un mayor desprestigio a su figura aunque los comentarios no encarnaron en el pueblo. El gobernador de Montevi-

deo Ruiz Huidobro le dirigió una carta rajante el 23 de agosto de 1806 donde le decía: “Cuando le conferí el mando de las tropas que conquistaron esa capital no lo autoricé para firmar la capitulación de la que hasta ahora no tenía conocimiento...”.²⁶

Es interesante seguir el relato de López dado que ha sido un historiador volcado al grupo que rodeó a Liniers y un abierto enemigo del partido alzaguista, sin embargo se interrogaba:

“Por muchas pruebas que el Cabildo y la Audiencia tuviesen contra Liniers, y por muy vehemente que fuera el deseo que tenían de derribarle del pedestal a que había subido, ¿qué podían hacer contra él en aquellas circunstancias? Destituirlo como se había destituido a Sobremonte, era imposible. El pueblo alzado y la tropa que había arrojado con menosprecio al uno, tenía adoración por el otro; y el incidente de la capitulación era demasiado obscuro allá entre los telones oficiales, demasiado diplomático, para que pudiese apasionar a la multitud contra el caudillo querido que acababa de hacerla triunfar”.²⁷

Hay en el Archivo General de la Nación un libelo titulado *El Publicista de Buenos Aires al general Beresford*. El documento descalifica la conducta del general británico al pretender sorprender a Liniers con una capitulación capciosa. Le recuerda que: “Se rindió a discreción y que eso y la generosidad española salvaron a su persona y al resto de su ejército. ¿Qué significa rendirse a discreción? Se pregunta el *Publicista*. Entregarse a la voluntad y arbitrio del vencedor sin capitulación, pacto o condición alguna”.²⁸

El artículo, sin embargo, no alcanzó para disculpar a Liniers.

La vida privada de Liniers, en medio del conflicto político, pasó a estar a la orden del día. No tomaba ningún recaudo ni se escon-

día. Se mudó a la casa de la Perichona en Reconquista y Corrientes y solo permanecía en el Fuerte lo justo y necesario.

Anita abandonada por su marido no vio mejor solución para lo cotidiano y sus ardores que el regazo del voluble Liniers que, además de poder y los dineros hallados en el fuerte, gozaba de un sueldo más que importante.

¡Así era Don Santiago! Presa fácil del deseo femenino.

“La casa de madama se convirtió en un Estado Mayor, que ella misma capitaneaba con desembarazo y arrogancia: todo andaba o todo se detenía en Buenos Aires bajo el poder de este imperio mujeril, como todo andaba y se detenía en el mundo a la voz de Napoleón. Las mañanas las ocupaba el general en la Fortaleza con la organización activa del nuevo ejército, y madama en recoger los homenajes en su casa. En las tardes el general y madama recorrían juntos las calles y las plazas, todos los lugares de instrucción, a pie, a caballo; madama vestía ricos uniformes militares, con charreteras y cordones de oro, seguida de sus edecanes, de su corte y de su escolta, fuese o no fuese acompañada del general; por las noches la casa de madama era un sarao, que entretenía una numerosa concurrencia. Madama O’Gorman objeto también desde este día de una guerra amarga de murmuraciones, era acusada de libertina, de atea y hechicera”.²⁹

Esta relación sumamente peligrosa en momentos que se esperaba un nuevo ataque británico ahondó las diferencias con Álzaga. Es que al vasco nada de lo que hiciera Liniers le caía en gracia. ¡Y menos con la Perichona al lado!

Anita, como luego se reveló (aunque siempre se sospechó) era una fiel informante británica. ¿Por vocación? ¿Por cálculo político? ¿Por simpatías? Por lo que fuere, lo cierto que Inglaterra fue para él la una posibilidad y una ilusión.

El Secretario privado de Liniers, Don Saturnino Rodríguez Peña, del mismo modo. En una palabra ¡El Jefe militar de la guerra contra Inglaterra y ahora virrey del Río de la Plata rodeado de espías! ¿Era ignorancia? ¿Impericia? ¿O decisión?

Cierto que la reputación de Liniers, por aquellos años, más que la de ser un felón era la un saltimbanqui. Se conocía que era un hombre frívolo y poco responsable. Mariano Moreno, que se encuadraba en el sector de Álzaga, había inventado un término para calificar estas actitudes cuando las observaba en otras personas y en vez de decirle a alguien veleidoso o inmaduro le espetaba: “No seas *Linierado*”.

Si a todo lo dicho le adicionamos la rendición trucha que le obsequió a Beresford, por pedido especial de la Perichona, el cuadro se revelaba alarmante para Álzaga y su gente.

Además de estas cuestiones políticas, otras en orden a la moral y las buenas costumbres asomaban ruidosas y no menos preocupantes. Una noche en el solar donde habitaba Anita de Vandeuil y reducto del amor clandestino, pero público con Liniers, los solitarios transeúntes que aún quedaban por las calles fueron testigos de un espectáculo que dio que hablar y escandalizó al vecindario. A través de las ventanas se vio a la “loca escandalosa” (como empezaba a conocerse) y a la vez irresistible, de pie, con sus labios ardientes como un ají reventón vistiendo el traje militar de su amado y echada a la oreja la gorra de coronela entonar las siguientes estrofas mientras su cuerpo envenenado de lascivia danzaba al compás:

“¡A la mierda, a la mierda españoles!

Viva Napoleón

Y muera el rey Fernando, la patria y la religión”.

Por lo menos así se dijo entre el circunstancial público que detenido en la oscura acera de ladrillo observaba atónito el espectáculo.³⁰ Es poco probable que la “desvergonzada” rimara esa glosa, pero lo seguro fue la estética de esa noche picante.

Cierto o no, el vecindario lo creyó, y el partido alzaguista lo desparramaba con profusión.

Ante semejante desatino e indigno espectáculo público Álzaga remitió al gobierno español la siguiente carta:

“Esa mujer, con quien el Virrey mantiene una amistad que es el escándalo del pueblo, no sale sin escolta, tiene guardia en su casa, emplea las tropas del servicio en las labores de su hacienda de campo. Las caballadas y atalajes del tren volante costeados a expensas del erario real, se mantienen en la ciudad, con solo el destino de ocuparse durante sus caravanas y paseos, en aquella casa frecuentada por el Virrey. Que ha sido almacén y depósito de innumerables negociaciones fraudulentas; las que abrió huellas al extranjero para poseionarse de la ciudad e imponernos el dominio británico en las comarcas rioplatenses; la que ha servido de hospedaje y refugio a los verdaderos espías”.³¹

Clarísimos y contundentes los argumentos de Álzaga acerca de esta mujer al acusarla sin reparos sobre su complicidad y connivencia con los ingleses, y de haber sido su casa refugio de espías y negociados.

La relación de los enamorados culminó cuando Liniers expatrió a la Perichona a Río de Janeiro al enterarse que ella seguía apostando a la independencia justo ahora que él, don Santiago, había alcanzado la gloria: ¡Era virrey!

De ningún modo podía continuar a su lado. La expulsó. Y Anita se fue con sus críos

a cuestras. En Río, su casa recuperó el brillo y el movimiento del que gozaba cuando vivía en Buenos Aires. Pasaban por ella, expatriados como Saturnino Rodríguez Peña, Aniceto Padilla, Withe y el embajador de Inglaterra en Brasil, Lord Strangford con quien estableció una nueva relación amorosa. Anita era ardiente y volcánica Y al parecer no podía estar mucho tiempo sola. Con los años volvió a Buenos Aires, estableciéndose en una chacra donde se dedicó a educar a sus dos hijos. Signada por el escándalo público la familia padeció un nuevo escarnio y, por qué no, una tremenda injusticia. Su nieta Camila O’Gorman fue fusilada junto a su amante el cura Ladislao Gutiérrez en 1847 por atreverse a una amor prohibido y haber caído esa relación en medio del grave conflicto político entre unitarios y federales porteños. También se dijo en aquellos años que fue su padre quien aconsejó semejante determinación. Esto último es un disparate. ~~~



Iconografía de los uniformes militares. Invasiones Inglesas, 1807. AGN. Documentos Escritos. Fondo Andrés Bello. Sala VII. Legajo 54.

NOTAS

1. *Mayo Documental*. Ed. Universidad de Bs As. T. II.
2. Groussac, Paul: *Santiago de Liniers*. Ed. Estrada. Bs. As. 1943.
3. AGN. Sala IX. 26-6-8. F. 7B. 14 de agosto de 1806.
4. Zavalía Lagos, Jorge: *Mariquita Sánchez y su tiempo*. Ed. Plus Ultra. Bs. As. 1986. P. 152.
5. López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina*. Ed. La Facultad. Bs. As. 1926. T. II. P. 14.
6. Zavalía Lagos, Jorge: Ob. Cit. Pág. 153.
7. AGN. Sala IX. Foja 159 28/6/1806.
8. AGN. División Colonia Sala 9-5-5 Foja 670. (Agradezco el dato al Prof. Gustavo Alonso del AGN).
9. Gallo Klaus: *Las Invasiones Inglesas*. Bs. As. Eudeba. 2004. P. 95).
10. Núñez, Ignacio: *Noticias Históricas de la República Argentina*. Ed. Jackson. Bs. As. 1947. P. 58.
11. Núñez, Ignacio: Ob. Cit. P. 58.
12. Roberts Carlos: *Las Invasiones Inglesas*. Ed. Emecé. Bs. As. 2000. P.83.
13. Gillespie Alexander: *Buenos Aires y el Interior*. Ed. Hyspamérica. Bs. As. 1987. P. 59.
14. Gillespie, Alexander: Ob. Cit. Pág. 76.
15. Roberts, Carlos: Ob. Cit. P. 166.
16. Gallo, Klaus: Ob. Cit. P. 126.
17. Gillespie, Alexander: Ob. Cit. P. 78.
18. Rodríguez, Martín: *Memorias del General don Martín Rodríguez. En Los Sucesos de Mayo*. Ed. Jackson. Bs. As. P. 160.
19. AGN. Sala 926-6-8. Folio 22 a. Fecha 26/8/1806.
20. Roberts, Carlos: Ob. Cit. P. 61.
21. Núñez, Ignacio. Ob. Cit. P. 142.
22. Núñez, Ignacio: Ob. Cit. P. 142.
23. AGN: El Cabildo a Sobremonte 23/8/1806. Sala 9. 26-6-8. Folio 393.
24. Garay, Ricardo: “El alcalde que derrocó al virrey”. *La Nación* 6/2/2007.
25. Vicente Fidel López: Ob. Cit. T. II. P. 27.
26. AGN. Sala IX. 26/6/8. F. 21.
27. Vicente Fidel López. Ob. Cit. T. II. P. 31.
28. AGN. Sala IX Foja 32. Sin fecha.
29. Núñez, Ignacio: Ob. Cit. P. 143.
30. Groussac, Paul: *Santiago de Liniers*. Ed. Estrada. Bs. As. 1943. P. 287.
31. Cutolo, Vicente Osvaldo: “La Perichona”. *Todo es Historia* N° 103. Diciembre de 1975.



Iconografía de los uniformes militares. Invasiones Inglesas, 1807. AGN. *Documentos Escritos*. Fondo Andrés Bello. Sala VII. Legajo 54.



Medallas con motivos de la Reconquista de Buenos Aires.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 202282.

Hallazgo



Grupo de obreros del Ministerio de Obras Públicas de la Nación que, mientras trabajaban en el ensanche de la avenida Belgrano, hallaron balas de cañón y esquirlas de granada de la época de las invasiones británicas. Fue frente al solar histórico donde vivió Belgrano, abril de 1950.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Fondo Noticias Gráficas. Inventario 868.

La noche de los bastones largos

por Miguel Vidal*



Disturbios en la calle frente a la Facultad de Filosofía y Letras ubicada en Independencia entre Gral. Urquiza y La Rioja. AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 291636.

La noche del 29 de julio de 1966, el gobierno del general Juan Carlos Onganía tomó las sedes de la Universidad de Buenos Aires (Exactas, Arquitectura, Filosofía y Letras), ocupadas por estudiantes que reclamaban por el ajuste presupuestario y por la intervención del poder administrador de entonces, lo cual ponía fin a la autonomía universitaria. Cabe destacar que la Universidad denotaba, en esa época, una usina de pensamiento, de abstracción, en un derrotero ilustre, productivo e innovador desde su creación en 1821 por un edicto de Bernardino Rivadavia,

cuando se desempeñaba como ministro de gobierno de la provincia de Buenos Aires.

El advenimiento del Estado Nacional, prohijado por Julio A. Roca, la transfiere por un decreto a la órbita del gobierno federal en 1881. Eminencias como Houssay, Leloir, Milstein y tantos otros egresaron de la Universidad y vertieron su conocimiento sobre sus discípulos y alumnos, contribuyendo a la divulgación científica y a la cultura. La ceguera o miopía política de la administración del general Onganía, apoyada –en un principio– por caciques sindicales, produjo lo que se conoció como

* Es Licenciado en Ciencias Políticas y asesor del Archivo General de la Nación. Fue director de RRII en empresas de informática.



Desalojo de la Universidad, 1966.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 345111.

“fuga de cerebros”. Los exiliados fueron reconocidos en países que supieron valorar su valentía y saberes, sus méritos y padecimientos, y los cobijaron de esa barbarie, lo que les permitió seguir adelante con el cometido de enseñar, investigar y difundir el conocimiento acumulado y construido a lo largo de toda su vida académica.

Colocamos en minúsculas el eufemismo elegido para nombrar este hecho con el fin de dar una significación a semejante atropello. No fue minúscula la represión vandálica –ejercida con palos– sobre la humanidad de alumnos, docentes y todo quien se opuso a tal tropelía. Sí fue minúsculo, y estrecho de miras, el pensamiento de quienes propiciaron aquella ola oscurantista en la destacada labor de los científicos en la casa de altos estudios, dedicados a volcar sus investigaciones, simposios y esfuerzos al servicio de la nación que los había formado precisamente para eso.

La perspectiva histórica podría inducirnos a asertos contrafácticos, a suponer qué hubiera sucedido si los profesionales echados por aquella dictadura no hubieran emigrado, si el país hubiese sido diferente, con superior desarrollo y otra visión o concepción de la organización como nación. Eso nunca lo sabremos. Lo que ciertamente podemos saber es que el desarrollo científico y tecnológico nunca debió haber sido interferido por el poder político reinante, aunque se tratara de un gobierno de facto. La libertad de crear, de investigar y de pensar de los académicos y literatos ha constituido la llave de todos los países que se desarrollaron, que no es lo mismo que crecer por la venta de *comodities* a alto valor. Esta triste y violenta “noche de los bastones largos” configuró un hito en la decadencia de Argentina y un letargo que solo podremos superar con esfuerzo, con orden y con respeto a la ley y al mérito. ~~~

53

Mendoza y Buenos 21 de Enero de 1817



Mi Lancero: el 18 voy a la guerra
 al Edo. p.º el 21 ya estaré todo fuera de esta
 y el 15 de febrero decidida la suerte de
 Chile, si esta es próspera crea l.º entonces
 se le da la importancia q.º merece, mucho
 ha arde q.º trabajar y vencer pero todo sale
 completo exacto de dinero q.º no me llevo más
 q.º 11 mil pesos p.º todo el Edo.

Se recibio la tinta simpática y se hará
 el uso de ella quando convenga.

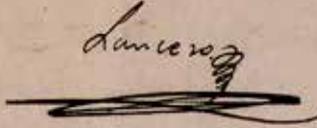
Yo no me entiendo con esas víveres ho-
 pitales caballo y una infinidad de
 cosas q.º me atormentan p.º q.º salga
 el Edo. mi Amigo si de esta calgo-
 bien como esperó, me voy a cuidar de

mi triste salud aun nunca, p.º esto es
 importante p.º un enfermo

Muy útiles seran en Chile los oficiales
 franceses benitos de N. America, ellos
 servirán p.º las tropas del Edo q.º halla
 de formarse en aquel Pais.

Yo no se q.º se abra echo el Genl.
 Bull. q.º me anuncio.

A Dios mi Lancero, hasta Chile
 no le vuelve a escribir. su
 Lancero



M.º don Tomás Guido.
 Jefe de la Secretaria
 de Guerra -
 Mendoza
 B.º Ayres



ORDEN
GENERAL.
 DEL
27 de Julio de
1819.

COMPÁÑEROS del ejército de los Andes: ya no queda duda de
 que una fuerte expedición española viene á atacarnos: sin duda algu-
 na los gallegos creen que ya estamos enlazados de pelear, y que nuestros
 sables y bayonetas ya no cortan ni ensortan: vamos á desengañarlos.
 La guerra se la tenemos de hacer del modo que podamos: sino te-
 nemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos tiene de faltar;
 cuando se acalienten los vestuarios, nos vestiremos con la bayetilla que
 nos trabajen nuestras mugeres, y sino aadarcemos en pelots como
 nuestros paisanos los indios: seamos libres, y lo demás no importa
 nada. Yo y vuestros oficiales daremos el exemplo en las privaciones
 y trabajos. La muerte es mejor que ser esclavos de los matarrangos.
 Compañeros: jurémos no dejar las armas de la mano, hasta ver el
 pais enteramente libre, ó morir con ellas como hombres de coraje.

San Martín.

Es copia. ROXAL

Arriba: Carta de San Martín a Tomás Guido sobre la campaña Libertadora a Chile, su partida de Mendoza y su confianza en el éxito. Comenta que debe descansar por sus problemas de salud. Informa que arribaron militares franceses que ayudarán durante la campaña. Mendoza, 21 de enero de 1817.
 AGN. Dpto. Doc. Escritos. Fondo Tomás Guido. Sala VII N°2007.
 Abajo izquierda: Sello de lacre usado por el Gral. San Martín. Buenos Aires, sin fecha.
 AGN. Dpto. Doc. Escritos. Fondo Tomás Guido. Sala VII N°2007.
 Abajo derecha: Bando del Gral. José de San Martín. Buenos Aires, 27 de julio de 1819.
 AGN. Dpto. Doc. Escritos. Fondo Sala VII N° 2471.

Los Documentos de agosto

—José de San Martín—

por María Teresa Fuster

El 17 de Agosto de 1850 fallecía a los 72 años en el exilio en Boulogne-sur-Mer, Francia, el General Don José de San Martín.

La documentación existente en el Archivo General de la Nación sobre su figura, su vida y sus campañas militares es muy abundante y variada. Abarca diferentes soportes: papel, fotografía y filmes.

Con relación a la documentación escrita original que el Archivo posee sobre Don José de San Martín podemos mencionar correspondencia de índole personal, comunicaciones políticas y militares tanto oficiales como secretas, detalle de campañas, partes y planos de batallas, estrategias, movimientos de tropas, instrucciones, cuentas, listas de revista, por mencionar solo algunas.

Los documentos se encuentran en los siguientes Fondos: **Sala X** - Gobierno Nacional, **Sala III** - Contaduría Nacional, **Sala VII** - Documentación Donada y Adquirida, **Biblioteca Nacional**, **Museo Histórico Nacional**, y **Mapoteca**. Todos estos Fondos poseen catálogos para un rápido acceso a la documentación requerida.

Mientras que en **Sala X** - Sección Gobierno encontramos documentación de tipo oficial principalmente referida a las relaciones del General San Martín con el poder político y a su desempeño militar tales como detalle de campañas, relaciones con generales como Manuel Belgrano y otros de la época, sobre el gobierno de Mendoza, preparativos y estrategias del Ejército de los Andes, etc.

En **Sala III** - Contaduría Nacional hallamos todo lo referente a la contaduría del Ejército como listas de revistas, ajustes, pagos según regimientos, solicitudes de armamentos, altas y bajas de soldados, almacenes de guerra, tomas de razón, de despachos, premios, pensiones, montepíos, etc.

En **Sala VII** se conserva tanto documentación de tipo oficial como personal, especialmente correspondencia familiar con amistades, donde es posible conocer, entre otras cosas, sus apreciaciones, durante el destierro, sobre el derrotero de la política americana y la situación por la que atravesaba la provincia de Buenos Aires.

Algunos de los Fondos o Colecciones de esta Sala que pueden ser consultados con respecto al tema son (entre otros):

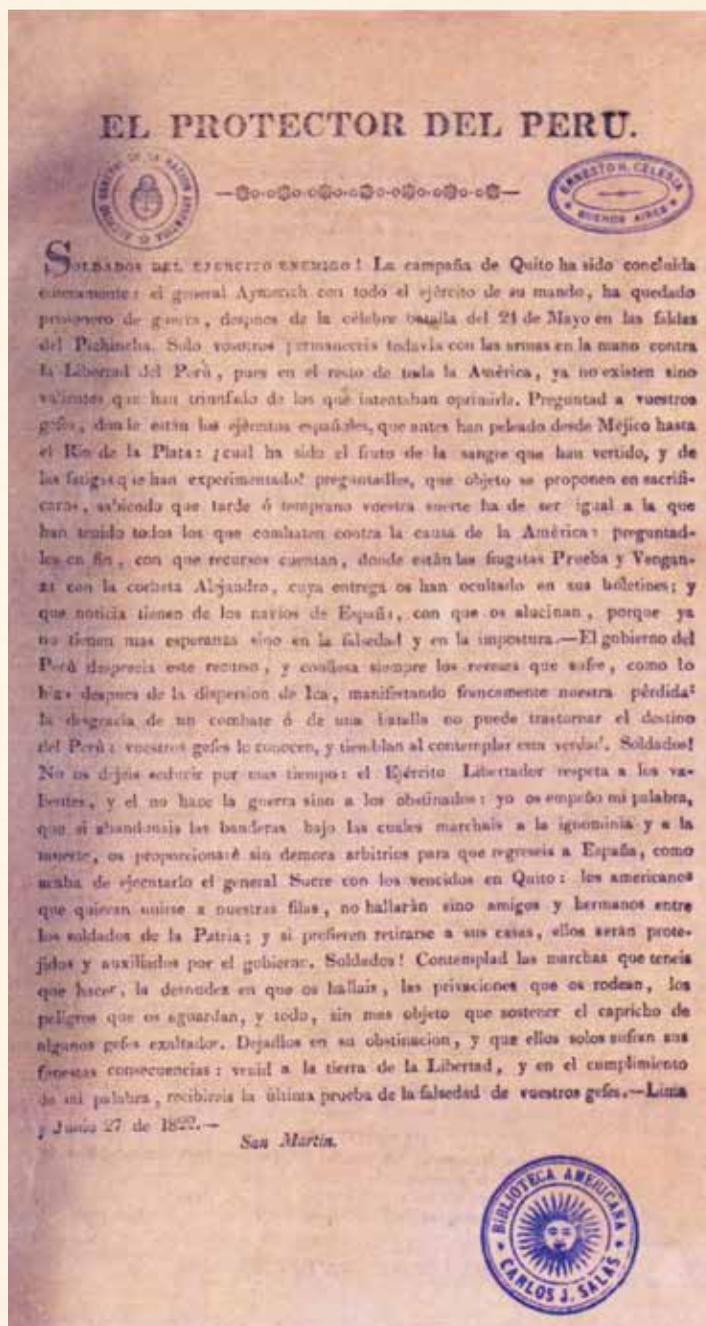
- Colección Juan Ángel Farini,
- Fondo Guillermo Miller,
- Fondo y Colección Alberto Mario Candiotti,
- Fondo Tomás Guido,
- Fondo General Juan Antonio Álvarez de Arenales,
- Colección Carlos Casavalle y
- Archivo y Colección Andrés Lamas.

Como curiosidad podemos mencionar que en un legajo de Sala VII - Documentación Donada y Adquirida N° 1462 se encuentra una caja original forrada en tela conteniendo un gajo o rama de la corona que los jefes y oficiales del crucero alemán Panther depositaron en la tumba del General San Martín el 25 de mayo de 1910 en el marco de los festejos del Centenario.

Asimismo en el **Departamento de Fotografía** es posible encontrar daguerrotipos con su imagen, documentos fotográficos de monumentos levantados en su homenaje en diversos lugares de nuestro país, del mausoleo en la Catedral Metropolitana, desfiles y actos realizados en su honor como, por ejemplo, el desarrollo de los festejos en 1950, declarado año del Libertador General San Martín, en otros.

En el **Departamento de Cine, Audio y Video** hallamos valiosos registros fílmicos de festejos realizados en honor a su memoria a través de las décadas como las filmaciones del Fondo de Cinematografía Max

Glücksman en los albores del cine, noticieros y documentales como el de la iniciación del año sanmartiniano en 1950 para mencionar solo algunas de las joyas cinematográficas que componen este maravilloso acervo fílmico que custodia el Archivo General de la Nación.



Proclama impresa del Gral. José de San Martín anunciando la finalización de la campaña de Quito. Lima, 27 de junio de 1822. AGN. Dpto. Doc. Escritos. Fondo y colección Ernesto H. Celesia. Sala VII N° 2474.



*Caja donde se conserva un gajo de la corona que los jefes y oficiales del crucero alemán "Panther" depositaron en la tumba del Gral. José de San Martín el 25 de mayo de 1910.
AGN. Dpto. Doc. Escritos. Sala VII. N°462.*

Transcripción

En el nombre de Dios Todo Poderoso a quien reconozco como creador del Universo: Digo yo José de San Martín Generalísimo de la República del Perú y Fundador de su libertad, Capitán General de la de Chile, y Brigadier General de la Confederación Argentina, que visto el mal estado de mi salud, declaro por el presente Testamento lo siguiente:

“Primero, dejo para mi absoluta Heredera de mis bienes habidos y por haber a mi única hija Mercedes de San Martín actualmente casada con Mariano Balcarce”.

“Segundo. Es mi expresa voluntad que mi hija suministre a mi hermana María Elena, una pensión de mil Francos anuales, y a su fallecimiento, se continúe pagando a su hija Petronila, una de 250 hasta su muerte, sin que para asegurar este don que hago a mi hermana y sobrina, sea necesaria otra hipoteca que la confianza que me asiste de que mi hija y sus herederos cumplirán religiosamente ésta mi voluntad”.

“Tercero. El sable que me ha acompañado en toda la Guerra de la Independencia de la América del Sud, le será entregado al General de la República Argentina Don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción, que como Argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los Extranjeros que tratan de humillarla”.

“Cuarto. Prohibo el que se me haga ningún género de Funeral, y desde el lugar en que falleciere, se me conducirá directamente al ce-

menterio sin ningún acompañamiento, pero si desearía, el que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires”.

“Quinto. Declaro no deber ni haber jamás debido nada a nadie”.

“Sexto. Aunque, es verdad que todos mi anhelos no han tenido otro objeto que el bien de mi hija amada, debo confesar la honrada conducta de ésta, y el constante cariño y esmero siempre me ha manifestado, han recompensado con usura, mis esmeros haciendo mi vejez feliz. Yo le ruego continúe con el mismo cuidado y contracción la educación de sus hijas (a la abrazo con todo mi corazón) si es que a su vez quiere tener la misma feliz suerte que yo he tenido; igual encargo hago a su esposo, cuya honradez y hombría de bien no ha desmentido la opinión que había formado de él, lo que me garantiza continua, siendo la felicidad de mi hija y nietas”.

“Séptimo. Todo otro Testamento o Disposición anterior al presente queda nulo y sin ningún valor”.

Hecho en París a veintitrés de Enero del año mil ochocientos cuarenta y cuatro, y escrito todo el de mi puño y letra. JOSE SAN MARTÍN.

~Artículo adicional: “Es mi voluntad que el Estandarte que el bravo Español Don Francisco Pizarro tomó en la Conquista del Perú sea devuelto a esta República (a pesar de ser una propiedad mía) siempre que sus Gobiernos hayan realizado las recompensas y honores con que me honró su primer Congreso”.

La solicitud para contraer matrimonio



B. Ay. Ag. 25 de 1812

El Ten. Coronel Com.
de Granad. a Cabal-
lo D. José de San
Martín

Suplica se le de licencia p. contraer matrimonio
con D. María de los Remedios Escalada hija de este
país.

Ag. 26. El Xefe del Estado Mayor dice: Que
respecto a q. V. E. en iguales casos ha concedido
licencia sin exigir otro docum. alg., no halla
inconven. en q. se le conceda al Suplicante.

Solicitud de José de San Martín para contraer matrimonio con Doña Remedios Escalada.
AGN. Dpto. Doc. Escritos. Sala X - Gobierno Nacional 4-2-3.

Transcribimos a continuación como ejemplo de la variedad de la documentación existente, un documento escrito poco conocido: la solicitud que el Comandante de Granaderos a Caballo Don José San Martín elevara a las autoridades el 25 de Agosto de 1812 para contraer matrimonio con Doña Remedios Escalada. La ceremonia fue realizada el 12 de septiembre de 1812 en la Iglesia de la Merced.

Buenos Ayres, Agosto 25 de 1812
El Teniente Coronel
Comandante de Granaderos a Caballo
D. José de San Martín

Suplica se le de licencia para contraer matrimonio con Da. María de los Remedios Escalada hija de este país.

Agosto 26 - El Xefe del Estado Mayor dice: Que respecto a que VE en iguales casos ha concedido licencia sin exigir otro documento alguno, no halla inconveniente en que se le conceda al suplicante.

**BATALLON DE INFANTERIA LIGERA
VOLUNTARIOS DE CANPO-MAYOR.**

El Capitan Segundo D.ⁿ José de San Martín y Illatorrao su edad 25... años, su Pais Buenos Ayres en America su calidad noble hijo de Cap.ⁿ su salud buena ~ sus servicios, y circunstancias los que se expresan.

Tiempo en que enpezó á servir los empleos. || Tiempo que ha que sirve, y quanto en cada empleo.

ENPLEOS.	Dias.	Meses.	Años.	ENPLEOS.	Años.	Meses.	Dias.
Cadete	21	Julio	1785	Cadete	3	10	28
Segundo Subteniente	19	Junio	790	Segundo Subteniente	1	1	8
Primer Subteniente	28	Julio	791	Prim. ^o Subteniente	2	10	10
Segundo Teniente	8	Mayo	795	Segundo Teniente	7	7	10
Segundo Ayudante	26	Dbre	1802	Segundo Ayudante	1	10	6
Capitan Segundo	2	Nov. ^e	801	Capitan Segundo	1	1	29

Total hasta fin de Diciembre de 1801 || 15 . || 5 . || 10

REGIMIENTOS DONDE HA SERVIDO.

En el de Murcia trece años cinco meses y cinco dias; y lo restante en este.

CANPAÑAS, Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO.

Ha echo un Destacamento de 19 dias en Melilla; se ha hallado desde 25 de Junio de 91 sufriendo el fuego que hicieron los Moros en los 33 dias de ataquia contra la Plaza de Oran haciendo el servicio con la Compañia de Granaderos en el Coto de Aragon 8 meses de donde pasó al Rosellon, y concurio ala toma de Torre Bateria y Cruz del Hierro. Ataque de las alturas de Mombolo; San Marcial y Vateria de Villalmona, en el de Sahuls y en sus alturas rechazó á los Enemigos por segunda vez. Hizo una salida ala Hermita de Sue, estubo en el ataque que dieron los Enemigos en Tortentire el dia 3 de Mayo de 94 en el que sedio á sus Vaterias el 16 subsistiendo en la defensa hasta la rendición de Colubre el 28 del propio mes. Estubo embargado en la fragata de la Real Armada la Dorotea un año y 25 dias y con ella se halló en el combate que sostuvo el dia 15 de Julio de 98 contra el navio de guerra Ingles el Leon. En la Campaña contra Portugal desde el 29 de Mayo de 1801 hasta la Paz, y en el combate que sufrió la Plaza de Cadix en 1801.

José de San Martín

Histórica "hoja de hechos" del Gral. San Martín. Se refiere a los servicios del Libertados en el ejército español. AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 271204.

Exmo. Sr.

D. José San Martín Teniente Coronel de Caballería, y Capitán de Borbon a. V. E. dice que habiendo echo una solicitud para sacar un Caballo de los existentes en esta para el Exército, V. E. ha librado la orden para que se le entregue uno de los inútiles, por no haber expresado su calidad, y siendo para el servicio de Caballería, a. V. E.

Supp.^{ca} se sirva mandar se le entregue uno de los Caballos útiles pagando su importe, respecto a que el Suplicante tiene su domicilio en Extremadura y va destinado al Exército de la Unión: Sevilla 7 de Junio

Exmo. Sr.

José de S. M.



Izquierda: Solicitud del Gral. San Martín en la cual pide que se le entregue “uno de los caballos útiles pagando su importe”.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 00097.

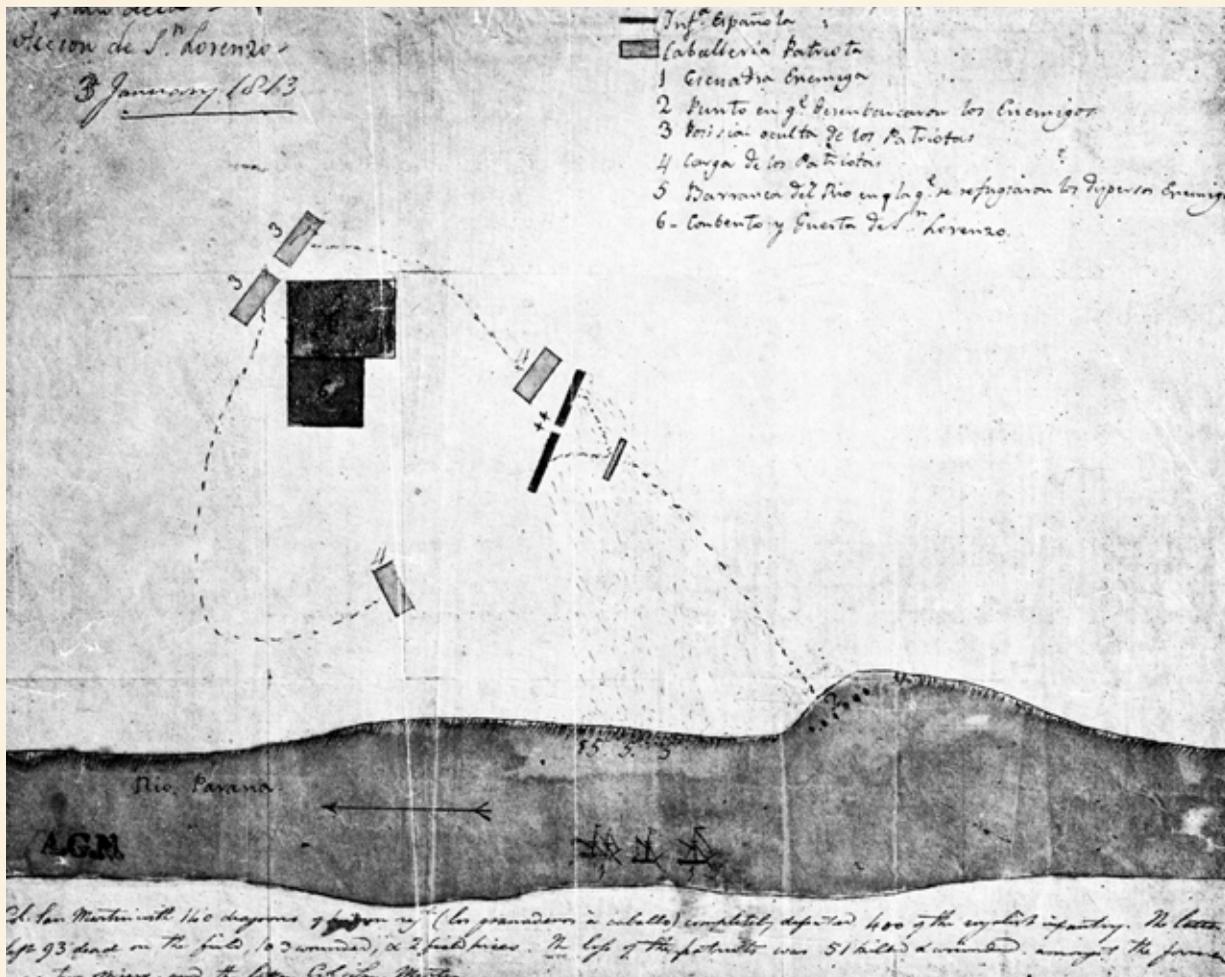
Derecha arriba: Daguerrotipo de San Martín expuesto en el Museo Histórico Nacional.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Daguerrotipo. Museo Histórico Nacional.

Derecha abajo: Daguerrotipo de Mercedes San Martín de Balcarce, hija del prócer, s/f.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 29583.

El Combate de San Lorenzo



Croquis del Combate de San Lorenzo, con algunas anotaciones en inglés, hecho por San Martín.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 00021.

Transcripción

EXMO. SEÑOR.

TENGO el honor de decir à V. E. que en el día tres de Febrero los Granaderos de mi mando en su primer ensayo han agregado un nuevo triunfo à las armas de la patria.

Los enemigos en número de 250 hombres desembarcaron a las cinco y media de la mañana en el Puerto de San Lorenzo; y se dirigieron sin oposición al Colegio de San Carlos. Conforme al plan que tenia meditado en dos divisiones de à 60 hombres. Cada una, los atacó por derecha è izquierda; hicieron no obstante una esforzada resistencia sostenida por los fuegos de los Buques, pero no capaz de contener el intrépido arrojo con que los granaderos cargaron sobre ellos sable en mano al punto se replegaron en fuga à las baxadas dexando en el campo de batalla 40 muertos, 14 prisioneros de ellos, 12 heridos sin incluir los que se desplomaron, y llevaron consigo, que por los regueros de sangre, que se ven en las barrancas considero mayor número. Dos cañones, 40 fusiles, 4 bayonetas, y una bandera que pongo en manos de V. E. y la arrancó con la vida a el abanderado el valiente oficial D. Hipolito Bouchard.

De nuestra parte se han perdido 26 hombres, 6 muertos, y los demas heridos, de este número son: el capitan D. Justo Bermudez, y

el teniente D. Manuel Diaz Velez, que abanzandose con energía hasta el bordo de la barranca cayó este recomendable oficial en manos del enemigo.

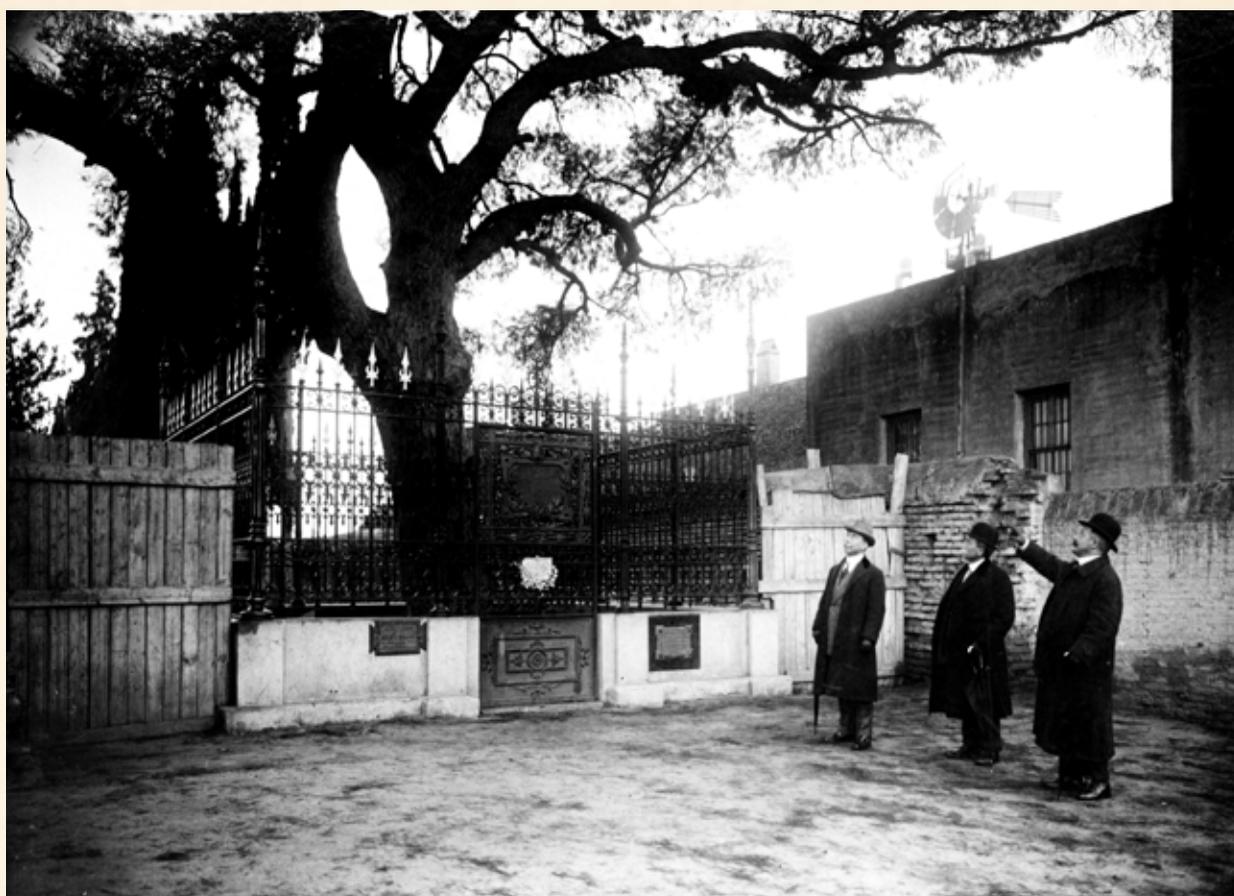
El valor è intrepidez que han manifestado la oficialidad y tropa de mi mando los hace acreedores à los respetos de la patria, y atenciones de V. E.; cuento entre estos al esforzado y benemérito párroco Dr. D. Julian Navarro, que se presentó con valor animando con su voz, y suministrando los auxilios espirituales en el campo de batalla: igualmente lo han contraido los oficiales voluntarios D. Vicente Marmol, y D. Julian Corvera, que à la par de los mios permanecieron con denuedo en todos los peligros.

Seguramente el valor, é intrepidez de mis granaderos hubieran terminado en este día de un solo golpe las invasiones de los enemigos en las costas del Paraná, si la proximidad de las bajadas, que ellos no desamparan, no hubiera protegido su fuga, pero me arrojo a pronosticar sin temor que este escarmiento será un principio para que los enemigos no vuelvan a inquietar a estos pacíficos moradores.

Dios guarde à V. E. muchos años.

San Lorenzo, Febrero 3 de 1813.

José de San Martín.



El histórico pino del convento de San Lorenzo, a cuya sombra el general José de San Martín redactó el parte de guerra de la épica batalla, 1911.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 00024.

El famoso Combate de San Lorenzo ocurrido el 3 de febrero de 1813 dio inicio a la actividad militar del General San Martín en nuestras tierras y fue el bautismo de fuego del Regimiento de Granaderos a Caballo. Testigo de ese histórico hecho fue el comerciante inglés Guillermo Parish Robertson, quien detalló el encuentro con el General San Martín y su visión del enfrentamiento en su libro *Letters on Paraguay (La Argentina en la época de la Revolución)*. A continuación transcribimos su descripción:

Por la tarde del quinto día llegamos a la posta de San Lorenzo, distante como dos leguas del convento del mismo nombre, construido sobre las riveras del Paraná, que allí son prodigiosamente altas y empinadas. Allí nos informaron haberse recibido órdenes de no permitir a los pasajeros seguir desde aquel punto, no solamente porque era inseguro a causa de la proxi-

midad del enemigo, sino porque los caballos habían sido requisados y puestos a disposición del Gobierno y listos para, al primer aviso, ser internados o usados en servicio activo. Yo había temido encontrar tal interrupción durante todo el camino porque sabía que los marinos en considerable número estaban en alguna parte del río; y cuando recordaba mi delincuencia

en burlar su bloqueo, ansiaba caer en manos de cualquiera menos en las suyas. Todo lo que pude convenir con el maestro de posta fue que si los marinos desembarcaban en la costa, yo tendría dos caballos para mí y mi sirviente, y estaría en libertad de internarme con su familia, a un sitio conocido por él, donde el enemigo no podría seguirnos. En ese rumbo, sin embargo, me aseguré que el peligro proveniente de los indios era tan grande como el de ser aprisionado por los marinos; así es que Scylla y Caribdis estaban lindamente ante mis ojos. Había visto ya bastante de Sud América, para acoquinarme ante peligrosas perspectivas.

Antes de desvestirme, hice mi ajuste de cuentas con el maestro de posta y, cuando quedó arreglado, me retiré al carruaje, transformado en habitación para pasar la noche, y pronto me dormí.

No habían corrido muchas horas cuando desperté de mi profundo sueño a causa del tropel de caballos, ruido de sables y rudas voces de mando a inmediaciones de la posta. Vi confusamente en las tinieblas de la noche los tostados rostros de dos arrogantes soldados en cada ventanilla del coche.

No dudé estar en manos de los marinos.

“¿Quién está ahí?”, dijo autoritariamente uno de ellos. “Un viajero”, contesté, no queriendo señalarme inmediatamente como víctima, confesando que era inglés. “Apúrese”, dijo la misma voz “y salga”. En ese momento se acercó a la ventanilla una persona cuyas facciones no podía distinguir en lo obscuro, pero cuya voz estaba seguro de conocer, cuando dijo a los hombres: “No sean groseros; no es enemigo, sino, según el maestro de posta me informó, un caballero inglés en viaje al Paraguay”.

Los hombres se retiraron y el oficial se aproximó más a la ventanilla. Confusamente, como pude entonces discernir sus finas y pro-

minentes facciones, combinando sus rasgos con el metal de voz, dije: “Seguramente usted es el coronel San Martín, y, si es así, aquí está su amigo mister Robertson”.

El reconocimiento fue instantáneo, mutuo y cordial; y él se regocijó con franca risa cuando le manifesté el miedo que había tenido, confundiendo sus tropas con un cuerpo de marinos. El coronel entonces me informó que el Gobierno tenía noticias seguras de que los marinos españoles intentarían desembarcar esa misma mañana, para saquear el país circunvecino y especialmente el convento de San Lorenzo. Agregó que para impedirlo había sido destacado con ciento cincuenta Granaderos a caballo de su Regimiento; que había venido (andando principalmente de noche para no ser observado) en tres noches desde Buenos Aires. Dijo estar seguro de que los marinos no conocían su proximidad y que dentro de pocas horas esperaba entrar en contacto con ellos. “Son doble en número”, añadió el valiente coronel, “pero por eso no creo que tengan la mejor parte de la jornada”. “Estoy seguro que no”, dije; y descendiendo sin dilación empecé con mi sirviente a buscar a tientas, vino con que refrescar a mis muy bien venidos huéspedes. San Martín había ordenado que se apagaran todas las luces de la posta, para evitar que los marinos pudiesen observar y conocer así la vecindad del enemigo. Sin embargo, nos manejamos muy bien para beber nuestro vino en la oscuridad y fue literalmente la copa del estribo; porque todos los hombres de la pequeña columna estaban parados al lado de sus caballos ya ensillados, y listos para avanzar, a la voz de mando, al esperado campo del combate.

No tuve dificultad de persuadir al general que me permitiera acompañarlo hasta el convento. “Recuerde solamente”, dijo, “que no es su deber ni oficio pelear. Le daré un buen caba-

llo y si usted ve que la jornada se decide contra nosotros, aléjese lo más ligero posible. Usted sabe que los marineros no son de a caballo". A este consejo prometí sujetarme y, aceptando su delicada oferta de un caballo excelente y estimando debidamente su consideración hacia mí, cabalgué al costado de San Martín cuando marchaba al frente de sus hombres, en obscura y silenciosa falange.

Justo antes de despuntar la aurora, por una tranquera en el lado del fondo de la construcción, llegamos al convento de San Lorenzo, que quedó interpuesto entre el Paraná y las tropas de Buenos Aires y ocultos todos los movimientos a las miradas del enemigo. Los tres lados del convento visibles desde el río, parecían desiertos; con las ventanas cerradas y todo en el estado en que los frailes atemorizados se supondría lo habían abandonado en su fuga precipitada, pocos días antes. Era en el cuarto lado y por el portón de entrada al patio y claustros que se hicieron los preparativos para la obra de muerte. Por este portón, San Martín silenciosamente hizo desfilar sus hombres, y una vez que hizo entrar los dos escuadrones en el cuadrado, me recordaron, cuando las primeras luces de la mañana apenas se proyectaban en los claustros sombríos que los protegían, la banda de griegos encerrados en el interior del caballo de madera tan fatal para los destinos de Troya.

El portón se cerró para que ningún transeúnte importuno pudiese ver lo que adentro se preparaba. El coronel San Martín, acompañado por dos o tres oficiales y por mí, ascendió al campanario del convento y con ayuda de un antejo de noche y por una ventana trasera trató de darse cuenta de la fuerza y movimientos del enemigo.

Cada momento transcurrido, daba prueba más clara de su intención de desembarcar; y tan pronto como aclaró el día percibimos el

afanoso embarcar de sus hombres en los botes de siete barcos que componían su escuadrilla. Pudimos contar claramente alrededor de trescientos veinte marinos y marineros desembarcando al pie de la barranca y preparándose a subir la larga y tortuosa senda, única comunicación entre el convento y el río. Era evidente, por el descuido con que el enemigo ascendía el camino, que estaba desprevenido de los preparativos hechos para recibirlo, pero San Martín y sus oficiales descendieron de la torrecilla, y después de preparar todo para el choque, tomaron sus respectivos puestos en el patio de abajo. Los hombres fueron sacados del cuadrángulo, enteramente inapercibidos, cada escuadrón detrás de una de las alas del edificio.

San Martín volvió a subir al campanario y, deteniéndose apenas un momento, volvió a bajar corriendo, luego de decirme: "Ahora, en dos minutos más estaremos sobre ellos, sable en mano". Fue un momento de intensa ansiedad para mí. San Martín había ordenado a sus hombres no disparar un solo tiro. El enemigo aparecía a mis pies seguramente a no más de cien yardas. Su bandera flameaba alegremente, sus tambores y pitos tocaban marcha redoblada, cuando en un instante y a toda brida los dos escuadrones desembocaron por atrás del convento y flanqueando al enemigo por las dos alas, comenzaron con sus lucientes sables la matanza, que fue instantánea y espantosa. Las tropas de San Martín recibieron una descarga solamente, pero desatinada, del enemigo; porque, cerca de él, como estaba la caballería, sólo cinco hombres cayeron en la embestida contra los marinos. Todo lo demás fue derrota, estrago y espanto entre aquel desdichado cuerpo. La persecución, la matanza, el triunfo, siguieron al asalto de las tropas de Buenos Aires. La suerte de la batalla, aun para un ojo inexperto como el mío, no estuvo indecisa tres minutos.



Antiguo Colegio San Carlos. Estaba ubicado a la orillas del río Paraná en San Lorenzo, Santa Fe, 1911.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 00024.

La carga de los dos escuadrones, instantáneamente rompió las filas enemigas y desde aquel momento los fulgurantes sables hicieron su obra de muerte tan rápidamente que en un cuarto de hora el terreno estaba cubierto de muertos y heridos.

Un grupito de españoles había huido hasta el borde de la barranca; y allí, viéndose perseguidos por una docena de granaderos de San Martín, se precipitaron barranca abajo y fueron aplastados en la caída. Fue en vano que el oficial a cargo de la partida les pidiera se rindiesen para salvarse. Su pánico les había privado completamente de la razón, y en vez de rendirse como prisioneros de guerra, dieron el horrible salto que los llevó al otro mundo y dio sus cadáveres, aquel día, como alimento a las aves de rapiña.

De todos los que desembarcaron, volvieron a sus barcos apenas cincuenta. Los demás

fueron muertos o heridos, mientras San Martín solamente perdió en el encuentro, ocho de sus hombres.

La excitación nerviosa proveniente de la dolorosa novedad del espectáculo, pronto se convirtió en mi sentimiento predominante; y quedé contentísimo de abandonar el todavía humeante campo de la acción. Supliqué a San Martín, en consecuencia, que aceptase mi vino y provisiones en obsequio a los heridos de ambas partes, y dándole un cordial adiós, abandoné el teatro de la lucha, con pena por la matanza, pero con admiración por su sangre fría e intrepidez. Esta batalla (si batalla puede llamarse) fue, en sus consecuencias, de gran provecho para todos los que tenían relaciones con el Paraguay, pues los marinos se alejaron del río Paraná y jamás pudieron penetrar después en son de hostilidades.

G. P. Robertson

Misceláneas



Arriba: Escudo de armas de los antepasados de José de San Martín.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos.
Inventario 145396.

Izquierda: Acto de restitución del sable corvo del Gral. San Martín por parte del Regimiento de Granaderos a Caballo Gral. San Martín al Museo Histórico Nacional. Habla el teniente coronel Ulises Mario Muschietti, jefe del Regimiento. 17 de agosto de 1964.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos.
Inventario 287552.

Objetos del AGN en torno al Libertador



Cuadro que adorna los pasillos del primer piso del AGN. Se piensa que podría ser una copia del cuadro de Mariano Carillo realizada por Juan Cabral.

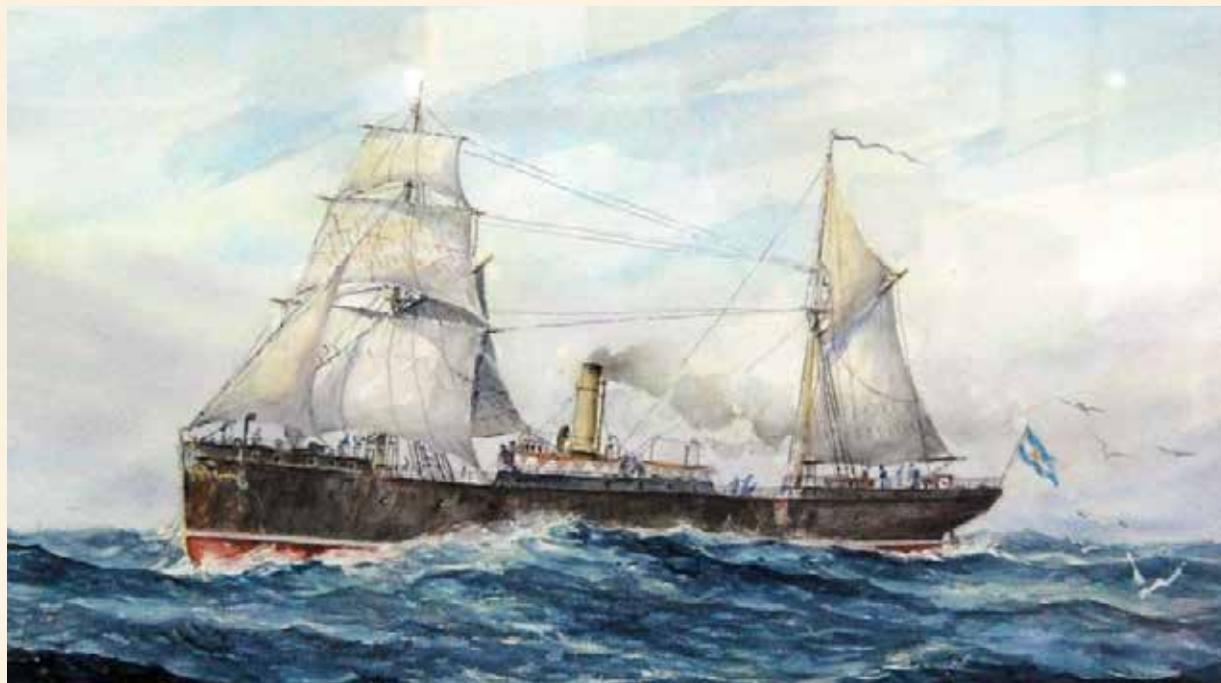


Escultura de San Martín alojada en el despacho del Director.

En 1925, esta estatuilla fue donada al AGN por Agustín P. Justo siendo Ministro de Guerra. Se piensa que podría ser una de las tantas reproducciones fundidas en el Arsenal de Guerra, sobre la base del boceto del ingeniero José F. García, creador del sobremoldeado de la estatua de Daumas.

El Villarino, la historia del buque que trasladó los restos de San Martín

por Adriana Micale*



Transporte Villariño.

Acuarela sobre papel, obra del pintor argentino Emilio Biggeri (1907-1977) expuesta en el Museo Naval de la Nación. Gentileza de la Fundación Histarmar (www.histarmar.com.ar).

Los orígenes

Teniendo como precedentes que Domingo Faustino Sarmiento durante su gobierno creó una academia militar naval —antecedente de la Escuela Naval y de la Armada Argentina— y que el Congreso sancionó la Ley N° 498/72 —la cual autorizó la compra de tres buques de guerra modernos para surcar

las aguas de la República—, el presidente Nicolás Avellaneda contrató a fines de la década de 1870 la compra de una nueva embarcación para el país. Lo hizo con el objetivo de transportar un batallón de soldados de infantería al sur del país, con vistas a reforzar la campaña contra los indígenas desde el mar.

* Es historiadora y docente. Nació en Mendoza en 1964. Es licenciada y profesora por la Universidad Nacional de Cuyo. Es magíster en Historia de las Ideas Políticas Argentinas. Escribió numerosos artículos y es autora de varios libros.

Aprovechando que se encontraba en Londres el doctor Manuel Rafael García Aguirre, un diplomático argentino de carrera que representó al país en Estados Unidos, Inglaterra, España y Austria, como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario durante años, el presidente Avellaneda contrató por su intermedio la compra del buque en cuestión para destinarlo a los mares del sur y de paso, defender la soberanía en la zona de la Patagonia. Julio Argentino Roca, su ministro de guerra, también intervino en la decisión. Manuel García estaba casado con la escritora Eduarda Mansilla, sobrina de Juan Manuel de Rosas, formaba parte de la oligarquía porteña y había estrechado una buena relación con Sarmiento. Tenía experiencia al respecto porque se había interiorizado en la última tecnología en navegación, formada por máquinas a vapor con velas. Durante el gobierno de Sarmiento, el sanjuanino lo había comisionado para que comprara unos buques de guerra para la Argentina debiendo trasladarse de Washington a Londres para cumplir con el encargo. También le había pedido que supervisara la construcción de los mismos y siguiera el tema muy de cerca. La tarea llevada adelante por Manuel García, con el asesoramiento del almirantazgo británico, había permitido que el país incorporara buques de última generación conformando lo que posteriormente se conoció como la “Escuadra Sarmiento”.

A fines de 1788 y principios del siguiente año, el representante argentino dio por cerrado el negocio entre el gobierno nacional y la firma Laird Brothers, una empresa de construcción naviera conformada por los hijos de John Laird: William, John y Henry. El padre de estos jóvenes, fallecido para esa época, había incorporado a la industria familiar en años anteriores,



Retrato de Manuel Rafael García Aguirre (1826-1887).
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 308535.

placas de hierro remachado y la técnica del plegado de las mismas en la fabricación de los barcos. Era una de las firmas más prestigiosas del mundo, requerida por haber construido muchos de los buques para la Compañía de las Indias Orientales, para la Armada de los Estados Confederados de la América del Norte y para algunos gobiernos latinoamericanos como Chile y Perú, entre otros. Su sede estaba en Birkenhead, Inglaterra, en una pequeña villa ubicada frente a Liverpool, cruzando el río Mersey, que la familia Laird había ayudado a que se desarrollara.

El 11 de diciembre de 1879 el moderno vapor estuvo listo. Fue bautizado con el nombre de “Villarino”, en honor al piloto de la Real Armada Española, Basilio Villarino, que

se había destacado durante los tiempos de la colonia por su acción en los mares. Este marino había sido un explorador y colonizador. Había navegado y reconocido los bordes marítimos de la Patagonia justo cien años antes de la construcción del barco. Su diario de viaje daba cuentas de cómo había recorrido junto a Francisco de Viedma y Narváez la costa patagónica argentina y había descubierto la isla Choele Choel. Un encuentro violento con los indios había puesto fin a su vida en 1785.

El costo final del Villarino fue de £18.000. Se desconoce cómo fue cancelado y bajo qué condiciones. El vapor con velas fue botado en Liverpool a principios de 1880 una vez que la empresa superó la prueba final de sus máquinas. La solemne entrega se hizo bajo bandera de la Armada Argentina, siendo manejado por argentinos.

Una parada particular

Por estos mismos años de la construcción del Villarino, Nicolás Avellaneda firmó un decreto por el cual se creó en 1877 una comisión encargada de trasladar los restos del general San Martín, muerto en Francia en 1850. La hija del Libertador había fallecido en 1875, rompiéndose con esto el impedimento que existía de no querer separarse de su padre mientras ella viviese. El presidente, aprovechando el fin de la traba sentimental y el natalicio de José de San Martín, hizo en 1878 un llamado a toda la ciudadanía del país invitándola a que juntos repatriaran al Padre de la Patria. La Argentina entera se puso a trabajar y mediante innumerables actos y celebraciones que se organizaron a lo largo y ancho del territorio, sus habitantes lograron juntar más de un millón de pesos en moneda corriente y traerlo a su tierra natal.

El capitán Ceferino Ramírez¹ y su segundo, el capitán Daniel de Solier, fueron comisionados por el gobierno para buscar el Villarino en el puerto inglés y dirigirse hacia Francia a retirar las reliquias del Padre de la Patria. El 21 de abril de 1880 fue la fecha establecida para llegar al puerto del Havre, donde luego de los homenajes a San Martín, el vapor iba a emprender el viaje para la Argentina. El cajón con los despojos del Libertador fue trasladado para esa fecha en tren desde Brunoy, ciudad donde había muerto y se encontraba enterrado, para recibir en la iglesia Nuestra Señora del Havre una misa de cuerpo presente ante las delegaciones y funcionarios invitados. El traslado había sido aplazado durante treinta años, por causas políticas, siendo ahora el momento apropiado para su regreso. Varias excusas habían salido a la luz por parte de las autoridades de turno, mezclándose con inquinas e intrigas y miserias humanas.

La crónica referida por Ernesto Quesada, asistente a los actos por haber participado de la delegación que acompañó la repatriación, es de gran valor para completar el rol que jugó el Villarino en este viaje tan significativo. Este intelectual dio a conocer detalles de toda la actividad que hubo en torno al tema en un artículo publicado en el diario *La Nación*. Años después, escribió una nota en la *Nueva Revista de Historia de Buenos Aires* que su padre dirigía y que él heredó.²

Anclado en el Bassin du Roi el buque de guerra Villarino, recibió con su tripulación ataviada de gala y haciendo la guardia militar los restos del Libertador. El último acto en tierra ajena se llevó a cabo dentro del buque, en la cámara de popa del mismo, en donde fueron dejados el cajón y las banderas americanas para emprender la travesía final.



El Presidente de la República Argentina

ATENDIENDO a los Méritos y Servicios del Teniente de Marina D. Ceferino Ramírez

ha resuelto en conforma al Artículo de Capitanía en la misma Armada

concediéndole los gratificaciones, prerrogativas y privilegios que por este título le corresponden.
POR TANTO: manda y ordena se haga cargo y sucesión por tal Capitanía del
Marítimo por lo que se le confiere el correspondiente despacho
del que se tomará posesión en la Contratación General y Contratación
de Guerra.

En Buenos Aires a Catorce días del mes de Mayo
de mil ochocientos sesenta y siete.

Prescritos al teniente

Capitán de Marina D. Ceferino Ramírez

D. Ceferino Ramírez

Allí, los encargados del trámite firmaron el acta de traspaso certificando que lo que se entregaba eran los despojos del héroe. El ministro Manuel García Aguirre dio un discurso a los tripulantes señalándoles: “Que conducís a través del Océano, un bajel de nuestra armada, desde la Europa; él va cargado con el depósito más valioso que ninguno condujera al suelo argentino. Grande es vuestra responsabilidad. Cuando lo entreguéis a nuestros compatriotas, os ruego unáis vuestros votos a los míos, para desear que mientras guardemos esas reliquias no se despierten en la república los odios y pasiones que tanto han retardado su engrandecimiento”.³

La ciudad del Havre no viviría una manifestación semejante en mucho tiempo. Los edificios públicos y los consulados izaron sus banderas a media asta y los busques en el puerto también hicieron lo propio hasta la partida de las reliquias del argentino. Una salva de 21 cañonazos provenientes de tierra, y una igual detonada desde el buque, acompañó los lentos movimientos del Villarino con el héroe en su interior.⁴

Hacia la Argentina

El jueves 22 de abril, a las 9 en punto de la mañana, el Villarino salió rumbo a Buenos Aires. La primera escala la hizo cinco días después en la isla Madeira, cercana a las Canarias, desde donde telegrafieron de un faro avisando de la buena marcha. El paso por el estrecho de Gibraltar, por donde San Martín había cruzado siendo un mozuelo para hacer su entrenamiento en las plazas fuertes del norte de África, fue superado airoso para internarse en el inmenso océano Atlántico. Al cabo de nueve días, y tras haber hecho 2.377 millas desde el Havre, el Vi-

llarino arribó a la isla San Vicente, al sureste del mar Caribe, como en 1498 lo había hecho Cristóbal Colón en uno de sus viajes. Allí se aprovisionaron de carbón para alimentar las calderas para el siguiente trayecto. El Villarino se mostró bello e impecable para aquellos que lo abordaron. Tenía 50 hombres de tripulación y podía transportar un batallón entero con 400 toneladas de carga gracias a sus potentes motores. Su cubierta intimidaba debido a la presencia de dos grandes cañones y de ametralladoras de última tecnología. Una hilera de fusiles Remington, colocados cerca de la cabina de mando, listos para la batalla, completaba el armamento del barco.

Según unos datos aportados por sus registros, los viajeros alcanzaron el penedo de San Pedro y San Pablo, unas rocas aisladas del Brasil que raras veces los buques encontraban en medio del océano, para descender bordeando el sinuoso continente hasta llegar al Río de la Plata, donde el país entero los aguardaba. El 13 de mayo el Villarino y la tripulación tuvieron su primera gran prueba de fuego. No bien entrada la noche, a la altura de Florianópolis y cercano al cabo Santa Marta Grande, una fuerte lluvia, acompañada de vientos huracanados en proa pusieron a prueba la embarcación y la valentía de los viajeros. El cajón con los restos de San Martín tuvo que ser asegurado.

El lunes 17 de mayo, a las 6 de la tarde, el vapor fondeó en el puerto de Montevideo. El rapidísimo viaje del Havre a la otrora Banda Oriental se hizo en menos de un mes, sorprendiendo al mundo entero. La Argentina quedó atónita ante la comunicación de que estaban muy próximos. Los encargados de la organización de los actos debieron solicitar al comandante del barco y a su tripulación que

demoraran algunos días la llegada al puerto de Buenos Aires debido a que aún faltaban algunos detalles organizativos.⁵ Además, se respiraba un clima de gran tensión en el país producto de la mala relación existente entre los hombres de Buenos Aires y las autoridades nacionales. De hecho, un mes después de repatriado los restos de San Martín, Carlos Tejedor por Buenos Aires se enfrentaría a las fuerzas armadas del Ejército Nacional que respondían al presidente Avellaneda. El resultado final de una de las últimas batallas de las guerras civiles argentinas sería la renuncia de Tejedor a sus ambiciones políticas y el encumbramiento de Julio Argentino Roca como sucesor de Avellaneda.

El buque permaneció cerca de una semana en la rada de Montevideo siendo visitado por numerosas personas. También haciendo tiempo para que en Buenos Aires las cosas marcharan más deprisa de lo que lo habían venido haciendo. Por pedido de los argentinos residentes en Uruguay el presidente Avellaneda autorizó a la oficialidad a que bajaran el cajón el mismo 24 de mayo y lo llevaran al templo metropolitano para celebrarle una misa de cuerpo presente. La presencia del presidente Francisco Antonio Vidal Silva en la iglesia, con su gabinete a pleno acompañando a Bernardo de Irigoyen en calidad de delegado argentino, permitió que el gobierno uruguayo le tributara su homenaje.

La mañana del 28 de mayo de 1880 amaneció con algunas manchas en el cielo. A diferencia del Havre, el muelle de Las Catalinas, en el puerto del Río de la Plata, a donde llegó el Villarino, se mostró a la comitiva que acompañó los restos de San Martín y a la oficialidad en pleno, sin la magnificencia y la modernización del puerto francés. Pequeño para recibir al vapor, aunque acostumbrado

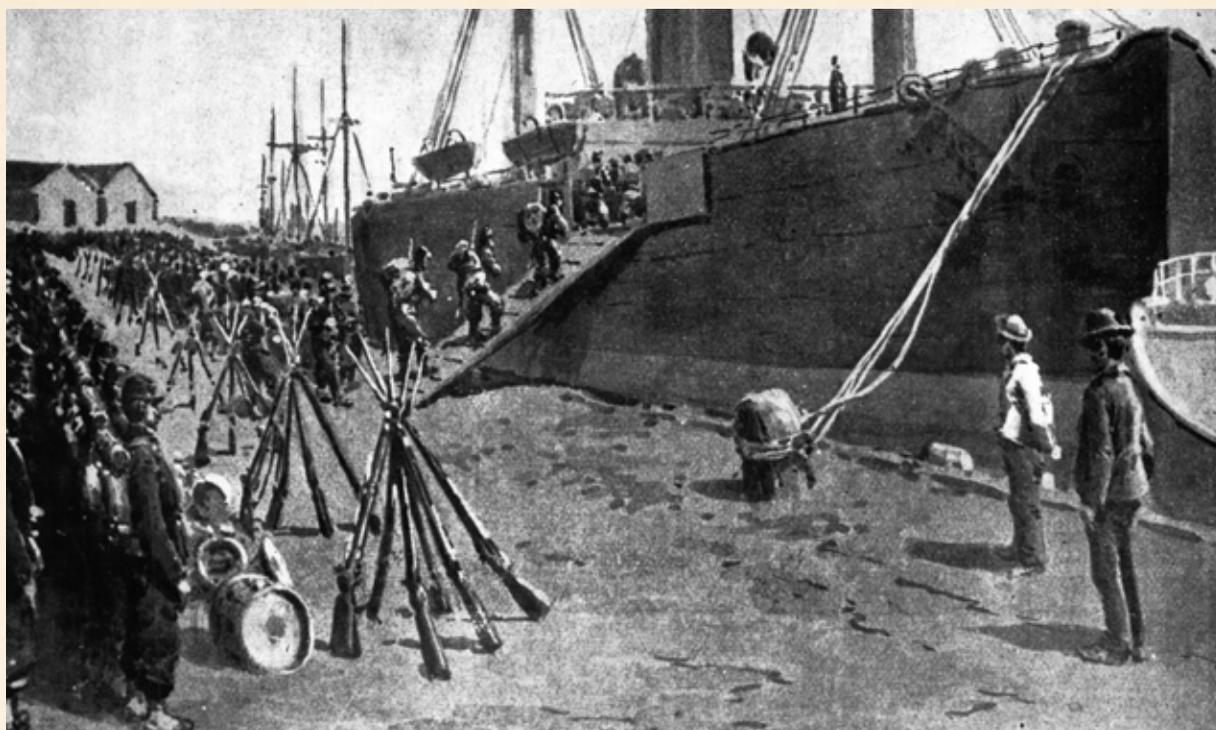
a las llegadas y a las partidas de gente en barcos importantes, una embarcación más pequeña, con la inscripción “Talita”, de la “Escuadra Sarmiento”, condujo al vicepresidente de la Nación, Mariano Acosta, para recibir los restos de San Martín y llevarlos a la dársena Norte, donde se lo esperaba.

Quesada no imaginó ver tanta gente aguardando en tierra. Cientos de cabezas inundaron cerca del rompe olas, con hombres bien ataviados y muchos con banderas, destacándose algunas figuras de la política oficial en primera línea. El presidente Avellaneda y su vice, Mariano Acosta; Julio A. Roca, los ex presidentes Sarmiento y Mitre; el gobernador de Buenos Aires, Carlos Tejedor; Luis Sáenz Peña; José María Gutiérrez; Rufino Elizalde; Dardo A. Rocha; Aristóbulo del Valle; Leandro N. Alem y un grupito de intelectuales, entre los que se encontraban: el general Lucio V. Mansilla, Miguel Cané (h), Lucio V. López, Eugenio Cambaceres, Eduardo Wilde, José Ramos Mejía, José Ingenieros y Carlos Octavio Bunge, entre otros. Todos mostraron gran corrección teniendo en cuenta el terremoto político en el que se encontraban atrapados.

Con los restos de San Martín también llegaron unas piezas que faltaban del monumento que se le erigió en lo que había sido la capilla de Nuestra Señora de la Paz, en la Catedral Metropolitana en Buenos Aires. Construido por el escultor parisino Louis-Robert Carrier-Belleuse, parte de las mismas sirvieron para terminar el sarcófago de mármol. En el imponente mausoleo tiempo después se pudo leer: “Triunfó en San Lorenzo, afirmó la Independencia Argentina, pasó por los Andes, llevó su bandera emancipadora a Chile, al Perú y al Ecuador”.



Los miembros de la Asociación General San Martín ante la tumba del prócer en la Catedral Metropolitana en torno al 133° aniversario del natalicio del Libertador, 25 de febrero de 1911.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 00245.



Embarco de tropas para la campaña del desierto en el "Villarino" (Dibujo de Francisco Fortuny, c.1881).
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 291136.

En aguas argentinas

En diciembre de 1880 el electo presidente Julio Argentino Roca, que tanto hizo junto a Avellaneda para adquirir el Villarino, dispuso mediante decreto que la embarcación cumpliera el recorrido de Buenos Aires a Bahía Blanca y Patagones. De este modo el buque de vapor se convirtió en el primer transporte de la Armada Argentina en cumplir funciones oficiales en toda la Patagonia. Los viajes hacia el Sur superaron la centena durante toda su trayectoria y todos estuvieron cargados de alguna experiencia significativa. Como un barco conducido por un marino díscolo, el Villarino vivió numerosas historias. Trasladó soldados, pertrechos, víveres, caballos y mulas en pie, para terminar la Campaña del Desierto, y del sur trajo prisioneros indígenas que fueron embarcados en Carmen de Patagones.⁶ Parte de estos prisioneros fueron enviados al Museo de La Plata que, dirigido por el perito Moreno, recibió a los indígenas. El Villarino también ayudó a co-

lonizar Chubut transportando inmigrantes galeses, rescató naufragos y exploró las costas de Santa Cruz. Cuando la demarcación de límites entre Argentina y Chile, a principio de los 90, participó llevando peritos argentinos para que tomaran sus anotaciones.

El 4 de junio de 1886 partió junto con la corbeta La Argentina rumbo a Europa, a recibir trabajos de mantenimiento en el astillero en que había sido armado. Aquí permaneció casi dos años. El 7 de abril de 1888 zarpó del East Float de Birkenhead para llegar a Buenos Aires en mayo. Al año siguiente transportó al presidente Juárez Celman a Montevideo, donde se reunió con su par uruguayo para tratar asuntos de estado. A este pasajero ilustre se le suman el perito Francisco Pascasio Moreno y el escritor y periodista Roberto Payró. Este autor recorrió en el vapor las costas del Sur dejando un detalle de la embarcación. En *La Australia Argentina: excursión periodística a las costas*

patagónicas, *Tierra del Fuego e Isla de los Estados*, de 1898, señaló: “El Villarino es un buque pequeño, muy marino, pero inadecuado para pasajeros. Tiene una máquina poderosa que le da una marcha de diez millas por hora, y puede hacer dos millas más ayudándose con su velamen, compuesto de cuchillas, cangreja, trinquete, redonda y velacho. Es coqueto, con su arboladura ligera y esbelta y su bien cortado casco pintado de blanco, y a velas desplegadas, en alta mar semeja un gran pájaro del sur rozando la ola”.⁷

El 16 de marzo de 1899 el Villarino sufrió los embates de un mar embravecido y violento. Los vientos lo arrojaron sobre una lengua de arena y rocas en las islas Blancas, en la localidad de Camarones, en Chubut. No hubo pérdidas de vidas humanas pero sí de la embarcación, que se sumergió hasta hundirse para siempre. Antes de esta tragedia, había ayudado a transportar obreros y material para construir en la isla de los Estados, donde se juntan los océanos Atlántico y Pacífico, el Faro del Fin del Mundo. En 1970, un grupo de buzos conocidos como “Hermandad del Escrófalo”, bajo el denominado Operativo Camarones, hallaron los restos del Villarino en el fondo del mar. En esa oportunidad se rescataron algunos de sus objetos, destacándose entre ellos su hélice.

En 1879, cuando el Villarino fue botado al agua, nadie imaginó que tendría una vida tan corta e intensa. De haber traído de Europa las reliquias del hombre que luchó por la libertad e independencia de América, pasó a transportar indígenas tomados presos cuando la Campaña del Desierto para llevarlos a Buenos Aires. Lejos de estas antítesis de las que fue protagonista indirecto, este gran vapor, como tantos otros buques de la Armada Argentina, contribuyó a la colonización del país al tiempo que construyó y defendió la soberanía de nuestros mares en el Sur. 

NOTAS

1. En el Archivo General de la Nación en el Departamento de Documentos Escritos existe un fondo llamado Ceferino Ramírez que consta de seis diplomas de nombramientos militares del productor fechados entre 1865 y 1880 y un diploma relativo al otorgamiento de una medalla de honor en premio a sus servicios en 1881.

2. QUESADA, E., “Las cenizas del General San Martín. Su traslación del Havre a Buenos Aires. Relación de un testigo ocular”. En: *Nueva Revista de Buenos Aires*, Tomo VII, 1883.

3. DOMÍNGUEZ, A. B., “Llegada a Buenos Aires de los restos del General Don José de San Martín. Muelle de las Catalinas” Instituto Universitario del Ejército. Escuela Superior Técnica. Buenos Aires, s/e, 2014, p.3.

4. MICALE, A. y CORREAS, J., *Hechos Polvo. Cadáveres errantes y degollados en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Olmo Ediciones, 2015, p. 40.

5. MICALE, A. y CORREAS, J., *Op. cit.*, p. 45-47.

6. Ver: *Página/12*. Lunes 12 de octubre de 2015. “En el museo murieron, mínimo, seis personas”.

7. DOMÍNGUEZ, A.B. *Op. cit.* p. 5.

BIBLIOGRAFÍA

AVELLANEDA, Nicolás. Discursos Selectos. En: *Grandes Escritores Argentinos. Proclama del Presidente de la República a sus conciudadanos invitándolos a repatriar los restos del General San Martín y Discurso en la Solemne inhumación de los restos del General San Martín*. Tomo XVII. Buenos Aires, Edit. M.W. Jackson.

DOMÍNGUEZ, Arístides Bryan, “Llegada a Buenos Aires de los restos del General Don José de San Martín. Muelle de las Catalinas”. Instituto Universitario del Ejército. Escuela Superior Técnica. Buenos Aires, s/e, 2014.

QUESADA, Ernesto. “Las cenizas del General San Martín. Su traslación del Havre a Buenos Aires. Relación de un testigo ocular”. En: *Nueva Revista de Buenos Aires*. Tomo VII. 1883.

LYNCH, John. *Soldado Argentino. Héroe Americano*. España, Crítica, 2009.

MAYOCHI, Enrique Mario. “El definitivo retorno del Libertador”. En: *Revista Todo es Historia*. N° 159. Buenos Aires, agosto 1980.

MICALE, A. y CORREAS, J., *Hechos Polvo. Cadáveres erran-*

tes y degollados en la Argentina del siglo XIX. Buenos Aires, Olmo Ediciones, 2015.

SANSINANEIA VIEIRA, M. Susana. Primer sepulcro del General José de San Martín. La nieta del General San Martín y Brunoy. Buenos Aires, Dunken Editorial, 2008.

SALAS, Carlos Alberto. “Muerte y glorificación del General San Martín”. *La Nación*, 15-8-1971.



El cortejo fúnebre que traslada los restos de San Martín se estaciona frente a la Catedral. Acuarela de Delia Suárez.



Arriba: Afiche sobre el traslado de los restos de los padres de San Martín, 1947.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 324405.

Abajo: Interior del templete que conserva los vestigios de la casa donde nació el Gral. José de San Martín en Yapeyú, Corrientes. Desde el 25 de febrero de 1998 en una urna descansan los restos de los padres de San Martín: Juan de San Martín y Gregoria Matorras, (los cuales fueron traídos desde España en 1947 y primeramente reposaron en el cementerio de la Recoleta).

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 227115.



El Monumento al General San Martín en Boulogne-sur-Mer y la Armada Argentina

por Jorge Bergallo*

El Gobierno Nacional Argentino, decidido a darle un gran esplendor a los festejos por el Centenario de la Revolución de Mayo, programó una importante cantidad de actividades entre las que se encontraron actos protocolares, desfiles militares, reuniones culturales y la continuidad de la construcción de grandes monumentos honrando a los próceres de la Patria.

Ya desde el inicio de la organización nacional, a partir de la presidencia de Bartolomé Mitre, se evidenció la necesidad de consolidar una identidad nacional argentina. En Buenos Aires durante el último cuarto del siglo XIX y comienzos del XX era más frecuente ver banderas y actos públicos vinculados con las colectividades a las que pertenecían las masas de inmigrantes, que las inherentes a la historia y cultura argentinas.

Una de las formas de llevar adelante este proceso fue la construcción de muchos monumentos. Por citar dos casos como referencia recordemos que el monumento ecuestre del Libertador General San Martín, en la actual Plaza San Martín, es de 1862 y el del General Belgrano en Plaza de Mayo de 1873.

Con la proximidad del Centenario se retomó esta línea de acción y, por ejemplo, el actual basamento de la estatua del General San Martín fue completado en 1910. El de Mariano Moreno también en 1910 y el de Domingo F. Sarmiento en 1911.

Todo ello tiene su origen en las disposiciones de la Ley N° 6.286 sancionada por el Congreso Nacional el 8 de febrero de 1909 (Ley de Monumentos del Centenario—1810/1910).

En su artículo 4to. dispone la erección de estatuas de Mariano Moreno, de Bernardino Rivadavia, del Almirante Brown y del General Alvear en algunas plazas públicas de la Capital Federal.

Cabe señalar que doce años antes, al sancionarse la Ley N° 3.515 (año 1897), ya se había dispuesto erigir estatuas a Moreno, a Rivadavia y a Brown.

También recordemos que en 1913 se donó una estatua de Sarmiento a la ciudad de Boston, en Estados Unidos, que fue aceptada por las autoridades locales. Aunque recién se entregó en 1973.

En este contexto surge la idea de erigir una estatua a nuestro Libertador en la ciudad francesa que lo acogió hasta sus últimos respiros, Boulogne-sur-Mer.

* Jorge Bergallo CN (RE) es Doctor en Ciencia Política. Miembro del Grupo de Historia Militar de la Academia Nacional de la Historia. Miembro de Número del Instituto de Historia Militar Argentina. Miembro Académico de Número del Instituto Nacional Sanmartiniano. Miembro del Comité Ejecutivo de la Fundación HISTARMAR.

En 1908 el senador Joaquín V. González presentó un proyecto de ley vinculado con los festejos del Centenario e incluyó la instalación de una estatua de San Martín en dicha ciudad francesa y la adquisición de la última residencia del Libertador.

Paralelamente se organizó y comenzó a funcionar una comisión que compartía estos últimos fines, los que alcanzó con gran éxito.

En un trabajo conjunto y paralelo con las autoridades argentinas y locales francesas se logró que el intendente (Maire) de la ciudad, Charles Peron, designara un espacio para la instalación de la obra.

También se decidió que la inauguración se efectuara el 24 de octubre de 1909 a fin de hacerla coincidir con la habilitación del Palacio de Correos y Telégrafos de dicha ciudad, cir-

cunstancia que favorecería darle mayor trascendencia entre la población gala.

Se convino en que la ceremonia fuera cívico-militar e incluyera más de un acto.

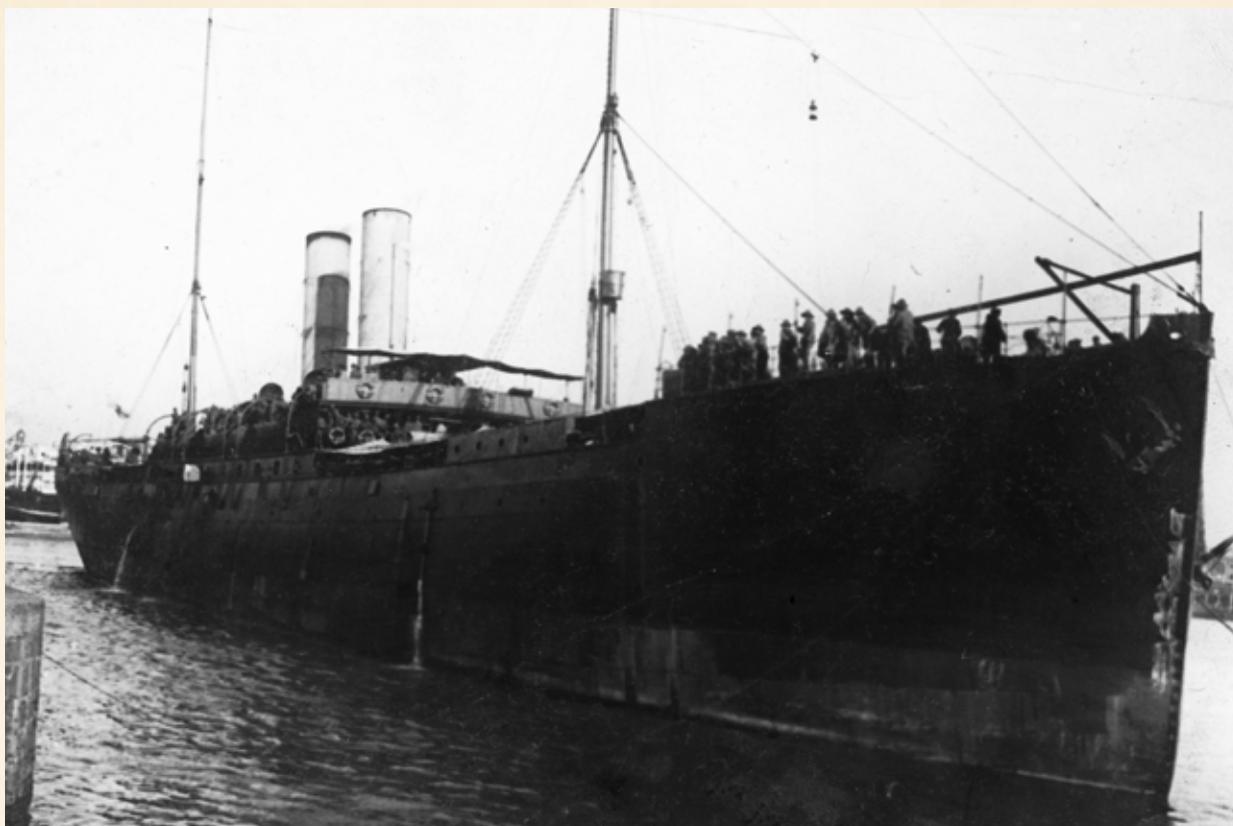
Así fue como se estableció que además de los efectivos del ejército francés también participara un escuadrón del Regimiento de Granaderos a Caballo argentino.

La representación del Ejército Argentino constó de 150 hombres montados que fueron trasladados por el Transporte *Pampa* de la Armada Argentina.

Decisión que implicó un enorme desafío para la planificación y ejecución. Nunca se había trasladado por mar tantos caballos y en una sola unidad naval. Ni siquiera la Expedición Libertadora al Perú, que también trasladó unidades montadas, llevó tantos equinos.



Transporte *Pampa* ingresando al puerto de Boulogne-sur-Mer. Gentileza de la Fundación Histarmar (www.histarmar.com.ar).



El *Pampa* entrando a la dársena, 1914.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 1064.

Realmente demanda cierto esfuerzo imaginar los sentimientos y sensaciones de aquellos hombres acostumbrados al aire libre, a desempeñarse a cielo abierto, conocedores de todo lo que estaba ocurriendo y lo que podía ocurrir, ahora casi confinados en unos pocos metros cuadrados si salían a cubierta principal a respirar aire de mar. Sometidos a un estricto consumo regulado del agua potable, comida elaborada en marmitas y sin carne ni verduras frescas. Expuestos a todos los ruidos y olores típicos de un barco del siglo XIX (el *Pampa* había sido construido en Escocia en 1895), entre ellos el hollín del carbón para la propulsión a vapor. Moviéndose un poco en mares calmos y a los tumbos en los temporales.

Y dediquémosle aunque sea unos segundos a la situación de aquellos nobles animales que debían sobrevivir y llegar hasta Europa.

Todo ello acompañado de la necesidad de llevar algún veterinario, medicamentos y alimentos propios para ellos.

El *Pampa* estaba asignado al transporte de material bélico y más frecuentemente de carbón desde puertos como Cardiff y Ciudad del Cabo. También en la Argentina realizaba viajes a los puertos de la Patagonia como apoyo a las poblaciones costeras, tarea que fue uno de los pilares en la integración de nuestros territorios australes.

Las bodegas eran amplias, pero no cómodas como para tener un viaje confortable.

Llegaron todos y en buenas condiciones de salud, excepto un granadero, soldado conscripto que se vio afectado por una neumonía, que le fue descubierta unos días después de haber llegado a Francia. El granadero era Juan Rabuffi, oriundo del Partido de Chacabuco, Provincia de Buenos Aires.



Inauguración del monumento a San Martín en Boulogne-sur-Mer, 24 de octubre de 1909.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 167659.

El 24 de octubre se inauguró en horas de la mañana el Palacio de Correos y a las 15 la estatua del Libertador.

Participaron autoridades nacionales y municipales francesas, incluyendo al Ministro de Guerra General Jean Jules Brun y a su Subsecretario, el embajador argentino Ernesto Bosch, el de Estados Unidos y de otros países.

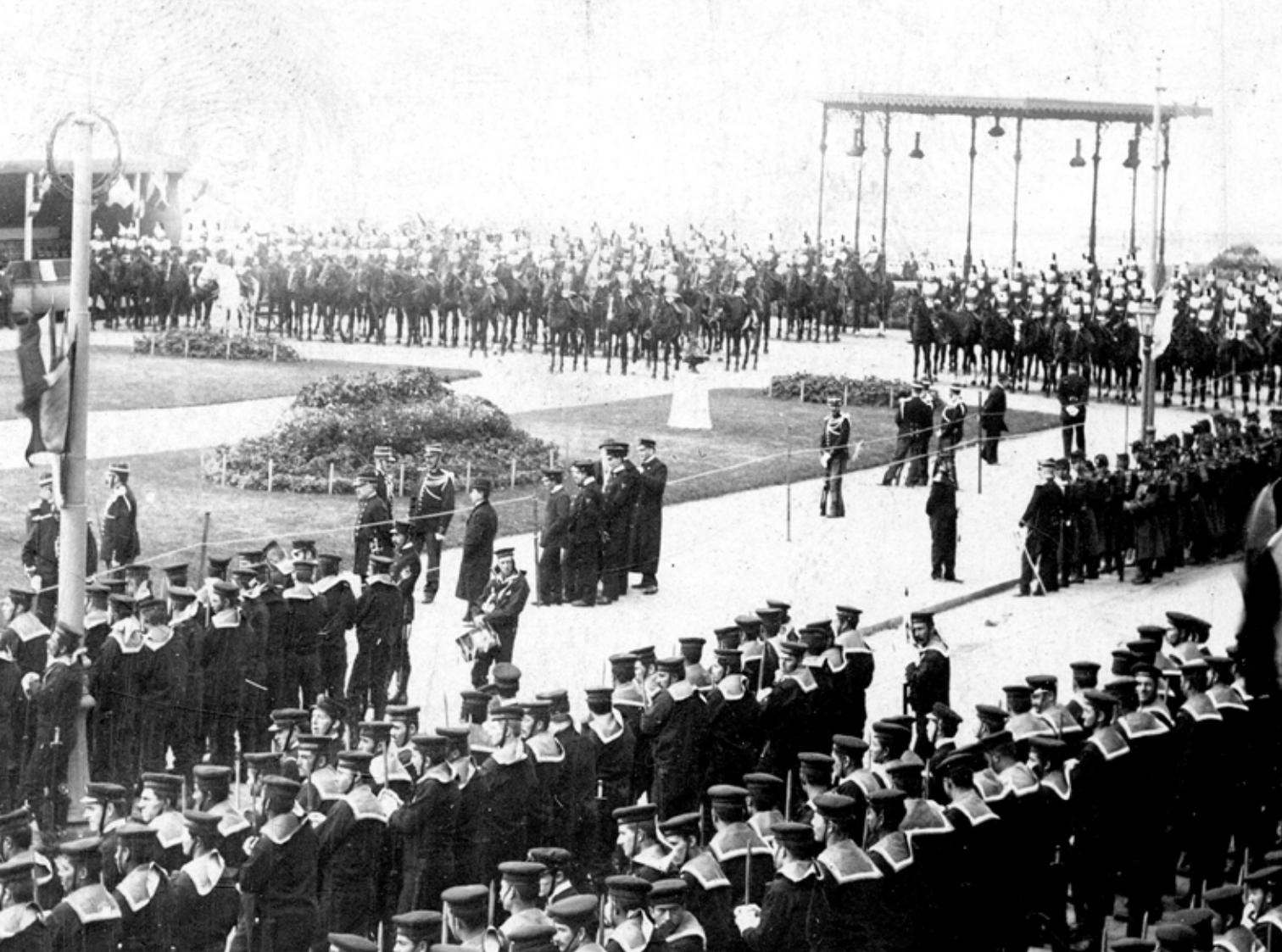
En la formación militar y desfile estuvieron el escuadrón del Regimiento de Granaderos a Caballo, los efectivos de la Armada Argentina y una unidad de coraceros franceses.

Entre los oradores se encontró el gran poeta argentino Belisario Roldán, designado orador oficial por parte del gobierno argentino, que en una parte de sus palabras dijo aquella

frase que se ha inmortalizado “Padre nuestro que estás en el bronce”.

Los efectivos de la Armada mencionados poco más arriba eran parte de las tripulaciones de los buques que el gobierno argentino envió en adhesión a tan magno acontecimiento.

Ellos eran las torpederas *Rosario* y *Paraná* y el buque escuela fragata *Presidente Sarmiento*. Llegaron el 19 de octubre. La fragata amarrió a muelle y las torpederas en andana con aquella (a su costado). Los tres buques provenían de Inglaterra y luego de la ceremonia cada uno proseguiría su propio derrotero. El buque escuela con los cadetes embarcados continuaría con el viaje de instrucción y los otros navegarían hacia la Argentina.



Inauguración del monumento a San Martín en Boulogne-sur-Mer, 24 de octubre de 1909. Al fondo se observan los coraceros. AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 167658.



Las torpederas argentinas Rosario y Paraná amarradas en el muelle de Boulogne-sur-Mer. Gentileza de la Fundación Histarmar (www.bistarmar.com.ar).



El contralmirante Domecq García revisa la tripulación de la Fragata *Sarmiento*.
Gentileza de la Fundación Histarmar (www.histarmar.com.ar).

El contralmirante Manuel Domecq García que estaba en Europa a cargo de la comisión de adquisición de nuevas unidades y material de guerra embarcó en la *Sarmiento* y allí estableció su comando mientras estuvieran en Francia.

La banda de música de la Fragata fue la encargada de rendir los honores militares en la estación de tren al arribar el Ministro de Guerra francés. Junto con la banda de Granaderos interpretaron respectivamente la Marsellesa y el Himno Nacional Argentino.

El mismo día 24 se efectuó una gran recepción oficial ofrecida por el embajador argentino, a la que asistieron del orden de las 500 personas, y al día siguiente la Armada ofreció otra a bordo de los tres buques.

Hubo diversos festejos por las calles de Boulogne-sur-Mer, bailes folklóricos e iluminación del acantilado costero.

Los días siguientes estuvieron ocupados con los regresos de las autoridades a París y con el alistamiento de los Granaderos y las tripulaciones para zarpar.

Entre todas estas tareas lamentablemente

debió ser internado en el hospital local el Granadero Juan Rabuffi que, como dijimos, había contraído neumonía. No pudo zarpar de regreso en esa oportunidad. Falleció el 9 de noviembre y fue sepultado en Boulogne-sur-Mer.

El 30 de octubre cada buque se hizo a la mar hacia su propio puerto de destino.

Allá quedaba la gallarda estatua del Gran Libertador de América y uno de sus granaderos.

También quedaron en Francia los caballos del escuadrón de Granaderos, que fueron donados en su totalidad al ejército francés.

Otro buque escuela argentino vincularía al General San Martín, a Boulogne-sur-Mer y al Granadero Rabuffi. En su cuarto viaje de instrucción la Fragata *Libertad* trajo a bordo los restos mortales de aquel joven soldado argentino fallecido en 1909. Fue desembarcado en Buenos Aires en enero de 1968 con honores militares y luego de ser velado en una capilla ardiente en el Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín, fue trasladado y sepultado en Castilla, su ciudad natal.

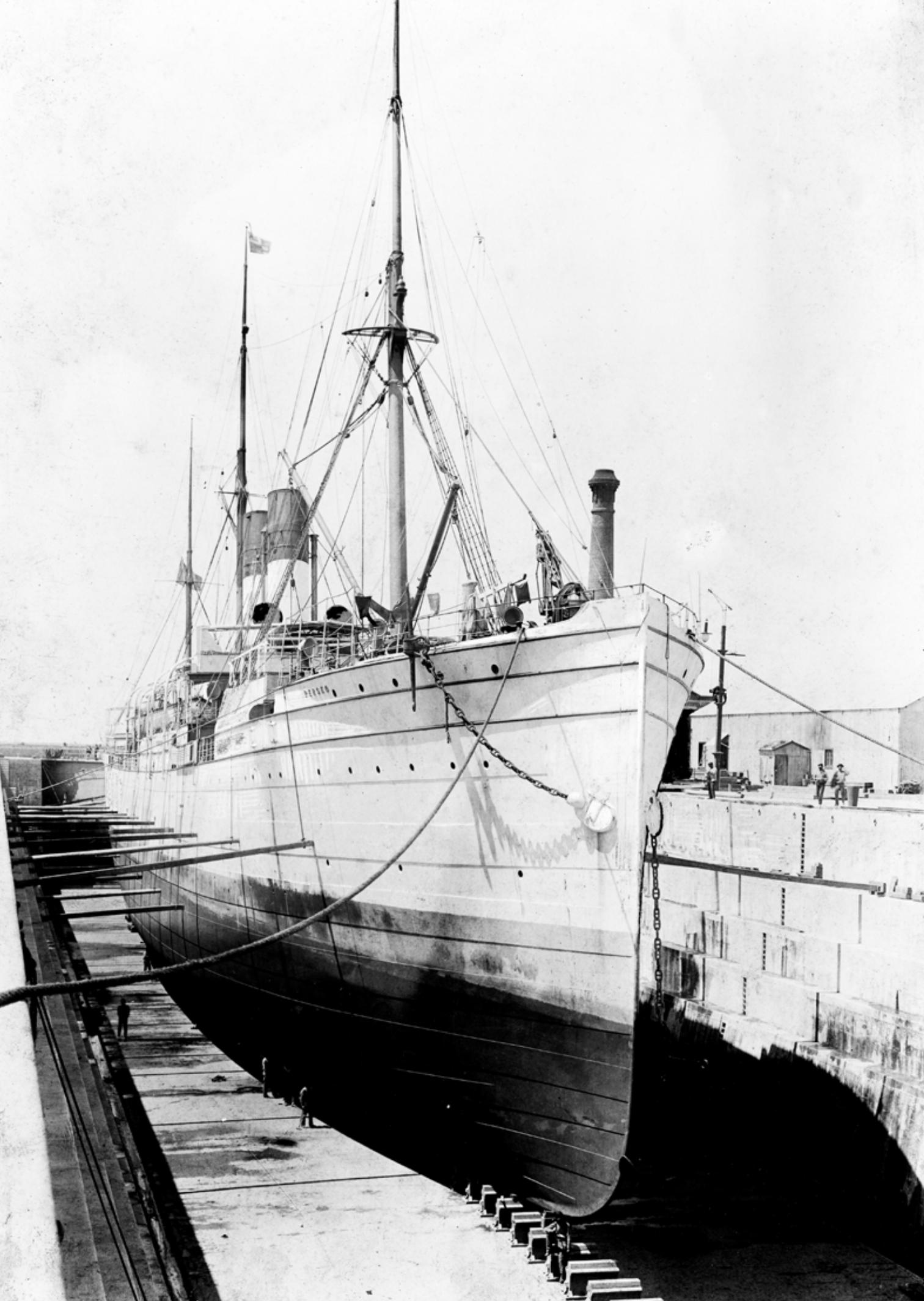




AL GENERAL
JOSÉ DE SAN MARTÍN
DE LA GUERRA
REPUBLICA ARGENTINA
ESPONSOER DE LA INDEPENDENCIA
DE LA PATRIA UNICA Y DE
REPUBLICA DE CHILE EN
MÉJICA LA FRANGE E INDIAS
SINO LA VIE ET DON LA PAIX
LE MONDE LE 17 JUILLET 1818
1810 VIE DE BATAILLE 1818

HOTEL D
ET DE
PARIS
IMPERIAL HOTEL
CHAMPS ELYS
LONDRE

IMPERIAL PAVILION HOTEL



El Perseo, el barco maldito

–La epidemia de cólera de 1886–

por María Teresa Fuster

En octubre de 1886 el cólera hizo su temible aparición por tercera vez en Argentina. Las miradas se dirigieron a un vapor italiano conductor de inmigrantes llamado Perseo como el causante de desatar la epidemia. El navío a partir de ese momento cargó con el mote de “maldito” por las víctimas que se llevó la terrible enfermedad. El presente trabajo analiza el desarrollo de la epidemia y la actitud de los funcionarios responsables de la sanidad ante el flagelo.

El 16 de febrero de 1885 el vapor Perseo recientemente adquirido por la Compañía *La navigazione Generale Italiana Società Riunite Florio & Rubattino* comenzó sus viajes regulares de Génova a Sudamérica bajo la bandera de esta línea. El navío de gran porte y uno de los principales de la compañía transportaba periódicamente carga y pasajeros a tierras americanas.

La mañana del 11 de octubre de 1886 el Perseo con sus 4.150 toneladas atracó en el Puerto de las Catalinas en Buenos Aires trayendo 1.387 pasajeros y 119 tripulantes. La mayoría del pasaje viajaba en tercera clase en condiciones de travesía sumamente precarias e indignas. Eran personas de escasos recursos que buscaban nuevas tierras donde poder llevar una vida mejor y que aceptaban, con tal de salir de sus lugares de origen, viajar como po-

dían. El periódico *El Mosquito* el 23 de enero de 1887 describía de manera descarnada y no exenta de irónico racismo a los buques italianos que conducían inmigrantes:

¿De dónde ha venido el cólera siempre? De Italia. No es extraño. Primero porque los buques que siempre han sido los más sucios de los que vienen acá son los italianos. Hemos tenido el valor de visitar los mejores de esa nacionalidad y francamente son asquerosos. En segundo lugar son los que siempre cargan más inmigrantes infringiendo las órdenes marítimas....¹

Las malas condiciones de salubridad en la travesía y el peligro que esto entrañaba era opinión compartida por las autoridades sanitarias argentinas. El Presidente del Departamento

El Perseo, diciembre de 1898.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 149240.

Nacional de Higiene, el Dr. Pedro Antonio Pardo, escribía al Comisario General de Inmigraciones en noviembre de 1886 sobre esta situación:

Repetidamente hemos hablado del abuso, excusado con distintos pretextos que conducen los cargadores de los vapores de ultramar, conductores de inmigrantes, consistente en hacinarse hasta miles de aquellos en recintos estrechos e insuficientemente ventilados como son las cámaras destinadas a pasajeros de tercera clase. Conociendo como hacen ese transporte de seres humanos y la clase de alimentación que se les da, no debe extrañarse que ocurran enfermedades y defunciones sino que estas no sean en mayor número y en muchísimas ocasiones he manifestado que lo que nos libró del cólera en 1884 es la distancia que nos separa de Europa, porque cuando aquella no existe, no hay vigilancia que baste ni autoridad sanitaria que pueda impedir el acceso de las personas ni objetos que parecían traer el germen del contagio de las dichas enfermedades.²

La República Argentina contaba con legislación referida a la inmigración como la Ley 817 sancionada el 6 de octubre de 1876. La primera parte de esta legislación llamada “De la Inmigración” en los capítulos VI y VII, establecía las condiciones que debían reunir los navíos de ultramar para el traslado de pasajeros que arribaran a sus puertos.

Dice el texto de la Ley en el capítulo IV (De los buques conductores de inmigrantes):

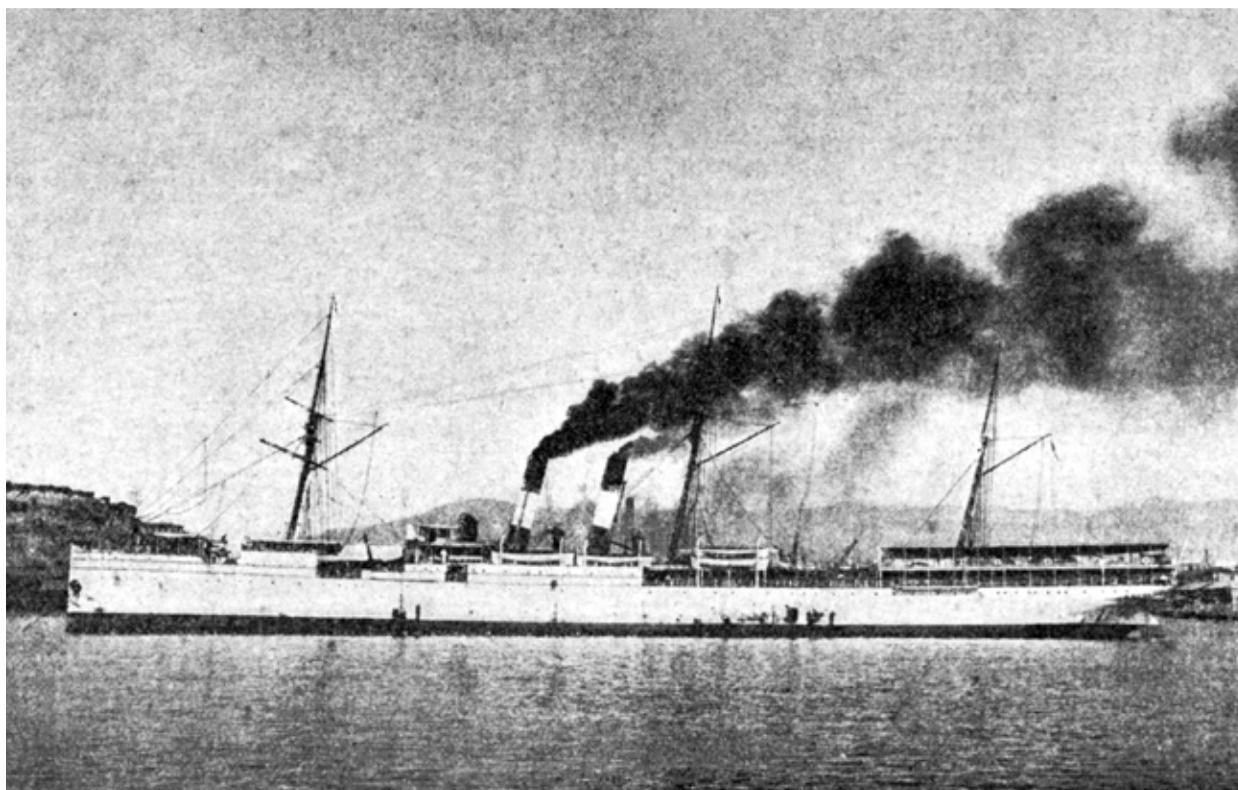
Artículo 24°. Todo buque conductor de inmigrantes estará provisto de ventiladores, bombas, cocinas, útiles, aparatos y demás oficinas necesarias a la higiene, seguridad y comodidad de los pasajeros, de acuerdo con los reglamentos que se dictaren.



Retrato del Dr. Pedro Antonio Pardo (1829-1889). AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 92067.

Artículo 26°. Todo buque conductor de inmigrantes tendrá a bordo un médico y un boticario provisto de todas las medicinas necesarias.

Además disponía de medidas tales como la verificación de documentación de los pasajeros tanto legal como sanitaria. Las normas, especialmente las sanitarias y de condiciones de traslado rara vez se verificaban, y aunque se cumplieran, como argumentaba Pardo en la carta anteriormente citada, eran insuficientes pues: “La Ley de inmigración en cuya confección debió intervenir la autoridad apenas si contiene alguna que otra prescripción higiénica”.³



El vapor italiano Perseo.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 10589.

En condiciones de viaje tan precarias no solo estaba envuelto la propagación de enfermedades sino también consideraciones de respeto a la dignidad humana; el Dr., Pardo a este respecto agregaba:

... La razón primera de proceder así aparte de los deberes de humanidad que deben tener los pueblos como los individuos, es que los inmigrantes desde el momento que pisan el buque que debe conducirlos a nuestro país tienen el derecho a la protección del gobierno argentino y éste el deber de prestárselas. No podemos pues consentir que en nuestros días vengan a nuestro país seres humanos de nuestra raza en peores condiciones todavía de aquellos que en el siglo pasado venían los negros del África.⁴

El vapor Perseo llegaba a estas costas con evidencias de casos sospechosos de cólera a bordo.

Según carta del Dr. Pardo al Ministro de Guerra y Marina:

El Perseo salió de Génova el 15 de septiembre trayendo una patente limpia certificada por los controles de España, Portugal, Brasil, Estado Oriental y Argentina. En ella se aseguraba que en Génova y sus inmediaciones no existía enfermedad alguna transmisible y en la especial del Cónsul argentino que entre los inmigrantes ninguno procedía de punto donde existía el cólera. Según los boletines oficiales de Italia en esos días el cólera estaba a punto de desaparecer de algunas comarcas como en efecto sucedió a fines de septiembre.⁵

La ruta del cólera

La llegada del *Perseo* coincidió con el inicio de la epidemia en estas tierras. ¿Cuál fue la ruta del cólera que asoló Argentina entre 1886 y 1887?

Basándonos en una conferencia brindada el 25 de noviembre de 1916 por el Dr. Mamerito Cádiz,⁶ profesor de la Facultad de Ciencias Médicas de Chile, relativo a las diferentes epidemias de cólera que asolaron el sur del continente americano⁷ intentaremos seguir la ruta de la epidemia. El catedrático mencionaba que en 1883 apareció en Egipto “punto probable de la epidemia”, para el año siguiente ya estaba presente en Francia pasando a otros países europeos como Italia y España. En Francia y Argelia dejó un saldo de 13.000 víctimas sobre una población estimada de 39 millones, en Italia 35.000 sobre población de 26 millones y en España 180.000 sobre 17 millones de habitantes. La epidemia perduró cuatro años hasta 1887.

El primer barco infectado con cólera proveniente de Europa fue el *Matteo Bruzzo* que en Septiembre de 1884 intentó desembarcar pasajeros en Montevideo y Brasil siendo rechazado por las autoridades de ambos países debido a que existían casos declarados de la enfermedad. A bordo del *Matteo Bruzzo* se registraron 40 casos de cólera y 19 fallecidos. El vapor regresó a Italia librando a América del Sur del flagelo.

Sin embargo, esto solo fue un intervalo en la propagación del mal. Era solo cuestión de tiempo, el cólera no tardaría en hacer estragos en nuestras costas.

El Dr. Cádiz afirmaba: “En 1886 el cólera fue importado a la Argentina, según Proust, por ‘*El Perseo*’ procedente de Génova”. El Dr. José Penna, quien escribió extensamente sobre las epidemias de cólera en nuestro país,



El Dr. José Penna, enero de 1914.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 94486.

coincidía con él señalando al Perseo como el responsable de la propagación del mal.⁸

Fuera el Perseo, el Washington, el Apolo, el Sirio o cualquier otro buque salido de puerto europeo el portador del contagio, el hecho es que, a principios de noviembre de ese año, se presentaron los primeros casos de cólera en Buenos Aires. Aunque según algunas fuentes el primer caso ocurrió en La Boca el 1 de octubre antes de la llegada del barco “maldito”.

La epidemia se propagó rápidamente a lo largo de todo el territorio argentino. Si bien entró por vía marítima se extendió por tierra, vía ferrocarriles presumiblemente, lo que puede explicar que muchas regiones aisladas de las líneas férreas quedaran al margen de la epidemia. En la ciudad de Buenos Aires generó una mortandad de 2.018 personas principalmente en sectores habitados por personas de escasos recursos atacando principalmente a los habitantes de la zona del Riachuelo,⁹ aunque en la ciudad capital tuvo menos impacto que en el resto del país.

Se expandió como reguero de pólvora por el interior de la provincia de Buenos Aires, el Litoral. Córdoba, Mendoza, Tucumán, Salta¹⁰ afectó a casi todo el territorio. La extensión de la epidemia fue considerablemente mayor que la anterior en nuestras tierras pero con un nivel de mortandad menor salvo en Tucumán y Mendoza.¹¹

El 25 de diciembre cruzó la Cordillera, pues se declaró en Chile el primer caso, según Cádiz.

Condiciones de vida y el cólera

La epidemia comenzó en la ciudad de Buenos Aires. Evidentemente el *Vibrio cholerae*, bacteria productora de la enfermedad, encontró las condiciones adecuadas para reproducirse. Emilio Coni en el folleto *El saneamiento de*

Buenos Aires describía a la ciudad de la siguiente manera:

Buenos Aires, la ciudad de los ‘buenos aires’ como la bautizaron sus fundadores se convirtió en un lugar malsano donde las enfermedades contagiosas habían adquirido derecho de ciudadanía (...) la ciudad ha estado desprovista hasta ahora de un sistema de evacuación de inmundicias y la distribución del agua ha sido absolutamente insuficiente a las necesidades de su población... (Coni 1895, pp.3).

Condiciones como la insuficiente provisión de agua potable, el deplorable estado del Riachuelo con sus aguas contaminadas, la carencia de sistemas cloacales con la consecuencia de que los desechos humanos que contaminaban las napas, el hacinamiento en viviendas inadecuadas de grandes grupos humanos, especialmente de inmigrantes, que en gran oleada ingresaban en el territorio, todo contribuía a que las enfermedades infectocontagiosas encontraran un lugar apto para su desarrollo.

El agua, uno de los transmisores de la enfermedad, era obtenida por la mayoría de la población de pozos o del río cuyas aguas estaban contaminadas por desechos humanos y por los saladeros ubicados a las márgenes del Riachuelo que durante décadas habían arrojado sus desperdicios en las aguas.¹²

Tras la primera epidemia de cólera registrada en 1867 se comenzaron a implementar medidas de infraestructura urbana con el fin de sanear las condiciones que favorecían el desarrollo de la enfermedad como la purificación del agua para el consumo y la construcción del primer tramo de aguas corrientes realizado bajo la gestión de Alsina, que llevaban agua potable a los hogares. Estas medidas no eran suficientes y solo favorecían a un pequeño sec-

tor privilegiado de la ciudad —como la zona de Recoleta— dejando al grueso de la población con sistemas precarios de acceso al agua.¹³

Si a esa falta de infraestructura sumamos el aumento exponencial de la población por la llegada masiva de inmigrantes, en su gran mayoría de bajos recursos y con dificultades para cubrir las necesidades básicas, comprendemos que las condiciones de vida en la ciudad se tornaban aún más complicadas y su infraestructura colapsaba. Entre el primer censo nacional realizado en 1869 y el segundo en 1895 se había triplicado la cantidad de habitantes, pasando de 1.736.490 habitantes a 4.094.911¹⁴, en tan solo 26 años. Un 52 % de esa población eran inmigrantes europeos, en su mayoría italianos.

La vivienda era uno de los grandes problemas. Según el Censo de 1887 para la ciudad de Buenos Aires, el 72 % de los moradores de conventillos eran extranjeros.¹⁵

El inquilinato o conventillo donde vivían gran cantidad de personas en estado de hacinamiento eran predominantes en ese período. Estos cuerpos habitacionales estaban conformados por numerosos cuartos sin la debida ventilación, ni luz; donde convivían varias personas o familias en general numerosas. Eduardo Wilde los describe de la siguiente forma: “... Es comedor, cocina, despensa, sitio de estar, sitio donde se depositan los excrementos, a lo menos temporalmente, depósito de basura, almacén de ropa sucia y limpia si la hay; morada del perro y el gato, depósito de agua, sitio donde arde una vela, un candil o una lámpara por la noche”.¹⁶

Según informaba el periódico *La Prensa* en su número del 15 de septiembre de 1887: “El conventillo de la calle Salta 807 tiene ocho piezas habitadas por 48 personas. En el cuarto N° 5 de cinco varas por seis dormía un matrimonio, una niña de 15 años y 6 hombres. En la pieza N° 2 dormía una mujer cuyo marido

estaba en el lazareto y 5 hombres más. Dos cocinas albergaban 11 hombres y la pieza N° 7 a seis hombres”.¹⁷

El uso de baño público —y generalmente único para decenas de inquilinos— carencia de letrinas, escasez de agua, falta de higiene y hacinamiento eran las condiciones de vida de miles de personas. Estos factores combinados convertían a estas viviendas en un medio ideal para la proliferación de enfermedades. Ya en 1871, tras la gran epidemia de fiebre amarilla, las autoridades empezaron a percibir el conventillo como foco de epidemias.¹⁸

La carencia de condiciones adecuadas de vida en la ciudad tenía como consecuencia una alta tasa de mortalidad. Para la década de 1880, rondaba entre el 25 y 30 %, si bien había sufrido una baja comparada con el 35 % de la década de 1860 seguía siendo preocupante. El descenso de la tasa comenzó a revertirse recién con los cambios realizados por obras de saneamiento y apertura de hospitales especialmente durante la intendencia de Torcuato Antonio de Alvear entre 1883 y 1887.¹⁹ Sin embargo estos aún no eran suficientes.

La transmisión del cólera es por agua, por alimentos contaminados, excrementos y en su propagación la falta de higiene y las condiciones de vida cumplen un rol fundamental. No era la primera vez que el cólera se hacía presente en el país. Ya había causado estragos en dos ocasiones anteriores, especialmente era recordado el primer brote colérico que se desarrolló en plena guerra contra el Paraguay. Esa epidemia tuvo efectos terribles en la población causando más muertes que la misma guerra. Abarcó además de Buenos Aires, el Litoral, Santa Fe, Córdoba, San Juan, San Luis, Catamarca y Santiago del Estero. Se calculan unas 15.000 muertes tan solo en la provincia de Buenos Aires, 3.000 de las cuales se registraron en la ciudad.²⁰

El Departamento Nacional de Higiene

En 1852 se había formado la Facultad de Ciencias Médicas en la Universidad de Buenos Aires creándose en esa oportunidad del Consejo de Higiene Pública que tenía a su cargo todo lo relacionado con la Salud Pública. Este organismo funcionó hasta la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880, en cuyo momento se convirtió en el Departamento Nacional de Higiene compartiendo competencia con la Asistencia Pública porteña creada tres años después.

El Departamento Nacional de Higiene oficialmente tuvo su origen con el decreto del Presidente Roca del 31 de diciembre de 1880. Este organismo de amplias funciones tenía a su cargo tareas de asesoramiento, al Poder Ejecutivo y otras dependencias nacionales, en materia sanitaria era el encargado del controlar la sanidad en la aduana tanto por vía marítima como terrestre y de los distintos hospitales y organismos a nivel nacional. El Departamento dependía tanto de los Ministerios de Guerra y Marina como del Interior, según tuviera que actuar en puertos o en diversas provincias del territorio. Contaba con la capacidad de crear subcomisiones de higiene en el interior del país según las necesidades.

Desde el momento de su creación el Departamento Nacional de Higiene estuvo a cargo del Doctor Pedro Antonio Pardo, aunque oficialmente se lo nombró por decreto del 8 de marzo de 1882.²¹

Este organismo, por lo tanto, tenía bajo sus espaldas la enorme responsabilidad, no solo de actuar ante brotes epidémicos, sino de prevenir los mismos. Por ende, ante el estallido del brote cólerico del año 1886 y su rápida diseminación fue el foco de todas las miradas.

El cólera entró presumiblemente por el puerto de Buenos Aires o en su defecto comenzó en la zona del riachuelo. El mal rápidamente se propagó por la capital porteña. Las zonas más afectadas fueron los barrios marginales, carentes de obras de desagüe y agua potable como La Boca. Este brote en la ciudad fue de menor intensidad que los anteriores debido a los avances de obras de infraestructura. Pero en el interior del país el panorama fue desolador.

El Departamento Nacional de Higiene fue duramente cuestionado porque permitió de una manera imprudente la entrada de pasajeros de un vapor sospechado de traer enfermos con el mal que causaba estragos en Europa.

Todas las miradas se dirigieron al navío el Perseo.



Pescadores en La Boca, 1872.

AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Fondo Witcomb. Fotografía de Christiano Junior. Inventario 596.

El Perseo

Según argumentaba el Departamento Nacional de Higiene:

... En Génova y sus inmediaciones no existía enfermedad alguna... estaba a punto de desaparecer de algunas comarcas como en efecto sucedió a fines de septiembre.²²

Dónde se contagió la enfermedad, si fue llevada por el Perseo o por otro buque, a ciencia cierta no se sabrá. Lo que sí era evidente es que fue trasladada desde Europa a tierras americanas y la vía de llegada fue la marítima.

Acusar al Perseo era bastante lógico dado que la epidemia comenzó con su llegada. El navío arribó a Montevideo el 9 de octubre donde la Junta de Sanidad Oriental decidió con tino imponerle cuarentena ya que a bordo hubo ocho defunciones reconocidas por las autoridades, de las cuales cuatro eran sospechadas de cólera. La lista que brindó el Presidente del Departamento Nacional de Higiene sobre las muertes presumiblemente por cólera a bordo de la nave fue la siguiente:

María Martiri 50 años pasajera muerta el 23 de septiembre de enterocolitis; María Rosario de 6 años muerta el 26 de septiembre de enteritis; Felicitas Daghero de 7 meses muerta el 17 de octubre de catarro gastrointestinal; M. Soruro (??) Marinero de 20 años el 2 de octubre de cólico intestinal. Como puede observarse hay dos niños entre ellos siendo uno de siete meses.²³

La cuarentena impuesta en Montevideo al vapor fue de tres días. Según informaba el Dr. Pardo “las defunciones durante el viaje del Perseo fueron ocho y las que introdujeron a la Junta

de Montevideo a imponerle observación fueron cuatro”, (las cuatro anteriormente detalladas).

Notemos que en el informe se cuida de manera especial de afirmar que los fallecimientos se debieron al cólera. En el primer mes la negación de la enfermedad fue constante por parte de las autoridades sanitarias.

El Perseo arribó a las costas argentinas el 12 de octubre por el muelle de las Catalinas no se le impuso cuarentena, lo cual fue un error grave de las autoridades sanitarias. Pardo argumentaba: “... La última defunción había tenido lugar el 2 de octubre mediaban por consiguiente diez días sin novedad a bordo en un buque que traía 1387 pasajeros, 119 tripulantes total 1490...”²⁴

El 30 de octubre un médico de apellido Seco había denunciado el primer caso de cólera en el Hospital San Roque.²⁵ El Presidente del Departamento Nacional de Higiene se refirió a una nota de este facultativo en de la siguiente forma:

En esa nota dice en términos generales que en el transcurso de los últimos 18 días había observado cinco enfermos con igual conjunto de síntomas de los cuales tres habían muerto rápidamente y el último Botta presentaba mucha gravedad habiendo curado uno. Descontando precisamente los 18 días vinimos a caer precisamente al 12 de octubre día de la libre platica del Perseo.

El 12 de octubre se registró el primer enfermo de cólera confirmado en la Boca, el paciente, un marinero de nombre José Salguero. El paciente logró curarse en el Hospital San Martín.

El avance de la enfermedad, ya inocultable para los funcionarios, infundió temor a la población. Este miedo al contagio comenzó a aumentar, unido a las críticas por la actitud de



Hospital San Roque y sus jardines. Desde 1914 lleva el nombre Dr. Ramos Mejía.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 11554.

las autoridades sanitarias que no habían respondido con la presteza necesaria que exigía la situación. La prensa rápidamente se hizo eco del malestar que invadía a la población:

... Francamente no estaría de más”, publicaba *El Mosquito*, “que diarios autorizados den cuenta a la superioridad de los abusos de la sanidad marítima, de su comportamiento poco serio y del descrédito que cae a nuestro país con semejantes empleados.²⁶

La causa evidente de la negligencia sanitaria con respecto al navío el *Perseo* era que el Dr. Antonio Del Viso, un prominente hombre de la política, ex Ministro del Interior bajo la presidencia de Julio A. Roca, viajaba en el vapor. Su presencia a bordo fue posiblemente el motivo por el cual las autoridades argentinas no impusieron la debida cuarentena a un barco sospechado con la enfermedad. Si los argumentos de Pardo eran correctos el *Perseo* no fue el portador de la enfermedad, sin em-

bargo, la negligencia existió y en un momento tan sensible las autoridades tendrían que haber actuado de acuerdo con la lógica y someterlo a rigurosa cuarentena antes de permitir su entrada a Argentina. Pero las consideraciones para con la comodidad de un político tan prestigioso que viajaba en la nave acallaron la prudencia.

Un nutrido grupo de pasajeros, en su gran mayoría inmigrantes, desembarcó. Fueron en principio al Hotel de Inmigrantes y según el Dr. Pardo ningún caso de cólera se registró en el lugar:

Al Hotel de Inmigrantes entraron conducidos por este buque más de 1300 personas. Ni es estos ni en las existentes allí ocurrió caso alguno. Son conocidas las malas condiciones higiénicas de esa casa a pesar de la limpieza en que la tiene el Sr Comisario y que la lógica de las cosas conduciría a la conclusión de que si la infección procedía del *Perseo* sus efectos debieron ser tangibles

entre la población del Hotel de Inmigrantes. En corroboración de lo dicho agregaré que el Dr. Herrera y Salas, Médico delegado de la Junta de Montevideo, ha repetido muchas veces que entre los 84 pasajeros que dejó el Perseo en Montevideo no se produjo ningún accidente siquiera sospechoso.²⁷

El Departamento Nacional de Higiene inició las averiguaciones pertinentes con el fin de deslindar responsabilidades. Era necesario para ellos corroborar por todos los medios a su alcance que la epidemia no la había traído el Perseo pues quedaban evidenciados como irresponsables y culpables por negligencia de la propagación de la epidemia.

En los registros de la Casa de Aislamiento²⁷ donde derivaban a los infectos de cólera aparecía el nombre de un albañil de nacionalidad italiano de 27 años cuyo con fecha de entrada era del 11 de noviembre y de fallecimiento el 12. Según el registro había arribado

en el vapor Perseo. En este cuadro firmado por el Dr. José Penna se detallaban 23 casos, 22 hombres y una mujer, entre 12 y 48 años de edad, se informaba 20 cuadros de cólera confirmados, dos sospechados y un enfermo con colerina. Ocho muertes entre los días 2 y 12 de noviembre, seis de los cuales confirmados de cólera por autopsia. Es notable que todos los enfermos provenían de la zona del Riachuelo y San Fernando, uno solo el de la calle Saavedra 28 figuraba como venido en el Perseo. El hecho de que el Dr. Penna afirmara en sus escritos que el cólera había venido en el Perseo se documentaba con este registro. Evidentemente el facultativo, que había atendido al italiano fallecido, tenía la certeza de que había arribado en el Perseo desmintiendo los alegatos del Departamento Nacional de Higiene.

Este organismo porfiaba que el Perseo no era el responsable. El secretario del Departamento enviado a averiguar detalles informó al Dr. Pardo lo siguiente:



Desembarco de inmigrantes.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Álbum aficionados. Inventario 215763.

Casa de Aislamiento. Cuadro de las entradas de enfermos sospechosos

Diagnostico	Edad	Sexo	Nacim ^o	Profesion	Domicilio	Fecha de entrada	Lugar en que se hizo la inspeccion	Alta	Defuncion	Estado de la autopsia	Autopsia
Suspecho de colera	26	V	S	Italiano	Marinero	Hosp. S. Roque	Nov. 2	x	Nov. 7	-	-
- id -	39	V	C	id.	id.	id.	id.	x	id.	-	-
Colera	20	V	S	argent.	Pescador	Boca del R.	Nov. 5	Pisachulo	-	-	1
- id -	27	V	S	id.	Cochero	Morano 1606	id.	v. Paviando	-	Nov. 5	Confirmacion
- id -	46	V	S	frances	Cocinero	Cangallo, yentes	Nov. 8	x	-	-	1
Colerina	19	V	S	argt.	Bautero	Hosp. S. Roque	" 8.	x	Nov. 12	-	-
Colera	46	V	C	italiano	quintero	Sala Boro.	" 9	Pisachulo	-	Nov. 11	Confirmacion
- id -	30	V	B	id.	id.	id.	" 9	id.	-	-	1
- id -	35	V	X	id.	marinero	Cuicavira 1.	" 8	id.	-	Nov. 8	Confirmacion
- id -	42	V	X	arab.	ocinero	Orango 654	" 9	x	-	-	1
- id -	32	V	S	Pariano	Depositar	Cangallo 702	" 10	Poravia	-	Nov. 10	Confirmacion
- id -	31	V	C	italiano	Inspeccion	Estad. Mido 1095	" 10	Pisachulo	-	-	1
- id -	22	V	C	argent.	Soldado	Cuarta Retiro	" 10	x	-	-	1
- id -	x	V	X	italiano	x	Magdalena 42	" 9	x	-	Nov. 9	Confirmacion
- id -	35	V	C	id.	fontanero	Mexico 881	" 11	x	-	-	1
- id -	27	V	C	id.	albanil	Saandea 28	" 11	Percon	-	Nov. 12	Confirmacion
- id -	26	V	S	id.	marinero	Wences Florida	" 11	Pisachulo	-	-	1
- id -	21	V	S	Paraguayo	id.	Capt. de Puerto	" 11	id.	-	-	1
- id -	12	V	S	argt.	notario	Baracas	" 12	id.	-	-	1
- id -	32	V	X	italiano	marinero	Mendoza 115	" 11	id.	-	Nov. 11	-
- id -	30	V	C	Superior	fontanero	25 de Mayo 51	" 12	x	-	-	1
- id -	25	V	S	ingles	marinero	Boca -	" 12	Pisachulo	-	-	1
- id -	28	M	S	pampe	x	x	" 8	x	-	Nov. 10	-

1918
(primera) José Pardo

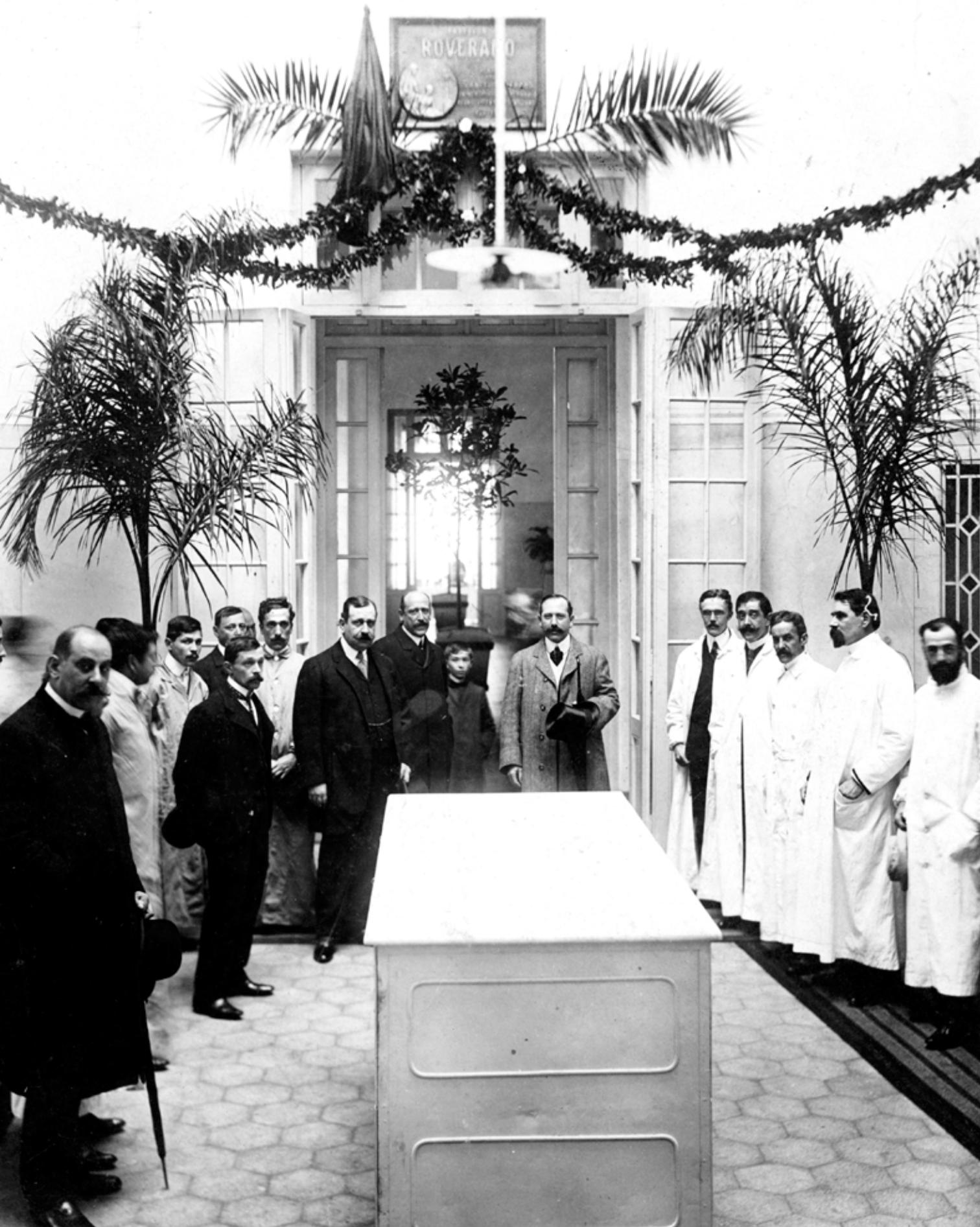
Lista de fallecimientos en la Casa de Aislamiento.
AGN. Dpto. Doc. Escritos. Fondo Dr. Pedro A. Pardo, legajo 7.



Casa de Aislamiento.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Álbum aficionados. Inventario 213812.



Nuevo pabellón en la Casa de Aislamiento, octubre de 1904.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 138201.



El Dr. José Penna, director de la Casa de Aislamiento, inaugurando un nuevo pabellón para enfermos de tuberculosis mandado a construir por el Sr. Ángel Roverano en memoria de sus hermanos, junio de 1905.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 191555.

El individuo de profesión albañil fallecido de cólera habiéndose enfermado en el conventillo de la calle Saavedra N° 28 se llama Juan Crotti su esposa Rosa Cameron. Tienen tres hijos pequeños. En los libros de la Comisaría General de Inmigración figuran como pasajeros venidos en el vapor Sirio con fecha 29 de octubre. La viuda ha cambiado de domicilio ocultándolo. Pero todos aquellos paisanos con quienes hablaron expresan que le oyeron referir que vinieron en el vapor Sirio. Firma Tello.²⁹

La viuda del inmigrante fallecido había desaparecido por lo tanto no era posible certificar en qué barco había arribado, las declaraciones de vecinos afirmaban que habían venido en el vapor Sirio aunque esto tampoco era posible comprobar a pesar de las afirmaciones del Dr. Pardo. Igualmente en este punto el argumento de Pardo encontraba un problema, sea que el inmigrante fallecido de cólera hubiera venido en el Perseo o en el Sirio, ambos navíos debían haber sido evaluados minuciosamente por el organismo, el caso es no habían cumplido con su responsabilidad al permitir el desembarco de pasajeros sin los debidos controles. El mal había entrado por el Puerto y esa área era responsabilidad del Departamento de Higiene.

La prensa no cesaba de atacar al Departamento Nacional de Higiene y su ineptitud al permitir la entrada del Perseo, aseguraban que a bordo de la nave habían ocurrido 90 defunciones en vez de las ocho declaradas y que los cadáveres habían sido arrojados por la borda para ocultar el mal.³⁰

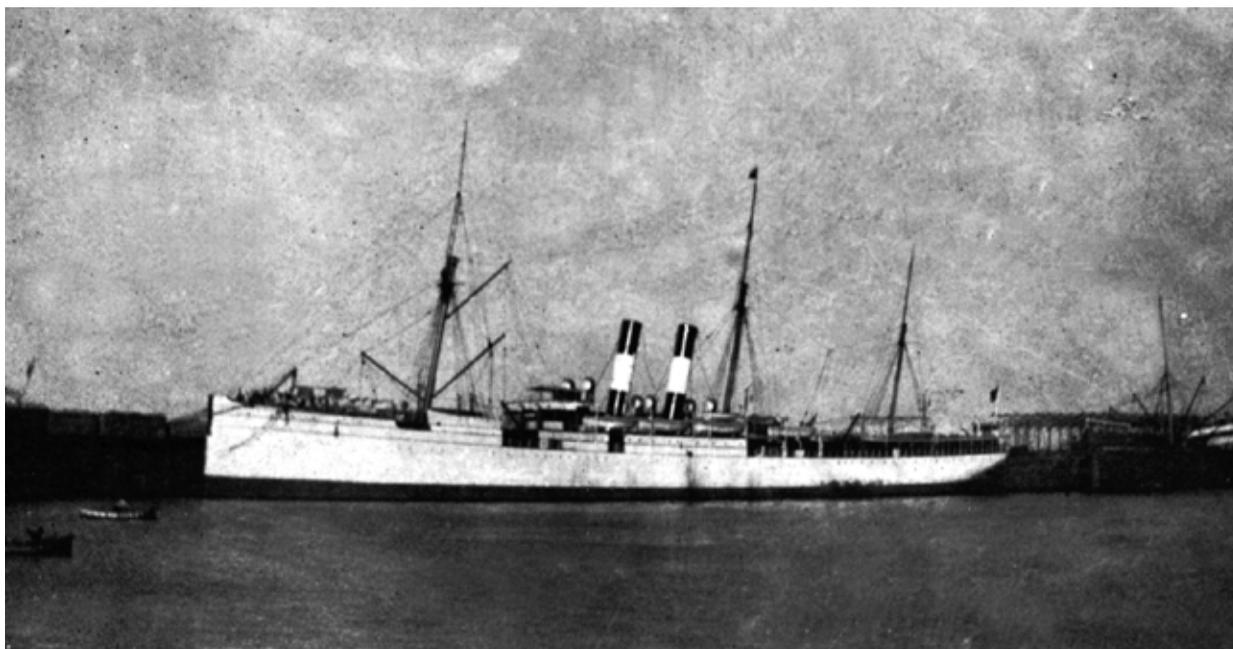
El Departamento de Higiene solicitó al Juzgado Federal de la Capital el Diario de navegación del Perseo, dado que este ya había partido. Lo único que tenían era la declaración

del Secretario del Juzgado Tristán María Almendros quien había visto el Diario y según sus recuerdos informó lo siguiente:

... En la prolija inspección hecha con tal motivo de sus asuntos día por día recuerda haber encontrado la anotación de que, según el parte del médico de abordaje, habían habido varios enfermos de afección intestinal cuyo número no constata: que según sus recuerdos solo había anotación correspondiente a dos fallecimientos desde Río de Janeiro a Montevideo siendo el mayor movimiento a este respecto de Génova a Río, que el libro estaba prolijamente llevado, que había una anotación respecto a la desaparición de un pasajero al haber caído al agua. Que es completamente inexacto que haya encontrado ni declarado a nadie que hubiera otras anotaciones de carácter siniestro que revelasen el propósito de ocultar las ocurrencias de a bordo, que la única reflexión que ha hecho en conversaciones privadas es que siendo él de los primeros que ha estado en contacto con el capitán del Perseo y ojeado por largo tiempo el libro de abordaje sería de los primeros que hubiera contraído el contagio en caso de haber traído el cólera: y finalmente que le parece recordar que el Perseo zarpó de Génova con más de mil quinientos pasajeros no determinando el asiento el Puerto de su destino de cada uno de modo que pueden haber quedado en cualquiera de los de su escala.³¹

Las pruebas presentadas por el Departamento Nacional de Higiene en defensa del Perseo no eran convincentes.

Tras la inevitable aceptación por parte de las autoridades de la epidemia de cólera. Hecho ya inocultable, se comenzaron a tomar las medidas para evitar la propagación de mal.



Vapor Sirio, 1906.
AGN. Dpto. Doc. Fotográficos. Inventario 10601.

El 5 de diciembre se envió circular a todos los Gobernadores de provincia informando sobre la evolución de la epidemia. El 21 de diciembre el Departamento Nacional de Higiene dictaminó que se impusiera cuarentena de ocho días a naves de procedencias sospechadas. Se multiplicaron las circulares del Departamento sobre advertencias de las medidas a tomar.

Se determinó que todo enfermo sospechoso fuera aislado del resto, enviado a lazaretos o a la Casa de Aislamiento para evitar la propagación. Asimismo se estableció la cremación de las víctimas confirmadas o sospechadas de la enfermedad.

Las cartas de Pardo con las autoridades se multiplicaban a la vez que las denuncias en los medios gráficos crecían. Escribía el Dr. Pardo al Ministro Quirno Costa:

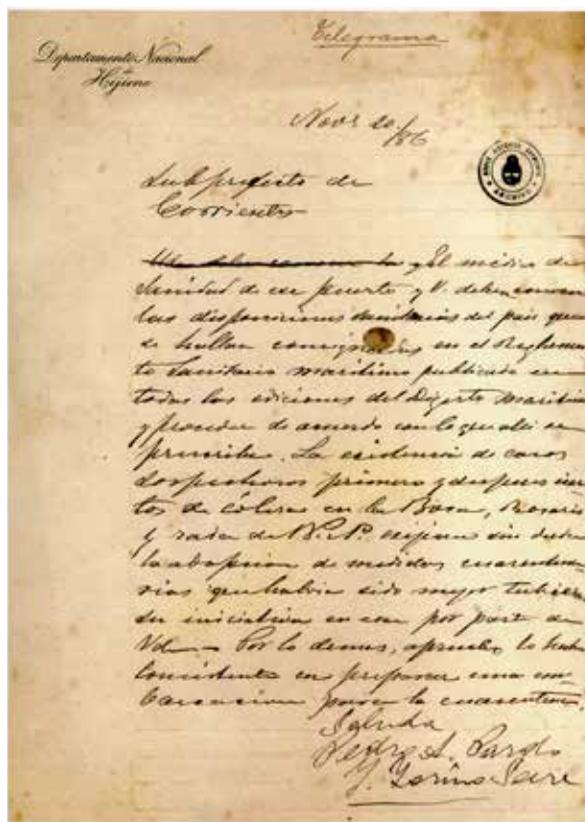
La prensa periódica ha acusado y sigue haciéndolo al vapor Perseo de haber importado el cólera y al Departamento Nacional de Higiene y especialmente a su Presidente de haber

deliberadamente conducido a ello. Nada más calumnioso e insensato que semejantes acusaciones, ni criterio más ligero que adoptar como verdades las consejas propaladas al respecto.³²

Conclusiones

El caso del Perseo quedó como símbolo de la irresponsabilidad de las autoridades en materia sanitaria.

Cabe aclarar que el Departamento Nacional de Higiene no fue el único responsable de la diseminación de la enfermedad. El Gobierno Nacional en su conjunto fue claramente negligente en la propagación del mal, las autoridades políticas no actuaron con la celeridad que exigía la situación. Baste decir, como ejemplo de esto, que cuando la epidemia pasó de Buenos Aires al Litoral a fines de noviembre y luego a Córdoba, los gobernadores de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca decidieron en conjunto establecer un cordón sanitario e imponer cuarentena de diez días a



Borrador de un telegrama del Dr. Pedro Pardo al subprefecto de Corrientes. Le escribe acerca de las disposiciones sanitarias del país ante la evidencia de casos de cólera, Buenos Aires, 20 de noviembre de 1886. AGN. Dpto. Doc. Escritos. Fondo Dr. Pedro A. Pardo, legajo 7.

todo tren que procediera del Litoral para evitar el contagio de la enfermedad. Esta medida que hubiera evitado la muerte de decenas de individuos no fue bien vista por el Gobierno Nacional quien revocó la orden. Podemos afirmar esto porque el cólera precisamente entró a la provincia de Tucumán por tren: por un convoy que transportaba al Regimiento N° 5 de Caballería enviado por el mismo gobierno.³³

El perjuicio económico y el retardo en las comunicaciones que hubiera acarreado la cuarentena a los trenes fue puesto por encima del resguardo de la salud y la vida de la población.

Una de las consecuencias de lo ocurrido con el Perseo fue que le costó al Dr. Pardo su puesto como Presidente del Departamento Nacional de Higiene, sus vinculaciones políticas y su reputación como médico le valieron su designación el 14 de mayo de 1887 como Embajador de la República Argentina ante el

Imperio Austro Húngaro. Fue reemplazado al frente del Departamento Nacional de Higiene por otro médico prestigioso Juan B. Gil.

Un año después la nave el Perseo nuevamente presentó a bordo casos de cólera. Como mencionaba *El Mosquito* en enero de 1886: “El Perseo de tan siniestra fama después de habernos traído de la manera más traidora el cólera esta otra vez atacado por el flagelo”.

La siniestra fama del Perseo quedará en la historia. Permanecerá como claro símbolo de la irresponsabilidad política que decidió poner por delante intereses y privilegios antes que el bienestar del pueblo. Costo muchas vidas.

Haya sido o no el Perseo responsable material del desembarco del cólera en nuestras costas como expresó el Dr. Pardo: “...no se va a extrañar que los cóleras futuros sean también atribuidos a ese buque. La leyenda quedará”.³⁴

Y la leyenda perduró. ~~~

NOTAS

1. Archivo General de la Nación (En adelante AGN). Biblioteca Celesia. Periódico *El Mosquito*, Número del 23 de enero de 1887
2. AGN. Museo Histórico Sarmiento, Fondo "Pedro A. Pardo" Legajo 7. Carta de Pedro A. Pardo al Comisario General de Inmigraciones fechada el 21 de noviembre de 1886.
3. *Ibidem*.
4. *Ibidem*.
5. AGN. Fondo Pardo, legajo 7, óp. cit. Carta del Dr. Pardo al General N. Lavalle del 2 de diciembre de 1886.
6. Cádiz, Mamerto "Epidemiología y profilaxis del Cólera (1886-1916) - Lección del curso de Higiene en la Escuela de medicina del 25 de Noviembre de 1916" en Anales de la Universidad de Chile (AUCH) Memorias Científicas y Literarias, Año 1916 pp.209-210. www.anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view-File/24649/26017
7. La epidemia de cólera de 1886 es la primera registrada en territorio chileno. Argentina ya había sufrido dos epidemias anteriores entre 1867 y 1869 y en 1872.
8. Penna, José. *El cólera en la República Argentina*. Buenos Aires, Ed. Peuser, 1897.
9. *Ibidem*, pp. 219-239.
10. Según Federico Pégola en Salta de 121.900 habitantes 3566 resultaron infectados falleciendo 1341 (Véase Pégola, F. "Las epidemias en la Argentina" en revista ADE-CRA- CEDIM, noviembre 2013, Año 16, N° 5.
11. Véase Carbonetti, Adrián. "Los caminos del cólera en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX" Ponencia presentada en el III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población ALAP, Córdoba, Septiembre 2008 p. 5.
12. Véase, Pégola, Federico, *Historia de la Salud Social en la Argentina*, Buenos Aires, 2004 pp. 36,37.
13. Para la primera década del siglo XX aún la mitad de la población de la ciudad de Buenos Aires carecía de sistema de aguas corrientes y más de la mitad carecía de servicios cloacales. Véase Ciberales F. R. "La descentralización urbana en la ciudad de Buenos Aires" en *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* N° 16, Buenos Aires, 1911.
14. Cifras extraídas de AGN. Fondo Censo de Población I y II Censo Nacional (1869 y 1895). La Ley 3498 aprueba el censo efectuado el 10 de mayo de 1895 y mediante el decreto presidencial del 27 de septiembre de 1897 determina como población total de la República Argentina 4.094.911 habitantes y población nominalmente inscripta 3.954.911 habitantes.
15. Censo de la Ciudad de Buenos Aires, 1887, II p.30.
16. Wilde, Eduardo, *Obras completas* Tomo II, Buenos Aires, 1914. Tomo II, p.30.
17. Periódico *La Prensa* del 12 de septiembre de 1887 p.5.
18. Véase Rawson, Guillermo. "Estudio sobre las casas de inquilinato en Buenos Aires" en *Escritos y Discursos del Dr. Guillermo Rawson*, Buenos Aires, 1981 y Wilde, Eduardo "El conventillo y sus características, Curso de Higiene Pública" en *Obras Completas*, Tomo I, Buenos Aires, 1914.
19. Véase, Álvarez, Adriana: "Resignificando los conceptos de la higiene: el surgimiento de una autoridad sanitaria en el Buenos Aires de los años 80" En Revista Hist. cienc. saude-Manguinhos vol.6 N° 2, Rio de Janeiro, Jul./Oct. 1999. <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-59701999000300004>
20. Pégola, Federico: "Las epidemias en la Argentina" en revista ADE-CRA- CEDIM, óp. cit.
21. Véase, Veronelli, Juan Carlos y Veronelli Correch, Magalí *Los orígenes institucionales de la Salud en la Argentina*, Buenos Aires, 2004 Tomo I pp. 230-233.
22. AGN. Fondo Pardo, legajo 7, óp. cit. Carta del Dr. Pardo al General N. Lavalle del 2 de diciembre de 1886.
23. AGN. Fondo Pardo, óp. cit. Carta de Pedro A. Pardo al Ministro de Guerra y Marina del 2 de diciembre de 1886.
24. AGN. Fondo Pardo, óp.cit. Carta de Pedro A. Pardo al Ministro de Guerra y Marina- Fechada en Buenos Aires 30 de noviembre 1886.
25. El Hospital San Roque fue inaugurado en el año 1883. Desde 1914 lleva el nombre "Dr. Ramos Mejía"
26. Periódico *El Mosquito* número del 23 de enero de 1887.
27. AGN. Fondo Pardo, legajo 7, óp. cit. Carta de Pedro Pardo al Ministro de Guerra y Marina fechada el 30 de noviembre de 1886.
28. El 23 de diciembre de 1882 se inauguró la Casa de Aislamiento entre las actuales calles Azcuénaga y Paraguay. Cuatro años después es trasladada a terrenos cercanos al Cementerio Sur. Este sitio de aislamiento de enfermos contagiosos es el antecedente del actual Hospital Muñiz cuya erección data de 1904.
29. AGN. Fondo Pardo, legajo 7. Carta dirigida al Dr. Pardo por su secretario el Dr. Tello fechada el 16 de noviembre de 1886.
30. AGN. Fondo Pardo, legajo 7. Carta del Dr. Pardo al Ministro de Guerra y Marina fechada el 2 de diciembre de 1886.
31. AGN. Fondo Pardo, legajo 7, óp.cit. Carta de Pardo al Ministro de Guerra y Marina D.N. Levalle, 30 de noviembre de 1886.
32. AGN. Fondo Pardo, legajo 7, óp.cit. Carta de Pardo al Ministro Quirno Costa 25 de noviembre de 1886.
33. Véase Gargiulo, María Cecilia, "El cólera oportunidades de control y resistencias populares. Tucumán, 1886,1887" en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*. Año XXI, N° 41, Santa Fe, 2011 pp. 101.
34. AGN. Fondo Pardo, legajo 7, óp.cit. Carta de Pardo al Ministro de Guerra y Marina D. N. Levalle 30 de noviembre de 1886.

De la Revolución a la Independencia: El coraje de ser libres



Roberto L. Elissalde disertando en el Club del Progreso.

En torno a la celebración del Bicentenario de la Independencia Argentina, el legendario Club del Progreso organizó un ciclo de conferencias llamado “Camino al Bicentenario” a cargo de historiadores y referentes de la cultura. Todas las conferencias del ciclo se encuentran online en el **canal de YouTube** del Club del Progreso.

Expusieron en este ciclo, figuras tales como el sociólogo y analista político Rosendo Fraga, quien disertó sobre “Bicentenario de la Independencia: pasado, presente y futuro”; Vicente Massot, director del diario “La Nueva Provincia”, quien expuso sobre “Los dilemas de la Independencia”; Federico Pinedo, el Presidente Provisional del Senado, habló sobre “Renovar la Independencia”; el director del Archivo General de la Nación, Emilio Leonardo Perina,

nos invitó a reflexionar con su discurso “Pensar en la historia a partir del segundo centenario” (conferencia transcrita en nuestra primera edición); y el prestigioso historiador Luis Alberto Romero reflexionó sobre “El legado de Tucumán: dos siglos de Estado y nación en la Argentina” (conferencia transcrita en la segunda edición de esta revista).

Bajo este marco, el historiador Roberto Elissalde fue invitado como disertante. Su conferencia se tituló “De la Revolución a la Independencia: El coraje de ser libres” y se llevó a cabo el 19 de mayo en la sede del Club.

Luego de la presentación del orador del ciclo por parte del presidente del Club del Progreso, el doctor Guillermo Lascano Quintana, el artista Jorge Alvarado ejecutó en guitarra el himno nacional argentino.

A continuación transcribimos la conferencia de Roberto en forma completa.

El coraje de ser libres.... Qué tema!!!!!!!!!!!!!!

El ser humano se distingue de todos los demás seres por el sentimiento de la libertad. Los animales obedecen ciegamente a las leyes físicas del ambiente en que viven y al impulso de los instintos. Sólo el hombre tiene conciencia de su individualidad diferenciada: un recuerdo de su pasado, una noción de su presente, una esperanzada perspectiva de su futuro.

Quítenle al hombre la libertad y dejará de ser hombre para confundirse con la masa anónima del rebaño. Y como eso repugna a la Creación Divina y a la naturaleza de las cosas, todo régimen autoritario, despotismo, tiranía, totalitarismo que tienda a sofocar la libertad, está condenado a caer tarde o temprano, porque no se puede violar por largo tiempo el orden establecido. El espíritu y la idea que forman la libertad, escapan por su propia índole a toda sujeción y encuentran un asilo inviolable en aquella esfera íntima de la persona, que de acuerdo al artículo 19 de nuestra Constitución: “solo está reservada a Dios y exenta de la autoridad de los magistrados”.

En vano han pretendido domeñar la libertad con la prepotencia: pues si su acción es efectiva sobre los cuerpos, resulta impotente en presencia del alma, un imponderable sin materia, ni forma, ni densidad. La prepotencia es como pretender derrumbar el aire a martillazos.

La Historia sostiene Hegel, es la corporificación de una idea: la idea de libertad, esencia suprema de la felicidad humana, el *summum* del progreso. Michelet por su parte define a la historia como la lucha eterna del espíritu contra la materia, de la libertad contra la fatalidad.

Este profundo acontecer histórico nos viene a través de los siglos del fondo mismo de

la raza hispánica cimentada en la exaltación del individuo, el culto del honor, el anhelo de gloria. Libertad defendida ceñudamente en los tiempos remotos cuando los íberos y los celtas resistieron la absorción cartaginesa y romana; resplandeciente en los fueros, los municipios, y las cortes de Aragón, de Castilla, de León, de Navarra y de Vizcaya; en las varias veces secular lucha contra los moros. Alguna vez el despotismo de los Habsburgo pretendió sofocarla por obra de Carlos I y Felipe II. Pero la libertad cruzó entonces el océano como un pasajero de las carabelas, galeones, y navíos, y reverdecieron en América; cuando el conquistador estuvo sin amparo legal frente a una naturaleza virgen, como en los días del génesis.

Vamos a historiar justamente esta tarde —señoras y Señores— cómo llegamos a ese 9 de julio. Vamos a ver que sabían aquellos hombres que en pocas y breves palabras, produjeron aquel acto que para cualquier “prudente” es una gran imprudencia. Pero esa fue la gran imprudencia, la que nos dio Patria, y esta noche al recordarlo hagamos un acto de gratitud cordial, que como nunca necesita esta Patria que tiene problemas tan parecidos como los de entonces porque necesita llegar a la auténtica Libertad y la verdadera Independencia.

Vamos a tratar siguiendo aquello de Benedetto Croce, “revivir los tiempos en que se dieron las cosas que queremos comprender”.

Sin duda alguna el movimiento de Mayo, fue un golpe militar, lo prueba aquel famoso petitorio firmado por unos 400 individuos, la mayoría miembros de los cuerpos militares Patricios, Arribeños, etc., muy pocos particulares y por 17 frailes del convento de la Merced. La ciudad siguió viviendo su vida cotidiana casi sin sobresaltos, todo ello lo he investigado por más de 15 años el Archivo General de la Nación, y encarnado en la piel de un imaginario

testigo, algo realista por las dudas, cuando narré lo que sucedió en 1810 en Buenos Aires. La vida siguió su curso, y ese Diario de Buenos Aires de 1810 lo prueba acabadamente.

Pero sin duda había un movimiento ideológico que pretendía romper la unidad con la Metrópoli. ¿Por qué entonces no se declaró de inmediato la independencia? ¿Por qué se adoptó la ficción de sostener la autoridad bajo la “máscara” de Fernando VII?

Fue una actitud prudente impuesta por el elemento conservador criollo, inclinado a abrir un compás de espera acaso con la esperanza de una sumisión definitiva de la península al imperio francés reputado como extranjero e inaceptable. No olvidemos que en Buenos Aires la noticia de la caída de la Junta de Sevilla, fue el desencadenante de los episodios de Mayo; y más aún que sin la invasión francesa a España con el pretexto de invadir Portugal en 1808, fue la excusa perfecta para que en 1810 se produjeran los pronunciamientos que desde Méjico al sur se fueron dando.

Atendió también esa demora en independizarnos a los consejos de Lord Strangford, simpatizante con nuestra causa, inspirados en el siguiente razonamiento: Inglaterra se había aliado al Consejo de Regencia español en la lucha común contra Napoleón; por consiguiente no podía apoyar a una nación extraña; enemiga de ese Consejo, sin traicionar la alianza; en cambio si podía observar una neutralidad benévola entre dos partes disidentes de una misma nación: la española. No debemos olvidar la misión diplomática de Mariano Moreno a Londres que su muerte le impidió cumplir.

Tuvo en cuenta además la permanente y secular amenaza portuguesa de extender sus dominios hasta el Río de la Plata; como lo intentó en efecto en 1811. La infanta Carlota, mujer terriblemente fea, pequeña, picada de

viruelas; lo que no le impedía tener un amante como Felipe Contucci; era hermana de Fernando VII. Esto la autorizaba a pedirle a su marido el príncipe regente don Juan, combatir a un estado soberano que se constituía en desmedro de la integridad territorial de la monarquía española. Sin contar sus ambiciones de hacerse cargo y quedarse con estas tierras.

De algún modo los éxitos y fracasos de Napoleón en Europa, van a resonar en América, para bien y también traer graves consecuencias. En 1812 sus tropas fueron derrotadas en Salamanca, y al año siguiente va a firmar un tratado con el destronado Fernando VII, que hará que éste vuelva al trono de España. Y no era sólo en España, acabada la estrella de Bonaparte, vuelven todos, Luis XVIII al trono de Francia, nuevamente se instala la Casa de Saboya en Torino; y los Borbones en Nápoles, porque poco duró Murat, el antiguo hombre de Napoleón en ese trono.

No era poco entonces el espanto de esta situación, porque nadie podía ignorar que esas tropas que habían vencido a Napoleón, tendrían en poco un breve destino: América.

No olvidemos que esto hará crisis porque ya no se podía mantener por más tiempo la ficción conocida como “máscara”. Acuérdense de la carta de Alvear de 1814, cuando desesperado frente al temor de una invasión que se anuncia, trata de preconizar que estas tierras se conviertan en colonia inglesa antes de que vuelvan a ser colonia española. Por eso el director Posadas creyó factible buscar una separación pacífica de ahí la misión diplomática encomendada a Sarratea, para tratar de conseguir una solución que nos traiga algún Rey para garantizarnos. Es claro que Sarratea iba a saludar a Fernando VII, por la recuperación del trono; pero esos eran las instrucciones públicas. Las privadas eran otras. Atrás de Sarra-

tea, irá la misión de Rivadavia y Belgrano, gestiones que terminaron en un completo fracaso.

Todos antes de llegar a Europa, hacían pié en el Janeiro; para golpear la puerta del ministro inglés Lord Strangford; que continuaba con el tráfico de armas con el Río de la Plata; y también haciendo sus buenos pesos sus compatriotas, ya que la revolución resultó providencial. Por orden de Cisneros los ingleses tenían como último plazo abandonar los dominios el 18 de mayo de 1810; pero bueno con unas salvas de artillería y el reconocimiento al nuevo gobierno, sus intereses cambiaron notoriamente.

A Lord Strangford, se le pedía abriera alguna de las tantas puertas que conocía, para conseguir un aval que garantizara la independencia. Era un juego de sagaz diplomacia.

Napoleón estaba preso en Elba, y se temblaba con la invasión que se estaba preparando con 20.000 hombres que debía venir al Río de la Plata. Pero en 1814 cayó Montevideo, donde estaba como comandante don Gaspar de Vigodet, y esa era la base adonde debían llegar esos efectivos. Entonces deciden enviar la expedición al norte, a Nueva Granada y liquidan la patria de don Francisco de Miranda, que caerá prisionero e irá a morir el 14 de julio de 1816 en la cárcel de la Carraca en España. Esa expedición que liquida la joven república de Venezuela, tenía por destino el Río de la Plata, fue la toma de Montevideo la que la desvió para allá.

Pero claro se esperaba una segunda expedición. Los enviados Sarratea, Belgrano y Rivadavia, toman como base Londres y tratan de conseguir esa pantalla como garantía. Para esto Sarratea inventa lo que se llama “Operación Italia”. ¿Qué era esto? Andaba por el mundo en aquellos tiempos, caminando bastante pobre, el viejo rey Carlos IV, el padre de

Fernando, aquel que en Bayona había abdicado con su hijo a favor de Napoleón. Andaba por Roma, con su mujer y atrás de él como venía sucediendo desde hacía muchos años para completar el terceto de siempre el favorito don Manuel Godoy. Más favorito de ella que de él...

Entonces Sarratea piensa que puede conseguir algo a través de este Rey, y manda a una misión, que lo vea un hombre llamado Lord Castlereagh, e intentan convencerlo a don Carlos que se venga para acá. Cualquiera cosa a cambio de la Independencia, palabra que no se pronuncia.

Carlos IV, estaba sin plata, su posición era difícil, en un principio se sintió tentado y su mujer lo apoyó; y también Godoy ¡No me dejen afuera! Pero rápidamente cambia de opinión, y entonces nuestros enviados le proponen que ya que no quiere venir, que su otro hijo Francisco de Paula –el menor de todos- venga de Rey a Buenos Aires. En un primer momento acepta, pero luego presionado por Madrid, dice que el no hará nada contra “su amado hijo Fernando” que acaba de volver al trono. Siguen las tratativas para conseguir una testa coronable, como una garantía frente al miedo de una gran expedición; pero en ese momento se produce un hecho de enorme importancia.

Napoleón escapó de su prisión en la isla de Elba, y desembarcó en el sur de Francia, cerca de Marsella, en Tolón y producirá ese episodio llamado los “Cien días”. Llega finalmente al puerto de Amberes, al sur de Bruselas, la capital de Bélgica, lugar clave para todo episodio militar. Apenas a diez kilómetros en la colina de Waterloo se produce la batalla que necesitaba ganar, pero la pierde y ahora no habrá más piedad para con él. De allí buscará la protección inglesa que él pensaba se le iba a conceder por el respeto debido a su antigua jerarquía. Pero fue llevado a Santa Elena, una isla que

queda a unas seiscientas millas al sur del Cabo de África, donde terminará sus días en 1821.

Esto cambió totalmente el panorama. Cuando aquí en el Río de la Plata se sabe los Cien Días de Napoleón, se ordena una posición distinta a los enviados; pero cuando se sabe de la derrota, entonces ya no se sabe más que hacer. Es un momento de confusión terrible porque ya no hay dudas de que desde Viena, donde el Congreso ha continuado durante los cien días; se ha afirmado la reinstalación de las viejas testas coronadas. La doctrina del legitimismo, aquello de los reyes legítimos: el del principio de que todo poder y toda soberanía viene de Dios; se impone como dogma y no es posible subsistir en el mundo político de aquellos tiempos, si no se acepta este dogma y no se actúa en función de él.

En síntesis desde Europa, todo lo que podrá esperarse para estas tierras eran invasiones triunfantes. Inglaterra todavía no va a producir su proceso de desguace de la Santa Alianza. Esto tardará años. Pero algo peor sucede en el escenario en agosto de 1815, Inglaterra firma un tratado con Fernando VII, a raíz del cual ha obtenido la apertura de todos los puertos de América para su comercio, que era lo que podían ofrecer las gentes de acá a cambio de una benevolencia británica; pero esto se lo estaba dando España, Fernando VII, y además por si fuera poco se les prohibió a los súbditos ingleses vender armas a los insurgentes de América. Todo esto se sabe acá, entonces ya hay un bloqueo político y militar, y además los intereses ingleses caminan el mundo tomados de la mano de los españoles.

En ese año 1815, ya llegando a su fin; lo único que se puede esperar acá en el Río de la Plata es lo mismo que le pasó a Nueva Granada.

Y que pasa en América. En Méjico el cura Morelos cayó fusilado y los patriotas se dis-

persaban en escasas guerrillas; en Venezuela y Nueva Granada, sometidas al puño férreo de Pablo Morillo, la figura militar más prominente de España en las luchas de la independencia de América quien, no obstante sus recomendables antecedentes, contagiado por la fiebre de los odios tropicales incitadores de la guerra a muerte (virus al presente no curado), multiplicaba los cadalsos y los bañaba con la sangre de sabios como Caldas y de doncellas como la Policarpa Salavarrieta. En Chile la Patria Vieja se deshacía en Rancagua. Y Lima jaqueada permanentemente por el ejército de Buenos Aires, en el desastre de Sipe Sipe, remataba con felicidad esos cinco años de tenaces esfuerzos por mantener el poder virreinal.

Por orden del rey, las campanas de las catedrales de España y sus posesiones, repicaron jubilosas llamando al Tedeum que ordenó celebrar en acción de gracias por el feliz restablecimiento de la colonia, centrada en Lima, desde donde irradiaba las expediciones punitivas, bajo la dirección de don Joaquín de la Pezuela, condecorado por sus triunfos con el título del marquesado de Viluma.

Pero que pasaba en Buenos Aires. Cisneros envió la noticia de los sucesos de mayo a Montevideo y a Córdoba de inmediato. El capitán don Juan de Vargas y el joven Melchor Lavín, cumplieron su objetivo. Los cabildantes primero aceptaron aunque reticentes el nuevo orden de Buenos Aires, pero la llegada de las otras noticias hicieron variar su posición, recibieron en Montevideo al representante de la Junta don Juan José Paso, pero la noticia que llegó ese mismo día de la impidió la integración de esa provincia. No olvidemos que allí residía el gran poder marítimo de España en estos mares del sur, con el asiento del Real Apostadero Naval. No hay duda que las diferencias no son nuevas pero no son entre dos países hermanos, la Argentina y el Uruguay; sino

entre las cuñadas para compararlo familiarmente Montevideo y Buenos Aires, aún desde antes de las invasiones británicas.

A su vez el gobernador Gutiérrez de la Concha, encabezó la contrarrevolución en Córdoba, donde obtuvo el concurso del ex virrey don Santiago de Liniers, del obispo Orellana y de otros importantes personajes de la docta.

Con rápidos reflejos se envió la expedición al Alto Perú, que el 9 de julio de 1810 partió a las órdenes de don Francisco Ortiz de Ocampo. Su “desobediencia” de no fusilar a los rebeldes sin juicio, le valió ser removido poco después; y el envió como representante a don Juan José Castelli, hombre de decisión y sin límites; para cumplir las famosas “Instrucciones reservadas” de Mariano Moreno, y que larga polémica dan hasta el presente sobre su autenticidad o no; pero que sin empacho se las atribuye cierta corriente historiográfica; individuos que a la vez respondiendo a vientos “idealistas” se oponen tenazmente a ciertas conductas del Estado que la mayoría de los presentes hemos vivido; que por mas repudiables que pudieran ser, aquellas Instrucciones de Moreno, son terrorismo de estado también y nada tienen que envidiarle a las hace unas décadas

El triunfo de Cotagaita y Suipacha fueron un aliciente; pero la actuación de Castelli y Monteagudo entre otros fue lamentable. Entraron al galope tendido al frente del ejército por la ciudad, un Viernes Santo, sin respetar un día tan caro a los sentimientos religiosos de la población. Tamaño desatino fue aprovechado por los curas realistas, para hacer una campaña que finalizó con la falta de apoyo y el desastre de Huaqui en junio de 1811, dejando un ejército destrozado por la derrota, a lo que se sumó el hambre, la miseria y las enfermedades.

Belgrano a su vez partió al Paraguay, donde se encontró con el general Cabañas, y fue

derrotado por las armas y muy especialmente en el plano diplomático por algunos imprudentes que pretendieron la sumisión de un pueblo, que había aprendido el sentido de la libertad o la dignidad, desde los tiempos de los jesuitas que meritoriamente habían organizado una sociedad ordenada.

Mientras tanto se multiplicaban de a poco los testimonios de la voluntad ser libres. Belgrano el 25 de mayo de 1812 al presentar la bandera al pueblo de Jujuy, les dijo: “Esta es la bandera nacional que os distingue de las demás naciones del mundo”. La desmentida del triunvirato lo desprestigió irremediablemente. Unido a la desgraciadas instrucciones de regresar con el ejército a Córdoba, que gracias a su desobediencia en Tucumán consolidó el territorio impidiendo el avance realista, sellado en Salta.

La llegada de San Martín en marzo de 1812, con una visión clara del tema de la independencia, y su organización de un incipiente cuerpo militar profesionalizado.

La Asamblea del Año XIII, que con soberbia porteña destrató a los delegados orientales, con las famosas instrucciones de Artigas, que hoy el bronce de Juan Zorrilla de San Martín y el pedestal de Alejandro Bustillo, evocan como homenaje tardío.

Pero las cosas andaban mal, lo único bueno había sido la toma de Montevideo. Aunque en medio de la catástrofe americana, lo único que quedaba en pie era la resistencia desde Buenos Aires.

Pero Posadas el director supremo renunció a favor de su sobrino Alvear, de apenas 25 años, que por los ímpetus de la edad y por otros motivos va a cometer muchos errores en el gobierno. La rebelión de 1815 va a derrocarlo en Fontezuelas, y como si fuera poco después de la derrota de Sipe Sipe las diferencias

entre Rondeau y Güemes. Éste aprecia muy poco al primero en sus condiciones militares y le cuestiona la derrota —seguramente con razón— cuando tiene que volver con lo que queda de su ejército a proteger Salta, al pasar por Jujuy toma unos 500 fusiles que eran muy importantes en ese momento. Rondeau ve esto muy mal y se van a las manos, ¡¡¡¡¡con los cañones de los españoles al lado!!!!!!!!!!!!

La revolución de Fontezuelas, que acabó con Alvear, tiene el apoyo de Artigas, el gran oriental, obsesionado con los problemas de los portugueses.

A lo narrado de Europa, no debemos olvidar que hay un estado que tiene asiento también en América: el reino de Portugal, de Algarves y del Brasil. Y Portugal estaba íntimamente vinculado con Inglaterra, como que desde el punto de vista diplomática era casi una colonia inglesa. Y toda la corte estaba en el Janeiro desde que había escapado en 1808. La hermana de Fernando VII, intentó bajar hacia el Sur. Y al comenzar se encontró con la Banda Oriental.

Artigas por su parte no aceptaba la conducción de Buenos Aires, cuando se diferenció con las famosas instrucciones a la Asamblea del año XIII; a la vez que tenía una fuerte hegemonía sobre nuestro litoral; por eso al Congreso de Tucumán no concurren diputados de Misiones, Corrientes, Santa Fe, Entre Ríos, la Banda Oriental y casi no estuvo por ir Córdoba, porque ésta con su gobernador José Javier Díaz, estaba respondiendo a Artigas.

Los problemas son tan graves que el Directorio va a tratar de recuperar a Santa Fe, va a tratar que la división política sea el Río Paraná; al Oriente dejárselo a Artigas y al Occidente para el gobierno porteño; pero además se debía recuperar a la díscola Santa Fe.

Buenos Aires hizo las cosas a su manera

y pensó al estilo Artigas, “ahora me quedo yo sola”. Sin embargo el reglamento de 1815 en su artículo 30 y concordantes hablaba de llamar a un Congreso.

Acechado el norte por 4000 efectivos al mando del general La Serna, que se aprestaban a una nueva invasión por las quebradas rumbo a Córdoba; a otros tanto de Osorio, victorioso en Chile que en cualquier momento podía cruzar los Andes; con un directorio débil, surgido de un motín; que apenas podía mantenerse en su propio asiento y en la campaña circundante; con todo el litoral atraído por un Congreso llamado por Artigas en el Arroyo de la China.

El lugar elegido fue Tucumán, la pequeña ciudad de 5000 habitantes, recostada en las faldas del Aconquija. Las vastas casonas solares encuadraban la plaza del Cabildo y la iglesia matriz, para alejarse en recto damero hasta los ranchos humildes del suburbio orillero. En uno de los lados el famoso campo de las Carreras, donde el 24 de setiembre de 1812, contrariando las órdenes del triunvirato, Belgrano venciera en la batalla que con el nombre de la ciudad se recuerda, puesta bajo el manto protector de la Virgen de las Mercedes.

Luego de muchas idas y venidas el 24 de marzo de 1816, en medio de ese panorama desolador, después de una misa en San Francisco el congreso inauguró sus sesiones; en la casa de doña Francisca Bazán de Laguna; en la sala de enladrillado piso, alargada con el derrumbe de uno de los tabiques medianeros; con muebles prestados.

De a poco fueron llegando los diputados, sacerdotes, abogados; militares, hacendados de pobre hacienda; proscriptos altoperuanos. En galeras de altas ruedas y frágil caja suspendida sobre sopandas oscilantes, o a lomo de mula o de a caballo; incluso agregados al lento convoy de las carretas. Con apenas una

onza de oro guardada celosamente, y unos pocos pesos, reales o medio reales, contados y recontados para calcular, por su mengua sucesiva, si alcanzarían hasta la problemática remesa de nuevos fondos. No había viáticos, desarraigo, secretarios, asesores ni rumboas comitivas. Ni otras prebendas inimaginables no sólo en aquellos tiempos heroicos, sino también para la imaginación aún fantasiosa de cualquiera de nosotros.

Descendieron en los conventos y casas amigas y hospitalarias; recibidos con afecto y respeto; portadores de petacones de cuero, que guardaban junto a alguna ropa, la sotana, el uniforme o la levita de gala para las solemnidades; el tintero con pluma de ganso, unos papeles en blanco, los libros de leyes y algún otro predilecto, y las instrucciones de las provincias.

Algunos tenían trayectoria: Juan José Paso, secretario de la Junta de Mayo, triunviro y miembro de la Asamblea del año XIII. Antonio Sáenz, fray Cayetano Rodríguez, Pedro Ignacio de Castro Barros, el virtuoso fray Justo Santa María de Oro, Tomás Manuel de Anchorena, José Ignacio Gorriti, José Mariano Serrano, Tomás Godoy Cruz, Francisco Narciso de Laprida, Mariano Boedo...

La instalación coincidió con la capitulación de Viamonte encerrado en Santa Fe, a la que había querido unir al resto del territorio; y con el derrocamiento del director Álvarez Thomas, sublevada La Rioja por José Caparrós y convulsionada Córdoba por las luchas entre José Javier Díaz, Juan Pablo Bulnes y Ambrosio Funes; descontentos los santiagueños que se levantaron con Juan Francisco Borges....

Nada podía estar tan mal. Pero viene la paz; y el 3 de mayo eligen director supremo Juan Martín de Pueyrredón. Va a ser el primer gobierno estable, por primera vez alguien es

elegido por un plazo y dura todo ese período. Por primera vez alguien va a cesar en su mandato, y no solamente va a cesar sino que es reelegido.

Claro que Pueyrredón no es un paracaidista en el directorio, ni en la historia argentina. Era el candidato de San Martín y también de Belgrano. Hubo otro candidato; el bravo coronel salteño José de Moldes, pero su actuación estaba teñida por un gran odio a Buenos Aires, representado en la figura de Posadas que lo había tratado bastante mal, y contaba con el apoyo de Güemes.

Pueyrredón va a ser la clave, en esos desgraciados momentos; muchas veces ha sido duramente acusado, pero en política no se hace lo que se quiere, sino lo que se puede. Y a él le pasó eso.

Apenas elegido don Juan Martín, marchó al norte para reunirse con Güemes y restablecer la armonía, después de las rencillas para decirlo suavemente con Rondeau. De allí siguió a Córdoba donde se encontró con San Martín y sellaron el gran acuerdo. Había varios frentes que manejar, el del norte quedaba en manos de Güemes y sus bravos paisanos. Pero también estaba el de la guerra contra Portugal en la Banda Oriental, y el de Chile en poder de los realistas. En semejantes circunstancias el Director Supremo tomó sobre sus hombres la dura tarea, de abandonar la Banda Oriental y no escuchar los gritos de Artigas y apostar al ejército que se preparaba en Mendoza.

Esa opción tuvo gravísimas consecuencias, que no es del caso analizar en esta oportunidad; pero también un gran premio la independencia; y las de Chile y del Perú, camino por el que llegaremos a Ayacucho. Fueron tiempos difíciles en los cuales los hombres no hacían lo que querían, sino apenas lo que podían, y a veces menos aún.

Y vale acá destacar a dos hombres: San Martín y Belgrano. Éste asumió después de la independencia el mando del ejército del norte, en sustitución de Rondeau, restableciendo energicamente el orden en las provincias y San Martín, empeñado en la ardua tarea de organizar el ejército.

Vamos a hablar ahora de los proyectos monárquicos. En el Congreso lo eran todos, y además era el único sistema conocido, apenas tenía 40 años la independencia de los Estados Unidos. Ni Belgrano que había traducido la despedida de Washington, entreveía otra forma de gobierno.

El único que se opone es fray Justo Santa María de Oro, alega no tener instrucciones, que sus pueblos no se las han dado. Quizás fuera republicano pero no lo dice.

Todos tenían en la cabeza la idea de que si no ponían un rey como mascarón de proa, todos iban a terminar como en Méjico o en Venezuela. Porque en aquellos tiempos había que bailar al son de las grandes potencias, y éstas decían Rey y Rey Legítimo.

Ya vimos las circunstancias políticas que rodean a la declaración de la Independencia. Absolutamente ningún hombre con dos dedos de frente normal, hubiera votado lo que el 9 de julio de 1816 votaron en Tucumán. En esas circunstancias todo indicaba que era el peor momento para ello. Había que tener una gran fe en sí mismos, una gran fe en un país que avizoraban y una gran vocación de servicio. A cualquier analista que se le pregunte le costará decir porque lo hicieron en circunstancias tan graves, no hay un solo historiador, y hay muchos que han escrito sobre el tema, haya dado una respuesta razonable. Hay una quizás la única explicación humana, la testarudez de San Martín y Belgrano y el sacrificio de Pueyrredón.

Señoras y señores: Hay muchas formas de afrontar el peligro: el inconsciente del niño que lo ignora, el indiferente del que se habitúa a él por una profesión arriesgada, la temeraria por conseguir el logro de una ambición; la vanidosa por despertar en los demás el asombro de la propia hazaña; la exaltada en el fragor de la batalla.

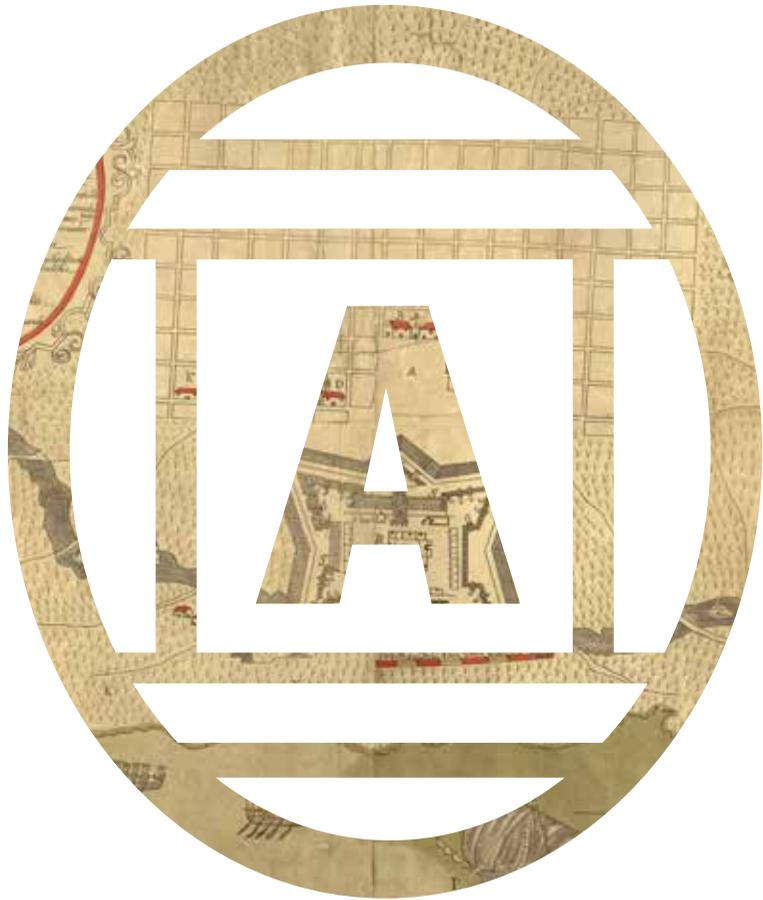
Y también otra, la de los congresales de Tucumán que consiguieron dominar el miedo, de profunda raíz biológica; reacción orgánica ante el dolor y la muerte, porque su firma en esa acta, era la firma de su propia sentencia de muerte; pero lo hicieron en aras de un ideal supremo de redención.

Dios quiera preservarnos de duras pruebas. Mientras tanto nos bastará esa entereza al alcance de todo individuo bien nacido; entereza anónima, cotidiana, consecuente y firme, que permite superar la intimidación de la amenaza y el patoterismo, venga de donde venga; la flaqueza de la claudicación y la abdicación del consentimiento servil, de muchos amigos del “pan y circo” o de los que como el camaleón buscan el color o el calor del poder, según su propia conveniencia. No olvidemos aquella frase de San Martín, en carta a Guido: “el común de los hombres juzga de lo pasado según la verdadera justicia y de lo presente, según sus propias conveniencias”.

Ejercemos esa entereza, en la reducida esfera de nuestro acontecer privado y público, y pagaremos así modestamente, la sagrada deuda que hemos contraído con los héroes de nuestro pasado, de esos que tuvieron (en serio y no en discursos vacíos) el coraje de ser libres.

Aquellos para los que La Patria de los que tuvieron y tienen ese Coraje de ser libres, está en estos versos de Borges.

Roberto concluyó su conferencia recitando la oda de Jorge Luis Borges “Nadie es la Patria” escrita en 1966. 





**Archivo General
de la Nación**



**Ministerio del Interior,
Obras Públicas y Vivienda
Presidencia de la Nación**